

18

17

11

TRAS
MAGADA
DE
GARDEN

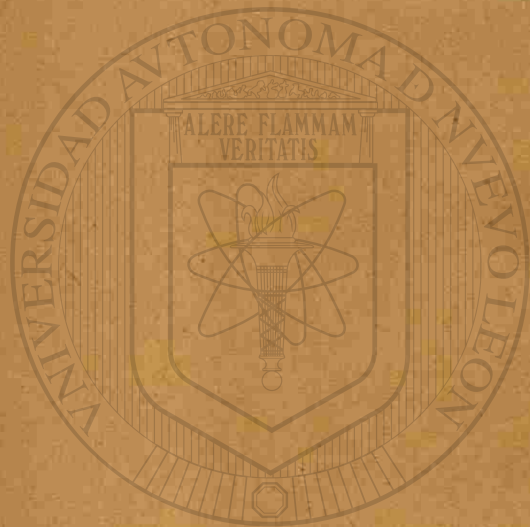
1

PQ2611
.E8
C38
v.1

LL



1020026972



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANI

Núm. Clas.	N
Núm. Autor	F42810
Núm. Añg.	30121
Procedencia	-8-
Precio	
Fecha	
Clasificó	
Catálogo	

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ2611
 .E8
 C38
 v.1



BIBLIOTECA CALLEJA

—
OBRAS LITERARIAS

DE

AUTORES CÉLEBRES

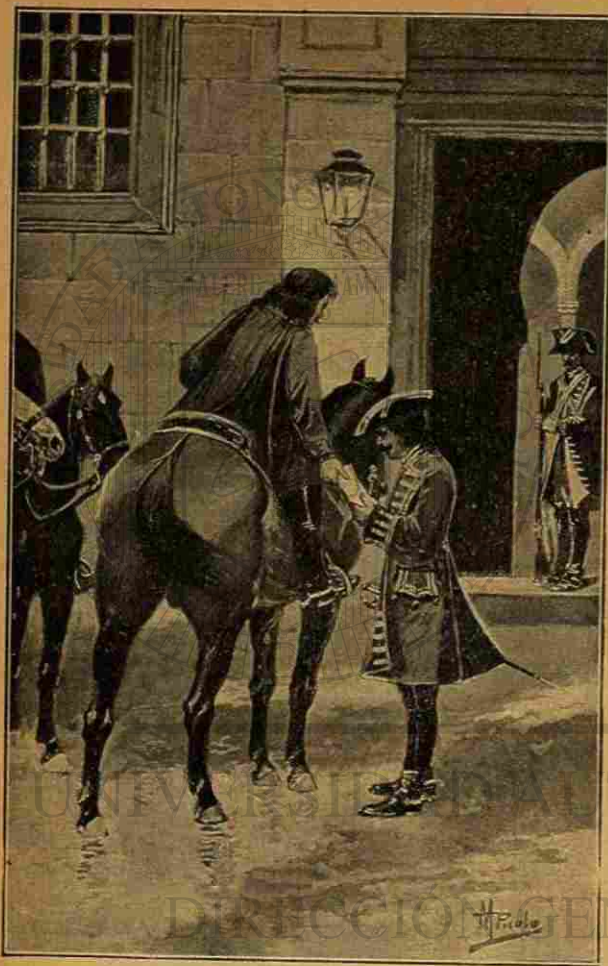
—
CLXXXVIII

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





El oficial hizo una reverencia.

PAUL FÉVAL (HIJO)

LAS CABALGADAS
de
LAGARDÈRE
Versión castellana

Tomo I

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO



MADRID
SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

CASA EDITORIAL FUNDADA EL AÑO 1876
Calle de Valencia, núm. 28.

098912

843
L.

PQ 260
E8
C38
V.



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Esta obra es propiedad. La presente edición se publica debidamente autorizada.

**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.**

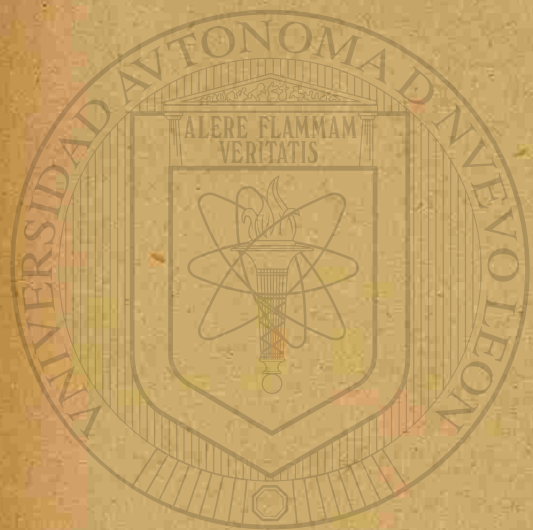
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imp. Viuda e hijos de J. Velasco, Andrés Borrego, 17.

PRIMERA PARTE

CAMINO DE ESPAÑA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
36, 1625 MONTERREY, MEXICO



LAS CABALGADAS DE LAGARDÈRE

I

Rescate viviente

Hacia media noche, y en la carretera de España, la Luna alumbró el galope acelerado de multitud de jinetes.

Era en Setiembre de 1718.

El tiempo bueno y el camino llano permitían a los caballos galopar con toda velocidad. Y de tal modo corrían, que en la noche, y a los

livos rayos de la Luna, hubiérase tomado á los expedicionarios por una de aquellas «cabalgadas de la Muerte» que figuran en las antiguas leyendas germánicas.

Los escasos campesinos que no se habían acostados á tal hora se santiguaban temblando, y las cuadrillas de salteadores, que en aquella época sólo operaban de noche, se retiraban al paso de los apresurados jinetes, no atreviéndose á atacarlos.

Desde hacía tiempo la experiencia les había enseñado la lección de no atacar sino sobre seguro y sin riesgo.

Las cabalgadas eran dos: perseguidos y perseguidores.

Una pesada carroza disminuía la rapidez de la marcha de los primeros, y todo hacía prever que serían en breve alcanzados, pues la distancia que los separaba era de tres leguas escasas.

Y entonces librábase encarnizado combate en torno de la carroza, donde sin duda hallábase la clave del suceso.

Clave preciosa, á juzgar por la rapidez de la fuga y las precauciones de los fugados, que llevaban todos la espada desnuda en la mano. Eran caballeros, ó por lo menos hidalgos, en traje de camino. Y la paridad de sus oscuros vestidos y el hecho de tener preparados relevos

de caballos hasta Bayona probaban bastante que el viaje no había sido improvisado. Eran ocho, que se preciaban de bravos.

En París los conocían bien, y sabían que desde hacía una hora habíase decretado su destierro, no sólo de la capital, sino de Francia, por tiempo indeterminado. Los mismos fugitivos ignoraban esta resolución del Regente Felipe de Orleans. Sin embargo, algo debían de sospechar, pues su semblante distaba mucho de expresar la satisfacción.

Unos, pobres diablos aventureros y habituados á andar á estocadas, no eran hombres para dejarse invadir por el miedo; los otros, más fanfarrones que otra cosa, se dejaban arrastrar por la masa. Todos eran grandes bebedores y camaradas alegres. Sin embargo, á la sazón parecían entregados á melancólicas reflexiones y cambiaban entre sí pocas y breves palabras. Hay en la vida circunstancias en que los más charlatanes se callan.

La noche que los envolvía indicábales asaz que el Sol se había puesto para ellos: el sol del favor, de la fortuna, del placer; la sombra era el destierro, la fuga á rienda suelta ante tres hombres; lo porvenir, dudoso. El único de ellos que en tales momentos conservaba alguna esperanza era el que galopaba á la portezuela de la carroza,

su jefe, el autor de todas sus bienandanzas pasadas y de las malandanzas futuras: Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga.

A la cabeza de todos caminaba la flaca y sombría figura de monsieur de Peyrolles, su mayordomo. Los que rodeaban la carroza eran: Montaubert, Lavallade, Nocé, Taranne, el barón de Batz y Oriol, este último muy á vanguardia, porque el peligro era por retaguardia.

Toda la cuadrilla fiel de los *enrodados* (1) de Gonzaga estaba allí, con excepción de cinco: Albret, Gironne, Choisy, La Fare y Navailles; los dos primeros matados por Lagardère un instante después de la firma del contrato por el jorobado. No podía sorprender, pues, su ausencia.

Pero ¿qué habría sido de los otros tres para que no acudieran á la esquina del cementerio de Saint-Macloire, donde tenían caballos preparados? ¿Habrían tomado el camino de la eternidad en vez de la carretera de España? Para Oriol era esto un punto oscuro que le preocupaba.

—¡Gironne y Albret ayer—murmuraba;—hoy La Fare, Navailles y Choisy!

Y el gordinflón no se engañaba del todo. Sólo

(1) Nombre dado en aquella época á los que por su libertinaje y malos hábitos se consideraban dignos de la rueda.

se había salvado Navailles, rindiéndose á discreción arrepentido.

Y Montaubert, que oyó la reflexión, contestó con burlona crueldad:

—Y quizás dentro de una hora Oriol y Montaubert Los dos de un golpe. ¡Lagardère las gasta así! Y no tiene para enjuagarse la boca con los que quedan. Gonzaga acabará el baile. Pero ¿estás temblando, Oriol?

—Está demasiado oscuro para que puedas verlo. Eso no obsta para que mi silla sea menos suave y blanda que el lecho de Nivelle.

—Duérmete, y soñarás que ella te hace desaparecer tras un tapiz. Se ven cosas así entre esas señoritas de la Ópera.

—¡Pobre Nivelle!—suspiró el gordo.

—Nivelle cena ó se acuesta en estos momentos en que tú huyes, Oriol—dijo riendo el otro. —Si no te ha reemplazado aún—lo que es dudoso,—quizás este llamándote—pero esto lo dudo más—como á su perro. ¡Hete aquí convertido en el perro de Nivelle!

Esta chuscada no hizo reír á nadie. Tenían cosas más serias en qué pensar.

El viento se llevaba las palabras y azotaba los vuelos de las capas. La Luna se ocultaba por momentos bajo nubes negras y espesas, para reaparecer más lejos roja y sangrienta.

Durante sus eclipses la sombra envolvía por completo á caballos, carroza y caballeros, y éstos permanecían mudos.

Una arruga surcaba la frente de Gonzaga. Poco antes, en Consejo, y en previsión de la derrota, había dicho:

—¡Necesitamos llevarnos nuestro rescate viviente, nuestros rehenes!

Y el rescate viviente estaba allí: Aurora de Nevers, en traje de desposada, lloraba en la carroza, en tanto que Flor, sentada á su lado y cogiéndole las manos, le suplicaba que tuviese confianza en Lagardère.

—Sí; tengo fe en él. Sé que me salvará si vive. Pero ¿vive? Cuando me robaban se precipitaron todos contra él para matarle.

—Diez espadas no son nada contra la suya— repuso doña Cruz encogiéndose levemente de hombros.—Si hubiera muerto, los que nos rodean no correrían tan deprisa.—Se inclinó y besó á su amiga, añadiendo:—Además, de hoy más, Chaverny está á su lado. ¡No tenemos nada que temer!

Apenas ñronunciadas estas palabras, se apartó para llorar á su vez silenciosamente. Recordaba haber visto á Chaverny doblar una rodilla, tras una estocada de Navailles: sabía que estaba herido; pero no quería decirlo. El golpe que no

deja tieso de repente á un bravo, no significa gran cosa. Flor esperaba la salvación de Chaverny y de Lagardère.

Gonzaga tenía vivos deseos de saber lo que hablaban las dos amigas; pero en cuanto asomaba la cabeza por la ventanilla ambas se callaban apretándose una contra otra. El miserable pensó:

—Me será difícil separarlas, y su amistad podrá acaso más que mis proyectos. ¡Qué imbécil es esta bohemia que puse en el camino de la fortuna, y que tanto se desvía de él! ¡Casta de gitanos, que ponen los sentimientos por encima de las grandezas y del dinero, cuando yo he desafiado al mundo entero para conseguir unas y otro! Verdad que eso es lo que me ha perdido. Pero ¿estoy realmente perdido? Una vez que aparte de mi camino á Lagardère, el Regente me llamará á su lado. Y, sin embargo, estoy huyendo ante Lagardère.

Crispó los puños, apretó con mayor fuerza el pomo de su espada, é hizo dar un salto á su corcel, herido por fuerte espolazo que revelaba su rabia. Paseó su mirada en torno suyo, y gruñó:

—Excepción hecha de Navailles y Chaverny, que tuvieron la osadía de abandonarme, están ahí todos...; todos los que no murieron. Les prometí que el día que va á amanecer en breve

los sorprendería, ó siendo los primeros en París, ó cargados de oro y pletóricos de esperanzas por la carretera de España...—y prosiguió burlón tras breves pausa:—¡Los primeros en París! Por lo pronto somos los últimos; y si tuviéramos la desdichada idea de retroceder, lo más probable sería que fuésemos enrodados en la plaza de la Grève. ¡Bah! ¡Al freir será el reir! ¡Lo porvenir es de los audaces, de los fuertes!—Irguióse al decir esto, y lanzó una mirada de reto al Destino.—¡Me siguen por el oro! ¡Les daré, les arrojaré á la faz puñados, les pagaré! En cuanto á esperanzas, no les faltan. Celledmare ha barajado bien las cartas. Alberoni nos aguarda: el juego es bueno. Un condestable, un Borbón, hizo en otro tiempo armas contra su patria. Éstos, que son mercenarios, ni Borbones ni condestables, sino míos, pelearán á mi lado contra el Regente y contra Francia. ¡Vive Dios! Yo no soy francés. ¡Peor para ellos si lo son!

Espoleó de nuevo su corcel, y gritó:

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa!

Y el grupo se perdió en las tineblas como almas que lleva el Diablo.

El segundo grupo, el de los perseguidores, corría más, si cabe. Sólo se componía de tres hombres; pero llevaban á su frente á Enrique de Lagardère.

¿Quién era Lagardère?

Una especie de caballero de la Tabla Redonda extraviado en época de orgías. Tras borrascosa juventud había sentado la cabeza, consagrándose á una obra de justicia: la de defender á una huérfana de las asechanzas del príncipe Felipe de Goizaga, que para robar su fortuna al duque de Nevers le había hecho asesinar cobardemente en el foso del castillo de Caylus.

La huérfana era Aurora, la hija de Nevers. Lagardère, no habiendo logrado salvar al padre, señaló la mano del asesino para poder reconocerle un día, y preservó la vida de la criatura, robándola y refugiándose con ella en España, donde tuvo que luchar contra las pesquisas y asechanzas de los satélites del poderoso príncipe. En tales condiciones su nueva existencia fué una gran epopeya caballeresca. Ciertamente le ayudaron en tan ardua empresa muy eficazmente dos maestros de armas de indole original: Coardasse y Passepoil, antiguos profesores del joven, á quien ellos llamaban familiarmente «el parisiensito».

Los años transcurrieron. Aurora de Nevers se había convertido en una hermosísima doncella, y su salvador enamoróse de ella.

Con todo, el caballero no debía vacilar entre su deber y su amor.

Un primo segundo de la viuda de Nevers, el marqués de Chaverny, le notificó que Gonzaga tenía el propósito de hacerse adjudicar la fortuna del Duque en el caso de que la heredera no se presentara el día de su mayor edad á reclamarla, y Lagardère, rompiendo por todo, volvió audazmente á París; y allí, no pudiendo servirle de nada la fuerza contra sus poderosísimos enemigos, había recurrido á la astucia. Disfrazado grotescamente de jorobado, consiguió engañar á Gonzaga, introducirse en su palacio, y asistir oculto al Consejo de familia reunido para desposeer de sus riquezas á la viuda y á la huérfana.

Entonces consiguió suspender esta decisión haciendo saber á la Duquesa que su hija vivía, que se la devolvería un caballero llamado Lagardère en el baile que aquella misma noche daba el Regente en el Palacio Real, y que en la fiesta susodicha la voz vengadora de Nevers saldría de la tumba para denunciar á su asesino.

Y la dama, dando tregua á su dolor, asistió al festival regio, donde consiguió por fin penetrar Lagardère, pero sin la hija (que por fin pudo robarle Peyrolles), y ante el Regente, ante la Corte, el caballero, señalando la mano del canallesco Príncipe, exclamó:

—¡Ved la marca que hice en la mano del

jefe de los asesinos en el foso de Caylus! ¡Ése es el asesino de Nevers!

Pero tal acusación arrojada á la faz de un magnate resultaba sobrado inverosímil y tornóse contra el acusador. El astuto Gonzaga no robó á Aurora sino para aparecer como su salvador y devolverla por sí mismo á su madre. Lagardère fué acusado de asesino y raptor de menores, procesado y condenado.

Todo se derrumbaba en torno del pobre caballero; pero el amor velaba.

En sus largas pláticas con su madre Aurora puso de manifiesto ante la Duquesa toda la admirable abnegación que encerraba el alma del proscrito, que después de su condena exclamó ante el Tribunal, dirigiéndose á la noble viuda:

—Os había prometido el testimonio del propio Nevers. Ha llegado la hora. ¡El muerto va á hablar!

Y designando un pliego que el Príncipe tenía en la mano:

—Ese pliego—exclamó—no contiene la partida de nacimiento de la hija de Nevers, sino el nombre del asesino, escrito de puño y letra del asesinado. Ése es el testimonio de ultratumba que prometí. ¡Abrid el pliego!

Y Gonzaga, aterrado, se vendió apresurán-

dose á quemar el pliego, que sólo contenía un papel en blanco. Luego, ebrio de sangre y de venganza, huyó adonde le aguardaban los suyos, pues había previsto un caso de desgracia y organizado la fuga en consecuencia. Su buena fortuna le protegió hasta el fin, pues halló orando ante la tumba del duque de Nevers á su hija Aurora con su amiguita la gitana Flor. Aporóse de ambas, y acompañado de los suyos se lanzó á escape por la carretera de España, donde le hemos visto acelerar la fuga.

En cuanto á Lagardère, cuando pudo ponerse en su persecución, armado con la propia espada del Regente y seguido de sus leales Cocardasse y Passepoil, los tres montados en medianos caballos, los fugitivos les llevaban gran delantera.

El caballero iba vestido con el hábito que le habían dejado para subir al cadalso que le destinaba la frágil justicia humana. En sus miradas había más tristeza que cólera. Desnuda la cabeza, el viento agitaba sus blondos cabellos formando con ellos una dorada aureola. Sus narices se estremecían; sus delgados labios conservaban la huella de sus dientes, á cuya presión brotara sangre; su camisa pegábase al cuerpo por el sudor y por el viento, y sus ojos escudriñaban ávidamente las tinieblas que le precedían. La espada del Regente parecía incrustada



Desnuda la cabeza, el viento agitaba sus blondos cabellos..

por el puño en la diestra del caballero, cuyas rodillas encerraban como en un estuche los flancos del caballo, que estaba ya casi reventado.

En aquella carrera loca, cuyo fin era la salvación de Aurora y el exterminio de Gonzaga, estaba más hermoso que nunca.

Tras él, Cocardasse y Passepoil pasaban por las fases más terribles de un ejercicio que les era casi desconocido. El primero, que tenía la presunción de saberlo todo, hasta la equitación, casi se sostenía en la silla. ¡Desdichado quien en aquellos momentos le hubiera negado el título de excelente jinete! ¿No había llegado por fin la ocasión de servirse de aquellas espuelas que hacía sonar por todas partes, y de las cuales nunca necesitó servicio alguno? Su colega, acurrucado en la silla como un mono, subía á veces las rodillas hasta la barba, y se balanceaba de un modo alarmante agarrándose con ambas manos; pero seguía á Cocardasse, que á su vez seguía á Lagardère. Los tres hombres parecían fantasmas alados.

—¡Mal pecado!—juró repentinamente Cocardasse.—¡Tengo sed! ¡Este pequeño nos lleva á escape, y no entra en mi gazonete más que polvo! ¡Voto á bríos! ¡Creo que se me secó la lengua! ¡Necesito beber algo y refrescarme las fauces!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

—¡Bebe los vientos!—repuso socarronamente Passepoil.

Poco después le tocó á éste romper el silencio:

—¡Los tiempos son malos, Cocardasse. Vale más por las noches, en vez de recorrer las carreteras á caballo con riesgo de romperse la crisma...

—¡Vive Dios! ¡Pensar que esta noche hubiera sido la de las bodas de Lagardère, y Lagardère corre ante nosotros camino de España!

—Cierto; pero, de todos modos, la noche se ha hecho para dormir, y yo podría estar en los brazos...

—¡Voto á criba! ¡Abraza al viento, Passepoil! El remedio es tan bueno para el amor como para la sed.

Habiéndose devuelto la pelota, los dos esgrimidores se echaron á reir: su alegría era más franca y sincera que la de los hombres de Gonzaga.

Pero devoraban las leguas, y no hallaban ante sí nada más que silencio y tinieblas.

Lagardère espoleaba cada vez más á su caballo, que principiaba á flaquear.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa!—decía también.

Y como el jamelgo no apresuraba el paso á pesar de la espuela, le picó con la espada en la

grupa, con lo que el extenuado animal pareció recobrar nuevas fuerzas.

Comenzaba á apuntar el día. Enrique no distinguía nada ante sí en la carretera; pero encorvándose pudo ver las huellas de las ruedas de una carroza y de cascos de caballos. Al levantar la cabeza divisó una cuerda atada á dos árboles, la cual cruzaba el camino á la altura del pecho de un hombre. Obstáculo infantil, pero que pudo tener graves consecuencias, por lo menos un retraso, de haber sido colocada dos leguas más atrás.

Lagardère hizo saltar por encima á su caballo, metiéndole tres centímetros de acero en las ancas; pero antes de tener tiempo de gritar á sus compañeros ó de cortar la cuerda, los dos diestros chocaron contra el obstáculo, cayendo caballos y caballeros cuan largos eran. Passepoil, que hacía rato había perdido los estribos, cayó boca abajo, y su corcel, boca arriba junto á él. Ambos azotaban el aire con los remos aguardando que los ayudaran á levantarse.

Cocardasse cayó también; pero se levantó en seguida, é hizo poner en pie á su cabalgadura de una vigorosa patada: luego de un puñetazo se encasquetó el sombrero que estaba pocos pasos más allá, y acudió á su compañero invitándole finamente á montar de nuevo, si no quería hacer conocimiento familiar con sus espuelas.

Fueron sólo cinco minutos perdidos; pero en tales circunstancias era mucho.

Sin aguardarlos, Lagardère había continuado su desenfadada carrera por entre la bruma que ocultaba á los fugitivos, los cuales apenas les llevaban ya una legua de ventaja.

Los dos diestros trataban de reunirse con el *parisiensito*. Su carrera hizose más loca; los pobres jamelgos no se habían visto en otra nunca: si reventaban, ya hallarian ó cogerían otros. Se había hecho de día.

—¡Espuela, espuela! ¡Mal pecado!—gritaba el gascón utilizando por primera vez las suyas, y recordando acaso que antiguamente los caballeros las ganaban con una acción notable. De todos modos, tenía la presunción de haberlas ganado él aquella noche.

--¿Espuela?--contestó Passepoil.--¡Si no tengo!

—¡Pues hay que tenerlas, voto á bríos! Ya te tengo dicho que un hidalgo no debe viajar sin espuelas. Te empeñas en llevar zapatos, y hay que llevar botas, ¡voto á sanes! Yo he nacido con las espuelas en los talones. ¡Aún me parece recordarlo!

Passepoil sonrió, se agarró á la silla más fuertemente, y el alba los vió pasar como una tromba: el uno soberbio, erguido, con los bigotes erizados y la boca abierta, porque tenía sed; el

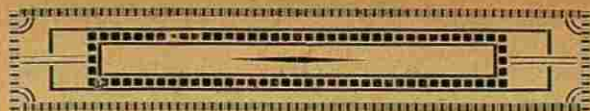
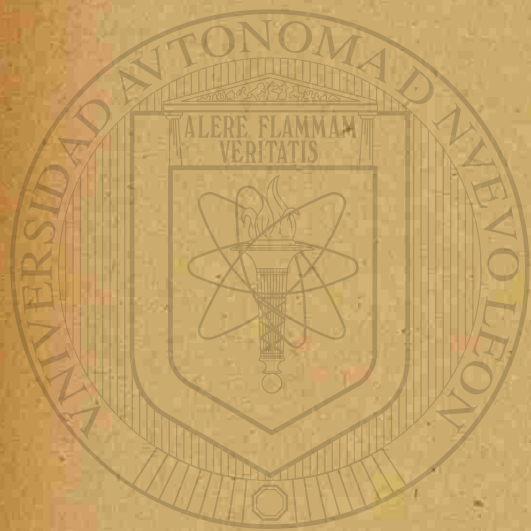
otro acurrucado en la silla, como un chimpancé á horcajadas en un asno.

Media hora después se reunían con su jefe.

El caballo de éste había caído por fin extenuado: estaba atravesado en el camino echando espumarajos por la boca. Cerca había un manantial. Lagardère, que no podía ver sufrir á los animales, iba y venía del corcel á la fuente, y humedecía las narices y los labios de la bestia. Luego trató de levantarla; pero el animal se moría.

El caballero recogió su espada, señaló con la punta al horizonte y exclamó:

—¡Te me escapas por ahora, Gonzaga! ¡Pero tenemos todo el día para ajustar nuestras cuentas, y la frontera aún está lejos!



II

De madrugada.

Lagardère lanzó una postrera mirada á su caballo muerto. Las nieblas matinales disipábanse, y la luz se hacía poco á poco. El caballero ignoraba las leguas recorridas; pero á la sazón podía seguir paso á paso las huellas de la carroza, y, si hubiera querido, contar los clavos que sujetaban cada herradura de los caballos. Calculó que antes del mediodía habría alcanzado á Gonzaga. Pero necesitaba caballos.

—¡Escucha!— dijo Cocardasse al oído de Passepoil.— Que no pueda decir nadie que nos prevailemos de nuestros pencos cuando el *muchacho* va á verse obligado á ir á pie. ¿Qué te parece, amigo?

El «amigo» agitó los brazos, llevó la mano á cierta parte de su individuo que, sin duda, guar-

daba algún resentimiento con la silla, y repuso generosamente con cierta melancolía:

—Por mi parte, estoy dispuesto á cederle el mío. ¡Mira: no me hables en tu vida de caballos! Para hacer padecer al hombre, basta y sobra con las mujeres. ¡Francamente, no nací caballero!

El gascón miró de alto á bajo al normando, retorcióse el bigote y espoleó á su caballo; tenía su semblante tal expresión de lástima y sarcasmo, que Passepoil sintió un escalofrío recorrerle el espinazo, y desvió la vista de su colega.

—Baja de tus zancos, pues—le ordenó.—Por honra tuya y la de tus compañeros, vale más que vayas á pata si tenemos que atravesar alguna ciudad.

De repente la niebla bajó al ras del suelo y desapareció. Por todas partes se perdía la vista en una inmensa llanura. En lontananza divisaban torres, murallas, y por encima de éstas una catedral, cuyos altos campanarios, terminados por finas agujas, parecían elevarse en el cielo. Era Chartres.

Aunque Orleans es el camino más directo por la carretera de España, como no se podía ir á esa ciudad desde París en una jornada, mucha gente iba entonces por Chartres, y dando aquel aparente rodeo llegaban mejor y antes. Este he-

cho había sido causa del primer retraso de Lagardère, que por temor de que Gonzaga le comprometiese á seguir una pista falsa perdió tiempo en averiguar por qué puerta parisiense había salido. Y hasta apuntar el día no se había tranquilizado por completo, pues el camino de Chartres era frecuentadísimo en aquella época. Disipáronse sus dudas al disiparse la niebla y divisar á una legua larga ante él el grupo de la gente de Gonzaga.

Hacía un instante que Enrique caminaba á pie. sin percatarse del frío matinal que helaba su pecho medio desnudo; su esforzada voluntad le impulsaba hacia adelante. Había descubierto al enemigo, y, como buen sabueso, erguía la cabeza. En cuanto, pasados algunos minutos, pudo entrever á la que constituía su vida, su esperanza, su fe, se sintió más fuerte.

En la carroza, escoltada por los secuaces de Gonzaga, doña Cruz murmuraba en aquel mismo instante el oído de Aurora:

—Mira el Sol naciente. Lagardère le contempla aparecer como tú, y se promete que no saldrá muchas veces sin que nos haya salvado.

—¡Ay!—respondió mademoiselle de Nevers.—¡Si Enrique hubiera tenido algún poder, nadie hubiera osado robar á la que una hora más tarde iba á ser su mujer!

Y siguió llorando desconsoladamente con la cabeza inclinada sobre el pecho. Hay momentos de desesperación en que el alma mejor templada pierde su confianza en lo porvenir. Había pedido al Cielo como suprema gracia casarse con su prometido antes de que el valiente y noble caballero subiera al cadalso, y esperó lograr aquel consuelo, confiando en que si la sangre de su amado era vertida, algunas gotas salpicarían su blanco vestido de desposada, convirtiéndolo así en sagrada reliquia que pronto había de ser su sudario. ¡Y no sabía si vivía, si había logrado probar su inocencia, ó si estaba muerto, sin que hubiera podido llorar sobre su cadáver! Sólo sabía que se la llevaban lejos, lejos...

La precipitada carrera nocturna fatigó á los familiares de Gonzaga. El barón de Batz fumaba como un corsario; Montaubert, Nocé, Lavallade y Taranne pensaban en cosas nada alegres; el gordo Oriol roncaba con un codo apoyado en sus pistolerías, soñando que la Nivelles le pedía por un beso en la mano tantas acciones de Lau como gotas de agua tiene el Mississipi.

Aquellos caballeretes, habituados á salir de madrugada ahitos, medio borrachos y armando loca algazara de las orgías del Regente, hallábanse á la sazón ayunos, extenuados y taciturnos. Su silencio parecía lúgubre.

Peyrolles había perdido la cabeza de su caballo, que mordía la cola del de Gonzaga. El mayordomo tenía un hocico de una vara de largo: se le hubiera tomado por un espectro escapado con capa de luto. Tampoco eran alegres sus ideas, aunque tenía la mayor parte de su fortuna colocada en el extranjero y á salvo, por consiguiente, y llevaba bajo su jubón un gran legajo de valores. Pensaba que hubiera podido llevarse el doble, y que los que llevaba estaban á merced de una estocada del terrible Lagardère.

Sólo Felipe de Mantua sonreía; pero era la suya una sonrisa amarga, mezclada de sarcasmo y forzada. Si hubiese reído fuerte, su risa hubiera sonado á falsa. Creyó que no podría caminar dos leguas sin que Lagardère le alcanzase y se jugase la partida, perdiéndose ó ganándose para siempre.

La partida perdida significaba la muerte de Gonzaga. ¡Y vivía! Así, pues, continuaba siendo el amo, y Lagardère había sufrido menoscabo en su reputación.

Por eso Gonzaga sonreía, mientras que todos aquellos á quienes arrastraba consigo en su venganza y en su desgracia lloraban ó lo veían todo negro, maldiciéndole en secreto. Sonreía por considerarse ya á salvo, creyéndose superior á su propio destino, sin pensar que el castigo llega siempre á su hora. Acercóse al coche,

é inclinándose ante la portezuela dijo con zumbona cortesía:

—Posiblemente, madamoiselles, no habréis contemplado desde hace mucho tiempo la salida del Sol. Si os place bajar un instante antes de entrar en la ciudad, podéis pasear y coger algunas flores silvestres: no tenemos prisa.

Aquel hombre, cuyo sol se había eclipsado la víspera, quería también ver la salida del dios que alumbrará siempre las virtudes y las iniquidades humanas.

Aurora se refugió en un rincón de la carroza, rehusando bajar: no quería sufrir las miradas ultrajantes de Gonzaga ni las de los mercenarios de sus odios cayendo sobre su vestido de novia y sus ojos enrojecidos por el llanto.

Doña Cruz pensaba de muy distinto modo.

—Ven—le dijo.—Aunque sólo retrasáramos un cuarto de hora la fuga, eso ganaríamos á favor de nuestros salvadores.

—Si Enrique no ha muerto, está demasiado lejos—respondió la Duquesita desanimada.

—¿Qué sabes tú? Yo soy gitana, y poseo el don de adivinación. Pues bien; yo te aseguro que tu Lagardère está muy cerca.

La joven se estremeció.

—¡Oh! ¡si fuera cierto! ¡Flor, mi querida Flor! Si me hubiesen robado á mi sola, creo

que ya me habría muerto. Contigo, tengo aún esperanza.

—¡Espera, sí, espera; ten ánimo!

Se besaron, y el rostro de Gonzaga apareció de nuevo en la ventanilla.

—¿No queréis bajar?—preguntó.—Pues había supuesto que os pluguiese mi ofrecimiento.

—Aceptamos—contestó doña Cruz.—Ordenad que pare la carroza para poder bajar.

Las doncellas bajaron, y lanzaron una ojeada al campo aljofarado de rocío. En cada hoja brillaba por lo menos una gota; la llanura semejava un semillero de perlas. Algunos grupos de árboles se esfumaban á lo lejos, en el azul radiante del cielo besado por la aurora. Pero el corazón de las dos mujeres, demasiado oprimido por la angustia, no les permitía saborear los encantos de la Naturaleza.

Se cogieron del brazo, y de sus ojos brotaron perlas más preciosas que todas las que brillaban en el campo; lágrimas de pena y de amor por adorados seres que las hubieran trocado por olas de sangre de sus propias venas, y que no estaban allí para recogerlas.

—¿Queréis reposar un instante?—preguntó el Príncipe.—¿Descabalgamos?

—No—repuso Aurora con altivez y haciendo

un gesto de terror á la sola idea de que todos aquellos malandrines hicieran un círculo en torno de su dolor.—Puesto que estamos tan cerca de las fortificaciones, os seguiremos á pie hasta ellas.

Y prosiguieron las dos del brazo en dirección de la ciudad.

—Es más bonita España. ¡Oh; cuánto quiero yo á mi España! Vamos hacia allá y, sin embargo, me entristece. Por ti, por mí, por los que amamos, desearía que no pudiéramos llegar á la frontera.

—Tú que tanto me exhortas á esperar, también desesperas. Sí; creo, como tú, que si llegamos á España estamos perdidas.

—¡Oh; eso no!—replicó vivamente doña Cruz.

—Tengo amigos allí. Los gitanos del alto Aragón nos ayudarán.

—No ayudan sino á los que tienen oro, y no lo tenemos.

—¡Ya tendremos! Pero no temas nada, hermanita: antes de que lleguemos á España han de suceder muchas cosas.

Vió en la cuneta del camino una mata de amapolas, saltó ágilmente, arrancó una flor, contempló un momento sus pétalos, y comenzó á deshojarla lenta y candenciosamente, en tanto que pronunciaba entre dientes algunas palabras. No

oyó lo que le decía su compañera, y con sus grandes ojos abiertos, muy abiertos, parecía excrutar lo porvenir.

De pronto, arrojando el tallo de la deshojada flor, cogió el brazo de Aurora, y opriniéndolo susurró á su oído:

—Vuélvete, y mira hacia donde sale el Sol; pero sobre todo te conjuro á que no hagas el menor gesto ni pronuncies una sola palabra.

Aurora obedeció; pero fué tan grande su emoción y su palidez, que Gonzaga hizo dar bruscamente media vuelta á su caballo y miró con inquietud en la misma dirección, viendo lo que contemplaba la hija de Nevers.

Sobre una eminencia del terreno, perfilándose en el disco del Sol naciente su silueta, que le pareció la de un gigante, Enrique de Lagardère los miraba y blandía amenazadoramente su temible tizona.

—¡Al coche, señoras, al coche! Cambiaremos de caballos en Chartres, y partiremos sin detenernos. ¡El tiempo apremia!

Doña Cruz, que tuvo por él un principio de simpatía, pronto reprimido, le miró con impertinencia suprema y contestó desdeñosamente:

—Hace un momento decíais lo contrario, príncipe. De todos modos, aunque vayáis más desprisa ó más despacio, lo que ha de ser será.

Vuestro destino está impreso en el Sol naciente, y acabo de leer en él vuestra muerte. Es el castigo próximo y fatal, ineludible, de todas vuestras vengativas y menguadas acciones.

Gonzaga rechinó los dientes, haciéndose violencia para contener la rabia que le impulsaba á castigar la insolencia de la gitana, y sus secuaces, que oyeron las fatídicas palabras, sintieron un escalofrío.

Las jóvenes volvieron á la carroza, y el cortejo entró en la ciudad poco después.

Enrique Lagardère tenía la vista penetrante, y entre el grupo de sus perseguidos, que la distancia hacía muy vago, pudo percibir una forma blanca que hizo palpitar su corazón. Su primer movimiento fué precipitarse con la cabeza baja, solo contra todos aquellos hombres, contra el mundo entero si era preciso, con tal de recordar á Aurora, á quién acababa de divisar, y que quizás le había visto también.

Pero reflexionó que era una locura querer atacar abiertamente á un príncipe, él, un desconocido vestido con el sayal de los ajusticiados, á un magnate conocido como amigo del Regente, y en una ciudad lo suficientemente alejada de París para que ignorasen todavía el hecho de su infamia y su desgracia. Además, Gonzaga podía tener amigos en Chartres, acaso levantar sol-

dados contra Lagardère, y más valía diferir el lance que comprometer su resultado. ¿No era ya suficiente saber que su dama estaba allí, cerca de él, y que podía reunirse á ella cuando lo juzgase conveniente?

Acaso no creyéndose perseguido de cerca Felipe de Mantua se retrasara algo, deteniéndose en la ciudad algunas horas. Después de una carrera como aquella, sus secuaces no eran hombres para olvidar que el hambre y la sed son necesidades apremiantes, y habían de querer satisfacerlas antes de ponerse nuevamente en camino. Lagardère pues, una vez que adquiriese en Chartres buenos caballos, marcharía algunas leguas más lejos á turbar la digestión de Gonzaga, y asegurarse, taladrando el estómago de los *enrodados*, de si se habían desayunado opíparamente. Decidido esto se sentó en la yerba, sepultó la cabeza entre las manos y meditó.

Retrotrajo á su mente lo pasado desde que halló en el foso de Caylus á aquella niña, convertida ya en mujer, en una mujer que le amaba con toda su alma. Le pareció volver á oír su propia voz clamando venganza y jurando sobre el cadáver de Nevers asesinado el exterminio de los culpables.

—¡Todos los asesinos morirán por mi mano!
¡Primero los criados, luego el señor!

¡Cuanto tiempo había trascurrido!

Durante él hizo lo que pudo. Uno tras otro los asesinos de los fosos de Caylus habían muerto: Pinto, en Turia; Pepe el *Espadachín*, en Glásgow; Staupitz, en Nuremberg; el capitán Lorena, en Nápoles; Joel de Jugal, en Morlés; *Giuseppe* Jaenza y el otro Pinto, por último, en los jardines del palacio de Gonzaga en París. Cocardasse y Passepoil quedaban exentos por haber demostrado su inocencia: sólo faltaban Felipe de Mantua y su factótum Peyrolles, que parecían protegidos por el mismo Diabolo. Cuatro mercenarios indiferentes habían caído ya en su lugar.

¡No importaba! ¡Nevers sería vengado!

Y así como rememoró lo pasado quiso son-
dar lo porvenir, y previó que tendría que verter
todavía mucha sangre antes de poder decir á
Aurora:

—¡Se acabaron ya, amada mía, el dolor y las
lágrimas para siempre: de hoy en adelante sed
feliz por mí y para mí!

¿Cuándo llegaría aquel día?

Acaso era el que empezaba entonces; quizás
estaba lejos. Pero la hora llegaría inevitable-
mente, y sería la de la muerte de un hombre.
Gonzaga moriría seguramente; pero él, Lagar-
dère, ¿no sucumbiría á los golpes de sus saté-

lites? ¿Habrían sido inútiles todas sus amar-
guras, sus padecimientos, sus privaciones? ¿Se
disiparían todos sus sueños?

—¡No—se contestó con energía;—porque hay
amor, y el amor, cuando es puro, es más fuerte
que todo!

Hacía más de una hora que soñaba. Cocar-
dasse y Passepoil se habían librado bien de
distrarle de sus pensamientos; y esto por la
razón naturalísima de que se durmieron uno
en brazos del otro.

No eran los diestros muy exigentes en la elec-
ción de lecho, y no siempre tuvieron á su dispo-
sición cama tan blanda. Así, sonreían entre sue-
ños satisfechos. En cuanto á los caballos, ni pen-
saron en huir. Pacían la yerba á poca distancia
de sus amos.

En otra ocasión Lagardère se hubiera reído al
verlos: entonces se limitó á despertarlos. El gas-
cón se desligó de los brazos de su colega con un
jarre allá! brusco, mientras el normando, tímido
por naturaleza, limpióse el colete que Cocardas-
le había baboseado soñando que bebía vino.

—Amigos—dijo el caballero,—tendréis el de-
recho de descansar cuando Aurora de Nevers
esté libre.

—¡Mal pecado! ¡Chiquillo, creo que sea esta
misma tarde!

30121

Lagardère no contestó; pero con un molinete de su espada segó los tallos de varias plantas, como si se tratara de segar la cabeza de Gonzaga.

Passepoil le ofreció su caballo, y montó á la grupa de Cocardasse agarrándose como si se ahogara. Decir que iba bien, fuera mentir: nunca fué tan poco estable como entonces su equilibrio.

—¡Eh! ¡No me aprietes tanto, que no soy ninguna doncella!—le gritó el gascón.—Vas á estropearme el jubón. Con que me avises cuando vayas á caerte, es bastante. Yo te cogeré por una oreja.

Á cien metros de las puertas [Lagardère vió destacarse de ellas una treintena de dragones de Royal Cambis, con sus casacas azules: avanzaban á su encuentro, y parecía que sólo por ellos se habían molestado. Como hacía falta mucho más para hacerle cejar, prosiguió su marcha sin amenguar el paso.

El destacamento no se hallaba allí por casualidad. El joven oficial que los mandaba alzó la espada y les dió el alto. Lagardère obedeció saludándole cortésmente con la espada desnuda.

—¿Quiénes sois?—preguntó el militar.

—Yo, el caballero Enrique de Lagardère; mis compañeros, Cocardasse y Passepoil, maestros de esgrima—contestó con cierta ironía que no tranquilizó mucho al dragón.

Chartres no estaba tan lejos de París para no haber oído y saber que con todos sus hombres se hubiera visto apurado para apoderarse de Lagardère si tratara de prenderle.

—¿Podía saber—preguntó el caballero, observando la perplejidad del alférez—qué me vale el honor de haber tenido que revelaros mi nombre, apellido y jerarquía? Sé que Chartres es una ciudad muy hospitalaria; pero no creo que lo sea al extremo de salir á recibir y rendir honores á todos los viajeros que lleguen á sus puertas, sobre todo si lo hacen á una hora tan temprana como nosotros. En prueba de ello, esta misma madrugada entró en la ciudad una tropa de caballeros escoltando una carroza, y nadie salió á darles la bienvenida. Sin embargo, os aseguro que eran gentes de... calidad.

—Lo ignoro, caballero—repuso azorado el oficial.—Yo me limito á cumplir las órdenes que recibo.

—¡Hola! ¿Habéis recibido órdenes, señor alférez? ¿Y habría indiscreción en preguntaros quién os las ha dado y á qué se refieren?

—Respecto á la primera parte de la pregunta—dijo el dragón sonriendo,—pudiera excusarme de responderos: sin embargo, os diré francamente que las recibí de mi capitán y me guardé bien de preguntarle quién se las había dado á

él. Respecto á la segunda, puedo afirmaros, señor caballero, que no encierran el menor atentado á vuestra libertad.

—Acaso sea mejor así para ambos—repuso el caballero;—pero, de todos modos, habría sido lo mismo. No tengo el menor empeño en saludar á los habitantes de vuestra ciudad, y la hubiese orillado para ver si el señor príncipe de Gonzaga había salido ya por la puerta opuesta.

—Y suponiendo que tuviera la orden de arrestaros, ¿qué sucedería?—preguntó medio cavilosa, medio socarronamente el alférez.

—Hubierais fracasado—dijo fríamente Lagardère,—y tendría un gran sentimiento en llenaros de agujeros ese flamante peto nuevo que lleváis, joven. Y ahora que sabéis quién soy, despachemos. ¿Se limitan á eso vuestras órdenes?

—Tengo que escoltaros hasta casa del preboste de policía, quien desea hablaros de algo que ignoro.

Indudablemente el oficial procedía de buena fe: así lo atestiguaban su semblante y sus palabras; pero Lagardère sospechaba en aquello un lazo. ¿Estaría Gonzaga escondido, emboscado en algún sitio, y se precipitaría sobre ellos por la espalda á su paso, ó los mataría á tiros? Todo lo que podía encontrar en la ciudad era algún

riesgo; pero ¿y si tenía la oportunidad de ver á Aurora?

Indiferente y desdeñoso al peligro, esta última consideración dominó á las demás.

—Id delante, caballero oficial—dijo;—y si vuestro preboste es hombre de buen trato, espero tener con él una conversación interesantísima.

El oficialito se irguió ufano, contando con poder alabarse después con sus compañeros, y hasta con las damas, de haber logrado que el terrible Lagardère le siguiera como un manso cordero.

Pusiéronse en marcha, y se detuvieron ante la puerta cochera de un hotel de bastante buena apariencia, en el cual introdujeron á los tres hombres llevándolos ante Ambrosio Liebault, preboste de policía de Chartres, hombrecillo rechoncho é insignificante que en vano trataba de tomar un aspecto feroz.

Para afirmar su dignidad y realzar su prestigio se había rodeado de celadores que llenaban la sala y formaban un marco grotesco en vez de belicoso, como era su intención. Habitado el pobre hombre á obedecer pasivamente en sus funciones oficiales y en su vida íntima á su cara mitad, había rogado á madama que se colocara de pie detrás de su sillón, le infundiera

ánimos y le apuntara lo que debía decir. Nada da tanto desenfado á ciertos hombres como sentirse sostenidos por la energía de una mujer.

Madame Liebault, Melania de nombre, poseía todas las cualidades viriles que faltaban á su marido. Llevaba los pantalones—figuradamente, pues tal prenda masculina no fué usada por las damas hasta mucho más tarde—en su hogar, y, sin embargo, era joven, hermosa y curiosa, quizás por simple prerrogativa del sexo. Por eso aquella mañana no se hizo rogar para salir de la cama y vestirse y acicalarse muy de madrugada.

La reputación de valor de Lagardère no había llegado sólo á oídos de los militares de la guarnición; muchas señoras casadas con hombres pacíficos, cobardes—y aun no cobardes—y complacientes, habían hablado del guapo caballero largamente, sin decir, por supuesto, todo lo que pensaban.

Su señoría Ambrosio Liebault, un poco intimidado á pesar suyo por aquel aparato que él mismo desplegara, tosió tres veces, se sonó, pasóse la diestra por la barbilla mal afeitada, se rascó la oreja con la siniestra, formó una o con los labios, y dijo, dando vueltas á los pulgares y sin atreverse á mirar al que interrogaba:

—Señor mío, ¿tenéis la merced de decirme vuestro nombre?

—Soy el caballero Enrique de Lagardère, y no concibo que pueda interesaros saberlo.

El buen hombre, sin responder, volvióse hacia el gascón:

—¿Y vos?

—¿Yo? ¡Voto á sanes! Me llamo Cocardasse, y soy bien conocido en París, en Flandes, en Gascuña, en todo el mundo. ¡Hay que venir á esta tierra de tópos para encontrar asnos que no conozcan á Cocardasse! ¡Mal pecado!

Y de un puñetazo se encasquetó su sombrero de fieltro, sin que nadie osara objetarle cosa alguna.

—¿Y el otro?

—El otro se llama Passepoil, maestro de armas—repuso el normando con voz aflautada, y sin separar los ojos de la hermosa mujer del preboste, para la cual añadió:—Adorador de las gracias, y siempre al servicio de la belleza.

—Caballero Enrique de Lagardère, Cocardasse, Passepoil—pronunció sentenciosamente el gordinflón preboste, tocándose con el índice la frente al mentar á cada uno.

—Eso es. Ésos son precisamente los nombres de la lista.

Y asegurándose las gafas en la nariz, desdobló un papel y se puso á leerlo de cerca. De pronto el papel se le escapó de los dedos, arre-

batado al vuelo por la punta de la espada de Lagardère, que lo cogió y lo examinó á su vez con la mayor desenvoltura.

—Sí, señor; eso es—dijo tranquilamente y devolviéndoselo clavado en su acero.—Sólo deseaba ver la letra, y ya la he visto: la conozco.

Su señoría había lanzado un ¡oh! de estupefacción, y todo el mundo se echó á reír, incluso su mujer. Cuando recobró el papel trató de mirar duramente á su interlocutor, y parpadeando horriblemente exclamó:

—Señor Lagardère, ¿estáis bien seguro de haber dado vuestro verdadero nombre y calidad?

—Anoche á las ocho, señor preboste—repuso con frialdad nuestro héroe,—estaba considerado como un aventurero. Media hora después el Regente me estrechaba la mano y reconoció públicamente mi título de caballero, que debo á su augusto tío Luis XIV. Pero ¿qué puede importaros esto?

—¿Y qué sois vos?—preguntó Cocardasse á quemarropa.

El hombrecillo hinchó los carrillos, se acomodó las gafas, se puso en jarras descansando las manos en las caderas, y con tono enfático, orgulloso y grotesco contestó empinándose:

—¡Yo soy su señoría el preboste de policía de la ciudad y Ducado de Chartres!

—¡Un preboste!—exclamó el gascón radiante.—Pues bien, amigo; entre colegas se entiende uno bien: yo también soy preboste, y Passepoil lo mismo: maestros de esgrima examinados, diestros reconocidos: con domicilio en París, y famosos en el mundo entero y en sus alrededores.

—¡Sí!—afirmó lacónicamente el normando poniéndose al lado de Cocardasse.

—¡Voto á mil demonios!—prosiguió éste, sacando su espadón y poniéndose en correctísima guardia.—¡Mostradnos vuestra destreza! ¡Mal pecado! ¡Si sois de los nuestros, meneemos un poco los hierros!

Por desgracia, y para confusión de los maestros de esgrima, Cocardasse vió que M. Liebault, en vez de acceder á su deseo, se levantaba y trataba de ocultarse detrás de su esposa, la cual le obligó á sentarse de nuevo en su sitio. El buen magistrado estaba lívido y temblaba de miedo. Todos reían, con excepción de Cocardasse y el jefe de la policía. Lagardère dijo:

—Señor preboste, no tengo tiempo que perder. ¿Qué queréis?

—¿Que qué quiero?—chilló el hominíaco, que de lívido se había tornado escarlata.—Voy á decirlo. Para mí no sois noble, como lo afirmáis sin razón, sino un condenado á muerte á

quien debieron ejecutar anoche en la Bastilla, que ha conseguido escaparse, y á quien tengo orden de arrestar.

Dijo todo esto como lección aprendida de memoria, de carretilla, sin pausa alguna ni atreverse á abrir los ojos, por miedo de ver algún acero amenazar su existencia prebostil.

—¡Bah!—repuso burlescamente el caballero, cuya paciencia se agotaba—¿Quién os ha contado todo eso? ¿Quién os ha dado tal orden?

El magistrado mostró con un gesto el papel.

—Ya lo habéis visto vos mismo, puesto que quisisteis ver la letra. Además, un gentilhombre no viaja con vestimenta de condenado, como vos, y seguido de dos espadachines de tan mala traza.

—¡Cuernos de Satanás!—rugió el gascón—Eso de espadachines de tan mala traza, ¿lo dirá por nosotros, Passepoil?

—Lo parece, noble amigo mío—repuso con flemma el normando.

—¡Caramba! ¡Pues voy á hacer que se retracte!

—Tenéis razón, señor preboste—dijo Lagardère, deteniendo el impulso del exaltado meridional;—y en verdad que no me atrevería á presentarme en la corte de esta guisa.

—Y tenéis en la mano una espada que no es vuestra.

—También es exacto. Esta espada es de su alteza el Regente, mi señor. Pero os ruego que no me la pidáis: la tengo en gran estima, y no podría por nada del mundo complaceros.

La blandió y prosiguió.

—¡Precioso acero! ¡Un juguete con aspecto inofensivo, una espada de corte! Es flexible, ligera y bien templada, sin embargo. Con ella se podrían matar diez hombres. ¿Imagináis, señor preboste, que tendré que servirme de ella en Chartres?

Mme. Liebault, con los ojos muy abiertos y las manos cruzadas, estaba como en éxtasis. Verdaderamente, aquel hombre era el auténtico Lagardère. Estaba convencida, y su marido en aquel momento significaba para ella muy poco.

—¿En Chartres?—contestó el magistrado.—Mientras yo sea preboste de policía, no mataréis á persona alguna.

—Según—replicó el caballero.—Si el que os ha dado la orden de arrestarme, y que se llama Felipe Polixeno de Mantua, príncipe de Gonzaga, está todavía en la ciudad, le mataré; os lo afirmo. ¡Nadie, salvo Dios, será bastante á detener mi brazo! Si no está, iré á matarle más lejos.

—Monseñor de Gonzaga se ha ido, y vos no saldréis de Chartres—exclamó el ~~hombrecillo~~

con otra voz; con la voz con que César debió de pronunciar su famoso: *alea jacta est*. Luego, dirigiéndose á los guardias, ordenó:—¡Apoderaos de ese hombre, vivo ó muerto, y encerradle en la cárcel!

Las últimas palabras fueron pronunciadas desde detrás del sillón, donde se había acurrucado temblando de pavor.

Cocardasse y Passepoil se habían puesto en guardia tranquilamente á ambos lados de Lagardère. Los guardias no adelantaron más que un solo paso.

Salvo el ambiente, hubiera podido creerse que la escena era una reproducción de la representada en la casita de Gonzaga, cuando el jorobado, después de firmar con su verdadero nombre, enderezóse, hizo desaparecer su falsa joroba y exclamó:

—¡Venid todos y leed!

—¡Atrás!—dijo friamente el caballero.—¡El primero que se me acerque, es hombre muerto!

—¡Prendedle! ¡Matadle!—aullaba el hombrecillo desde su escondite.—¡Si no le matéis, estoy perdido!

Lagardère volvióse hacia donde salían los gritos.

—¿Es vuestro marido ese hombre, señora?—preguntó inclinándose cortésmente ante Melania.

¿Quién es capaz de sondar el corazón femenino? Cruzáronse las miradas de la dama y el caballero. Ella estaba muy ufana por el hecho de contemplar tan de cerca á Lagardère, por hablarle, por servirle. Y su mirada bajóse desdeñosamente hacia el marido, acurrucado á sus pies, agarrado á sus faldas, aturdido y sin saber qué hacer para desaparecer.

—Si sois realmente Lagardère—dijo simplemente,—perdonadle. No puede nada contra vos.

—Soy Lagardère—y acercándose é inclinándose al oído de la dama, prosiguió:—Señora, una madre me ha confiado la misión de devolverle su hija, cobardemente robada. Los minutos me son preciosos, y si vuestro marido me detiene, favorece sin saberlo al miserable raptor.

—Entonces, apresuraos; partid sin demora alguna—dijo envolviendo al caballero en una limpiada mirada,—porque han dado orden de cerrar todas las puertas de la ciudad mientras estabáis en el prebostazgo.

—¡Ah! ¡Desdichado del que intente detenerme!

La dama le tendió la mano; el caballero la besó cortésmente, y aquélla ordenó á los guardias:

—Caballeros, el señor preboste os ruega que no os mováis de aquí hasta nueva orden.

El magistrado no protestó.

Lagardère pasó por entre los dragones seguido por sus compañeros, y estrechando la mano al alférez le dijo:

—Gracias. Tuvisteis razón al indicarme que el señor preboste era hombre cortés. Desgraciadamente, tiene la manía de ocultarse bajo la silla, y no puedo despedirme. ¡Adiós! Hacedme el favor de ordenar que me devuelvan los caballos.



III

Primeras emboscadas.

Lagardère montó, imitándole Cocardasse, y seguidos á pie por Passepoil dirigieronse á una posada con objeto de adquirir caballos.

Los buenos burgueses, que acababan de levantarse, veíanlos pasar con curiosidad á través de los cristales de los balcones seguidos del populacho, que hacia buen rato circulaba por las calles.

Los dos diestros iban satisfechos por el resultado de la aventura; Lagardère preocupado, tanto por el pensamiento de salir cuanto antes de la ciudad, según se lo aconsejara la mujer del preboste, que parecía muy sensata, como por su escasez de dinero.

Para emprender el viaje á la eternidad no hace falta, y Lagardère no se preocupó de ello;

Lagardère pasó por entre los dragones seguido por sus compañeros, y estrechando la mano al alférez le dijo:

—Gracias. Tuvisteis razón al indicarme que el señor preboste era hombre cortés. Desgraciadamente, tiene la manía de ocultarse bajo la silla, y no puedo despedirme. ¡Adiós! Hacedme el favor de ordenar que me devuelvan los caballos.



III

Primeras emboscadas.

Lagardère montó, imitándole Cocardasse, y seguidos á pie por Passepoil dirigieronse á una posada con objeto de adquirir caballos.

Los buenos burgueses, que acababan de levantarse, veíanlos pasar con curiosidad á través de los cristales de los balcones seguidos del populacho, que hacia buen rato circulaba por las calles.

Los dos diestros iban satisfechos por el resultado de la aventura; Lagardère preocupado, tanto por el pensamiento de salir cuanto antes de la ciudad, según se lo aconsejara la mujer del preboste, que parecía muy sensata, como por su escasez de dinero.

Para emprender el viaje á la eternidad no hace falta, y Lagardère no se preocupó de ello;

luego, lo precipitado é imprevisto de su viaje le impidió hasta proporcionarse una ropilla, y no pensó que para ir de París á España es imprescindible llevar la bolsa bien provista. Sabía á qué atenerse por lo que se refería á las escarceas de sus compañeros, que seguramente no hubieran juntado entre los dos tres pistolas. No cabía duda, pues, de lo crítico de su situación.

Gracias á que el caballero no solía apurarse por nada y confiaba siempre en lo que algunos llaman casualidad, y la mayoría llamamos Providencia. Se detuvo, pues, ante una hostería de los barrios bajos, en las inmediaciones de la Brecha, hostería cuyas grandes cuadras, situadas en la parte de atrás, hicieronle presumir que hallaría lo que buscaba. Pero si el alférez se había mostrado con él muy cortés, el hostelero no parecía dispuesto á imitarle.

Cocardasse, ávido de humedecer el gazonete, llamaba ya á la puerta, sobre la cual se leía el título: *La Virgen Negra*.

—¡Voto á bríos! La caverna debe de estar vacía: de otro modo, este hostelero del demonio no haría aguardar á caballeros como nosotros. ¡Si á la tercera vez que llame no ha salido el bergante á saludarnos, le ensarto con mi espada como si fuera un pavo!

Pero, por más que llamó, nadie acudía á abrir,

En cambio, el populacho se amontonaba en la calle del Burgo; calle que antiguamente había sido la Mayor, y que conducía á una de las principales puertas de la ciudad. Los comentarios comenzaban á circular en voz baja. No era admisible que á aquella hora—más de las ocho ya—ninguno se hubiera despertado y levantado en la hostería.

Lagardère tuvo el pensamiento de que Gonzaga y su cuadrilla estuvieran allí dentro y les prepararan una asechanza. Interrogó á un muchacho, y por éste supo que ocho caballeros y dos damas en una carroza estuvieron en aquella hostería, donde les tenían preparados caballos, y que antes de marchar todos hacia ya más de una hora, el jefe visitó al gobernador de la plaza.

No dudó el caballero de la veracidad del relato, y se persuadió de que el hostelero, gratificado por Gonzaga, no se hacía el sordo con otro propósito que hacerles perder tiempo. Calculó en consecuencia que era inútil insistir, pues los fugitivos no habrían dejado un solo corcel descansado; y no le sorprendió el caso, pues conocía bastante á su enemigo para estar convencido de que marcaría su paso sembrando el oro para ponerle obstáculos sin cuento.

Mientras tanto el gascón, harto de jurar y

tronar sin resultado, se empeñó en entrar á pesar de todo; y convencido de la solidez de la puerta, comenzó á aporrear una ventana, rompiendo maderas y vidrios hasta abrir un agujero suficiente para darle paso. Penetró por él; se le oyó maldecir y amenazar durante algunos minutos, y abrióse la puerta, apareciendo Cocardasse. Sujetaba por el cuello á un hombre, el hostelero, que se restregaba los ojos como despertado súbitamente en lo mejor de su sueño, y al cual el maestro de armas sacudía como á un ciruelo.

—¡Bergante! ¡Malandrin! ¡Racimo de horca!— aullaba el meridional triunfante.—¡Yo te enseñaré á no abrir inmediatamente la puerta, bellaco, cuando te hacen la honra de visitar tu taberna caballeros como nosotros! ¡Ve en seguida á traer vino del mejor, ó lo pagarán fus costillas!

—¡Excelencias!—gemía el pobre diablo.—¡Tened compasión de mí!

Lagardère le echó la mano al hombro con tal fuerza, que al misero le flaquearon las rodillas, y ordenó:

—¡Caballos! ¡Necesito tres! ¡Ahora mismo!

—¡Señor, Jesús! ¡Os juro, Excelencia, que no tengo ni uno! Todos los que tengo en las cuerdas están cansadísimos. Acaban de llegar de Tours.

—¡Canalla!—exclamó el caballero apretándole

el hombro hasta hacerle gritar.—¡Si mientes, te arranco la lengua!

—¡No miento, Excelencia; digo la verdad! ¿Quiere monseñor verlos?

Lagardère pensó que quizás entre todos hallaría por lo menos uno menos cansado que los dos que llevaban ellos, é iba á seguir al mesonero, cuando un chiquillo se le acercó y le entregó un billete. Lo leyó rápidamente. Decía así:

«En nombre del Cielo, caballero, váyase inmediatamente, sin perder un minuto. Mi marido acaba de ser llamado por el Gobernador. Las puertas se cierran. Sólo la de Guillaume está aún libre. Dentro de cinco minutos será tarde. ¡Huid, huid, y que Dios sea en vuestra ayuda!—*Melania.*»

—¡Tiene razón!—pensó.—Hay peligros que no deben desafiarse cuando se persigue un fin.

Sacóse del dedo una sortija que había adquirido en España, joya de gran precio por el exquisito trabajo del cincelador, y se la entregó al niño, diciéndole:

—¿Conoces á quien te ha enviado?

—¡Ya lo creo! Es la señora del preboste.

—Pues entrégasela, y dile que Lagardère se acordará siempre de ella. Anda—y dirigiéndose á los diestros:—¡Vamos! ¡Andando!—ordenó.— ¡Ya hallaremos caballos más adelante!

—¡Vive Dios! — clamó Cocardasse consternado. — ¡Tengo la garganta seca! ¡No se dirá que entré en una taberna por la ventana para salir por la puerta sin haber bebido una gota! ¡Eh! ¡Bellaco! ¡Vino!...

Al volverse vió un jarro medio lleno, y se lo zampó sin tomar aliento. Luego, limpiándose con el revés de la mano, dijo:

—¡Ahora te sigo, pichón! — Y encarándose con el hostelero: — ¡Tú, bergante, toma! ¡Así pago yo á los bellacos de tu especie!

El hostelero recibió un tremendo cintarazo en los riñones que le hizo encorvarse aullando de dolor, en tanto que los tres hombres se dirigieron apresurada y sucesivamente á las puertas del Chatelet, de Epars y Dionisse, que hallaron cerradas. Entonces recordó Lagardère lo que en su prisa había olvidado: la advertencia de madame Liebault de que sólo la puerta Guillaume estaba abierta. Es la única que subsiste hoy día, y hacia ella se dirigieron á buen andar.

Respiraron. Con efecto, estaba todavía sin cerrar. Apenas se hallaban á cuarenta metros próximamente, cuando de un callejón sin salida surgieron de repente una docena de malandrines, espada en mano, que les cerraron el camino. Capitaneábalos una especie de Hércules llamado Saint-Bonnet.

Los Saint-Bonnet son todavía legendarios en la región chartrense. Los primeros fueron dos hermanos que construyeron unas medianas fortalezas cerca de Blevy, de las cuales salían para asaltar, robar y secuestrar gentes, sometién-dolas á rescate y aterrorizando al país. Uno de ellos fué cogido y ejecutado, exponiéndose su cabeza sobre una de las torrecillas de la Puerta Guillaume, en Chartres. Su raza no se extinguió tan pronto. Durante el período revolucionario hubo Saint-Bonnets en la célebre cuadrilla de Orgeres, que tardaron cuatro meses en juzgar; veintitrés de estos bandidos fueron condenados á muerte, y los treinta y siete restantes á presidio.

El que salía al encuentro de Lagardère era nieto de aquel cuya cabeza se expuso á la vergüenza. Gonzaga tuvo tiempo de verle á su rápido paso por Chartres; y como el lobo y la vulpeja siempre son de una conseja, se entendieron pronto. Quizás no era la primera vez que el Príncipe utilizaba los servicios del bandido. Su misión era asesinar á Lagardère, y para ello había sido pagado. Debía intentarlo en la misma ciudad y en las inmediaciones de aquella puerta, á la cual se llegaba entonces por calles sucias y angostas, tortuosas y llenas de recovecos y de callejoncetes sin salida, muy á propósito para emboscadas.

Gonzaga había explicado su sencillo plan al Gobernador.

—El hombre á quien os intimo que prendáis de parte del Regente, parece que tiene pacto con el Diablo. Se escapará, probablemente, de vuestras manos, como se ha escapado de las del verdugo. Haced cerrar todas las puertas menos una, y armadle allí una emboscada.

Luego se puso de acuerdo con Saint-Bonnet, indicándole el sitio á propósito y haciéndole ver que en caso de ir mal el asunto no tenían más que dar un salto y se hallaban fuera de la ciudad, y, por consiguiente, á salvo.

—¡He ahí unos individuos cuya cara no recuerdo haber visto nunca! ¡Mal pecado! ¡Si son así los guardias de la ciudad de Chartres!...

—¿Cómo serán los bandidos chartrenses?— concluyó humorísticamente Passepoil.

Lagardère los contó:

—Tres para cada uno: los otros tres huirán. ¡Adelante!

Y buscó con la vista al jefe; pero Saint-Bonnet, que tenía aún intacto en el bolsillo el oro de Gonzaga, no quería exponerse, y hallábase parapetado detrás de sus hombres.

Pronto se empeñó la reirriega, y oyéronse gritos de agonía y sordos estertores. Tras los cristales de las ventanas aparecían semblantes ate-

rrados. Entre los vecinos señalábanse con el gesto á aquel personaje misterioso, hacía una hora llegado á la ciudad y que la había sobresaltado y trastornado. Pero como los bandidos eran casi todos extranjeros, y odiados por sus robos y atropellos de los pacíficos ciudadanos, éstos no podían menos de soltar tal cual ¡bravo! á cada salteador que caía.

Y el campo de los bandidos clareaba á ojos vistas. En breve quedaron varios cadáveres escalonados á todo lo largo de la calle. ¿Eran todos cadáveres? No podríamos decirlo; pero es lo cierto que todos llevaban en la frente el agujero sangriento, sello fatal que casi todos los diestros conocían, y que llamaban *la estocada de Nevers*.

Uno de los malandrines hubo de conocerlo, pues al fijarse en los cadáveres de sus compañeros dió un grito, volvió grupas y escapó, siguiéndole los demás como bandada de gorriones.

Durante todo el combate una mujer joven y bella permaneció asomada á una ventana, muy cerca de la muralla, y desde allí, con los ojos agrandados por la angustia, no perdió de vista ni un segundo á Lagardère.

Éste, aunque muy atareado haciendo frente á los muchos adversarios que trataban encarniza-

damente de agujerearle el pellejo, no dejó de verla, y hasta de reconocerla y observar en su dedo la sortija que poco antes aprisionaba el del caballero. Al huir los bandidos saludó con su espada ensangrentada á la joven, que con el dedo rígido le señalaba la puerta recomendándole que huyera. Llamó á sus compañeros, y lanzáronse los tres por el pasadizo.

De pronto un grito angustioso le hizo detenerse: volvióse á mirar á la ventana; pero ya no vió á la dama, que acababa de desmayarse.

—¡Adelante!—gritó Lagardère, previendo un peligro.

Pero sus cuerpos chocaron con las macizas y sólidas puertas, que cerraban en aquel mismo instante con rechinar atronador. Una compañía de soldados los rodeaba, y el Gobernador en persona, monsieur Beinet de Floville, seguido del preboste de policía, intimó á Lagardère que le entregase la espada.

El caballero crispó los puños, irguió la frente radiante de valor y de audacia, y exclamó:

—¡Nunca! Leed entre la sangre, señor Gobernador: este acero lleva el nombre de Felipe de Orleans, Regente de Francia, y no la entregaré sino á su dueño ó al Rey.

Con el cuerpo firme sobre sus firmes piernas y la mano izquierda en la cadera tendió hori-

zontalmente la espada á dos pulgadas de las narices del Gobernador.

—¡Leed, caballero, leed!—repetía con rabia.

Era insolente; pero tan soberbio, que monsieur de Floville se inclinó á pesar suyo y no insistió.

—Y os intimo—prosiguió Lagardère—que me hagáis abrir estas puertas y que me devolváis la libertad que sin derecho alguno pretendéis arrebatar-me.

El Gobernador era hombre comedido, pero testarudo: cuando creía marchar por el camino que le marcaba su deber, seguía impertérrito, aunque viera que iba á romperse la crisma. Necesitaba nada menos que una Real orden para desistir de sus propósitos. Y tal era su caso entonces. Felipe de Mantua era íntimo amigo, familiar cortesano del Regente, cosa que todo el mundo sabía; y aquel amigo y favorito le había ordenado en nombre de Felipe de Orleans detener á un condenado á muerte que se titulaba el caballero Enrique de Lagardère. Era su deber obedecer contra todos y á pesar de todo.

—Señor mío—respondió,—tendré mucho gusto en obrar según vuestros deseos. Si realmente sois el caballero de Lagardère, os conozco bastante por vuestra fama para no pedir os desde ahora mismo cumplidas excusas por las molestias que he podido causaros. Probadme que lo

sois, y me declararé en el momento vuestro servidor.

—No puedo daros esa prueba, y vos sois el primero que ponéis en duda mi palabra.

—Os repito que no dudaría lo más mínimo si mis informes particulares, podría decir órdenes, no me permitiesen afirmar que no sois el caballero de Lagardère, sino un condenado á muerte fugado, y al cual debo devolver al cadalso.

El caballero dejó caer los brazos á lo largo del cuerpo, agobiado por los retardos que prevenía.

—¡Oh Gonzaga!—murmuró.—¡Me lo pagarás todo con tu sangre!—Luego irguiéndose contestó al Gobernador:—Hay algo de verdad en lo que decís, caballero. Ayer era un condenado á muerte; no se lo he ocultado al señor preboste. Ayer, con efecto, iba hacia el cadalso, y mi adversario, Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga, el mismo que os ha dado esos informes y esas órdenes, creía ya empinarse sobre mi cadáver. Pero del plato á la boca se pierde la sopa, y mientras uno tiene la cabeza sobre los hombros, el derecho á su favor y el honor por guía, aun cuando su razón de ser sea la venganza, puede trastornar al mundo entero. Si; ayer el caballero de Lagardère caminaba al suplicio. Pero en el camino encontró

á Su Alteza el Regente, y Felipe de Francia le puso en la mano su propia espada, diciéndole: —¡Podéis herir! ¡Os entrego la cabeza de vuestro adversario!...»

Su voz era vibrante; de sus aceros ojos brotaban rayos.

—Esa cabeza—prosiguió—es la del Príncipe de Gonzaga, de ese canalla á quien el Regente ha condenado y desterrado; de aquel á quien tengo la misión de castigar cuando haya recobrado lo que me arrebató, lo que es mío. Yo también, caballero, he recibido órdenes, y son superiores á las que os han dado á vos.

—Servíos mostrármelas—repuso el Gobernador.—Monseñor de Gonzaga llevaba los pasaportes en regla, firmados por el señor de Argensón. ¿Dónde tenéis los vuestros?

—¡Mis órdenes están aquí!—exclamó Lagardère golpeando sobre su corazón.—¡Y este es mi mejor pasaporte!—añadió, blandiendo su espada.—¡Lagardère puede pasar por doquiera; hasta con las manos atadas, como lo hizo ayer; hasta cuando le cierran las puertas, como vos acabáis de hacerlo! ¡Pluguiese á Dios que en vez de detenerme á mí hubieseis arrestado á aquel á quien obedecéis! ¡No arriesgaríais el peligro de perder el destino que tenéis, y acaso de ser encerrado en la Bastilla!

Monsieur de Floville hizo un gesto de dignidad lastimada.

—Estaba á punto de creerlo; pero os prevengo que es en vano tratar de intimidarme, porque...

—¿Y quién pretende intimidaros? Si quisiera hacerlo, os diría. Dentro de veinticuatro horas, hagáis lo que hagáis, me encerréis donde me encerréis, no estaré en vuestro poder, pese á vuestros guardias, á vuestros carceleros, á vuestras mazmorras y á todos los malandrines pagados para asesinar me.

El Gobernador se sobresaltó; aquello era una suposición que hería su honra.

—¿Bandidos?—interumpió.—¿Bandidos asalariados? No os entiendo, caballero.

—¡Ésos!—dijo Enrique, señalando los cadáveres.—¿Quién me ha azuzado esos perros?

Monsieur de Floville se inclinó sobre aquellos cuerpos y palideció; pero afirmó con dignidad:

—Caballero, os doy mi palabra de que no conozco á esas gentes ni sé quién las ha emboscado contra vos.

—¿Quién? ¡Gonzaga el asesino, Gonzaga el maldecido! ¡Señor Gobernador, hasta su fin, ya próximo, siempre le hallaréis á él en un campo y á mí en el de enfrente!

El digno funcionario no se hallaba bien, y el

preboste, que estaba tras él, temblaba como la hoja del árbol al soplo del viento.

—Venid á mi casa—acabó por decir el primero.—Allí podremos hablar con más tranquilidad. Lanzáis contra un personaje de los más poderosos acusaciones gravísimas que conviene que oiga yo solo mientras no sean probadas.

—Os lo afirmo bajo mi palabra. Esta mañana pudisteis preguntar al mismo Gonzaga si Lagardère faltó nunca á su palabra.

—¡Venid!—repitió el Gobernador.

—Permitidme, por el contrario, que no me oculte para decirlo. Nunca habrá demasiadas personas para oír mis acusaciones, y lo que os digo hoy mañana será público y notorio.

Hizo una seña con su espada, y en breve oficiales y soldados, burgueses y artesanos, nobles y plebeyos formaron círculo en derredor suyo.

—Mantengo mis acusaciones todas; y la primera es un hecho ya juzgado: Felipe de Mantua, Príncipe de Gonzaga, es un asesino.

Oyéronse varias exclamaciones.

—¡Oh! ¡Oh! ¿Y á quién asesinó?

—Una noche, en los fosos de Caylus, hace veinte años—¡yo lo ví!—asesinó de una estocada por detrás á su mejor amigo, cuya fortuna y cuya mujer codiciaba. Ese amigo, casi un her-

mano, era Felipe de Lorena, Duque de Nevers. ¿No es un asesinato?

Aunque antigua la historia y casi olvidada ya, sobre todo por la gente del pueblo, todos aguzaron los oídos.

Lagardère prosiguió:

—Nevers tenía una hija, que Gonzaga quiso hacer desaparecer también. Yo, Enrique de Lagardère, pude arrancarla de sus garras, y la mantuve á salvo de sus asechanzas en España durante veinte años. Era mi novia, é iba á casarse conmigo antes de que me ejecutasen, si me veía obligado á morir en el cadalso. Pero probé que Gonzaga era quien debía morir en mi lugar, y cuando, ya libre y honrado, volví á buscar á mi prometida, me hallé con que el asesino me la había robado casi al pie del altar. Todos la habéis visto pasar hace pocas horas. Va camino de España, en la carroza que él y los suyos escoltan, y en tanto que el ladrón se lleva la presa ¡me impedís aquí perseguirle!

Una emoción profunda irradiaba de todo su ser y conquistaba á todos sus oyentes. Lagardère continuó:

—¿Comprendéis ahora, señor Gobernador, por qué no necesito órdenes ni pasaportes, por qué os pido que me hagáis abrir esta puerta? ¿Comprendéis ahora por qué Gonzaga os

ha engañado mintiendo descaradamente, para retardar mi persecución, y por qué ha apostado asesinos mercenarios en mi camino?

Monsieur de Floville se adelantó y le tendió la mano:

—Os creo, caballero. Un hombre de vuestro temple no miente. Os creo y os admiro. Si sólo de mí dependiese, no os retendría un sólo instante; pero mi deber se impone á mis sentimientos. Las cosas de la corte suelen ser misteriosas, prestarse á sorpresas. Sabiendo Su Alteza el Regente que habéis salido de París en tal guisa, sin dinero quizás, sin caballos de relevo, sin pasaporte para atravesar las ciudades que pueden, como ésta, cerrarseos, es seguro que habrá mandado seguiros y que sus emisarios no estén lejos.

—Hipótesis...

—Cierto; pero quiero hacer otra cosa. La marcha forzada y las emociones os han fatigado: necesitáis reparar las fuerzas, y caballos para proseguir el viaje. Venid á mi casa, compartid mi bolsa, elegid los caballos que os convengan en mis caballerizas, y si hasta las dos de la tarde no hemos recibido algún correo del Regente, seréis libre.

Enrique le estrechó la mano.

—Gracias, caballero; acepto, á lo menos en

parte.—Y añadió para sí dando un suspiro:— ¡Y entretanto se pasa el tiempo! ¡Aurora, Aurora! ¿Qué pensarás de mí?

Bajó la cabeza, y una lágrima se deslizó por su mejilla.

Pero no tuvo lugar de caer al suelo, porque un pañuelo perfumado, guiado por mano femenil, la enjugó dulcemente, y Ambrosio Liebault, estupefacto, lanzó un grito al reconocer á sumujer.

—¡Calle!—dijo sonriendo el Gobernador al preboste.—No me extraña ya que no hayáis podido arrestar al caballero de Lagardère, puesto que tenía auxiliares hasta en vuestra misma casa. Mad. Liebault conspiraba con él contra nosotros.

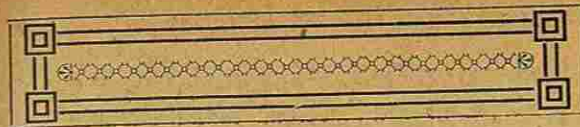
La dama irguió la cabeza con altivez.

—No le conocía—dijo;—pero estaba segura de que era Lagardère. Si sólo de mí hubiese dependido, señor Gobernador, no sería ahora vuestro huésped.

—Para castigaros, señora, os intimo que os cojáis de su brazo y vayamos á almorzar. Le confío á vuestra custodia hasta las dos, ¡No le deis medios de evadirse!

Á pesar de su tristeza, Lagardère no pudo menos de sonreír.

—Tranquilizaos, caballero: os doy mi palabra de no tratar de separarme de mi encantadora carcelera antes de la hora estipulada.



IV

La hostería de la bella hostelera.

Iban á dar las dos, y Lagardère, vestido ya convenientemente con finos calzones y una ropilla nueva, se preparaba á marchar.

Cocardasse había saciado cumplidamente su sed atrasada, y hasta hecho una reserva á cuenta de la venidera: su nariz tenía, en la punta sobre todo, un hermoso color rojo, como en los días de agape extraordinario, y tenía mucha menos prisa que su señor. En cuanto á Parsepoil, le pasaba lo mismo por distinta causa: se había hecho asiduó concurrente de la cocina, aunque nada tenía de glotón ni de bebedor, y sentía dejarla... por la cocinera, que no le parecía costal de paja, ni mucho menos.

Sin sus graves preocupaciones, también el caballero se hubiera tenido por dichoso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

parte.—Y añadió para sí dando un suspiro:— ¡Y entretanto se pasa el tiempo! ¡Aurora, Aurora! ¿Qué pensarás de mí?

Bajó la cabeza, y una lágrima se deslizó por su mejilla.

Pero no tuvo lugar de caer al suelo, porque un pañuelo perfumado, guiado por mano femenil, la enjugó dulcemente, y Ambrosio Liebault, estupefacto, lanzó un grito al reconocer á sumujer.

—¡Calle!—dijo sonriendo el Gobernador al preboste.—No me extraña ya que no hayáis podido arrestar al caballero de Lagardère, puesto que tenía auxiliares hasta en vuestra misma casa. Mad. Liebault conspiraba con él contra nosotros.

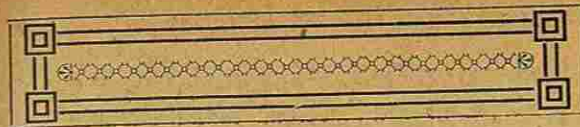
La dama irguió la cabeza con altivez.

—No le conocía—dijo;—pero estaba segura de que era Lagardère. Si sólo de mí hubiese dependido, señor Gobernador, no sería ahora vuestro huésped.

—Para castigaros, señora, os intimo que os cojáis de su brazo y vayamos á almorzar. Le confío á vuestra custodia hasta las dos, ¡No le deis medios de evadirse!

Á pesar de su tristeza, Lagardère no pudo menos de sonreír.

—Tranquilizaos, caballero: os doy mi palabra de no tratar de separarme de mi encantadora carcelera antes de la hora estipulada.



IV

La hostería de la bella hostelera.

Iban á dar las dos, y Lagardère, vestido ya convenientemente con finos calzones y una ropilla nueva, se preparaba á marchar.

Cocardasse había saciado cumplidamente su sed atrasada, y hasta hecho una reserva á cuenta de la venidera: su nariz tenía, en la punta sobre todo, un hermoso color rojo, como en los días de agape extraordinario, y tenía mucha menos prisa que su señor. En cuanto á Parsepoil, le pasaba lo mismo por distinta causa: se había hecho asiduó concurrente de la cocina, aunque nada tenía de glotón ni de bebedor, y sentía dejarla... por la cocinera, que no le parecía costal de paja, ni mucho menos.

Sin sus graves preocupaciones, también el caballero se hubiera tenido por dichoso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Mr. de Floville, atenuando la rudeza que manifestara al principio, se había portado como amigo verdadero. Le había elegido tres soberbios coreeles entre los mejores que tenía, y le rogó con insistencia que aceptara una bolsa bien repleta; oferta que Lagardère agradeció mucho, como es de suponer, pero que rehusó terminantemente. Al otro día tuvo la agradable sorpresa de hallar aquella bolsa en sus pistoleras.

Varios otros ofrecimientos de dinero tuvo, hasta de la esposa del preboste, y éste no se admiró poco de que su Melania poseyera tales economías. Al pobre hombre no le agradaban mucho las corteses asiduidades de su mujer para con Lagardère; pero, sensato y reflexivo cuando no amenazaba su existencia algún riesgo inmediato, hizo la vista gorda. Comprendió con sano juicio que provocar un escándalo le perjudicaría mucho, porque quedaría en ridículo, y además excitaría contra él la cólera del caballero y la cólera de su cónyuge, que sabemos era el amo de la casa.

Y procedió con cordura. Si es verdad que Melania se había apasionado por Enrique, era fundamentalmente honrada, y romántica y sentimental en grado sumo. Así, halló dulce placer en inmolarse voluntariamente, y no cesó de hablar al caballero de su adorada Aurora, animán-

dole, fomentando sus esperanzas, y tratando á Lagardère como á un hermano querido.

El cinturón le ajustaba bien, pues aunque había conservado la espada del Regente, estaba ya acompañada de los accesorios indispensables, y comenzó á manifestar de nuevo su agradecimiento al Gobernador al despedirse.

—¡Chitón!—le interrumpió éste.—¡Ojalá mientras ejerza el cargo pueda arrestar á muchos malhechores de vuestra especie, para morir rodeado de verdaderos amigos!

—En cuanto á vos, señora, vuestro recuerdo permanecerá indeleble en mi corazón. Si vivo, volveré muy pronto con mi prometida, y seremos dos para manifestaros nuestro agradecimiento: si muero...

Madame Liebault palideció intensamente y vaciló. Perdió por entero la noción de las cosas y de las personas que la rodeaban, preocupada por un doloroso pensamiento: *Lagardère podía morir*. Su cabeza rubia se apoyó lánguidamente en el pecho del caballero, y murmuró:

—¡No; no moriréis! ¡Imposible! ¡No quiero! ¡No! ¡Rogaré á Dios diariamente por vos, y me oirá! ¡Encontraréis de nuevo á vuestra prometida, y seréis feliz! ¡Marchad!

Comprendió Lagardère su angustia, y la besó en la frente. La dama se sintió dichosa; la amaba,

Enrique también se había olvidado de que no estaban solos, y murmuró dulcemente:

—Mi amor por Aurora de Navers y mi cariño por vos constituirán mi fuerza. Pensaré con frecuencia en vos, y volveremos á vernos.

—¡Basta ya, señora!—gritó una voz detrás de ellos.—¡Esto es intolerable! ¡Olvidáis la presencia del señor Gobernador y la mía. ¡Y yo, como marido vuestro, os ordeno que os retiréis inmediatamente!

Ella le miró de alto á bajo; pero el hombrecillo estaba sobrado furioso para intimidarse por la actitud de su esposa, y gesticulaba y golpeaba el suelo con el pie como un loco.

—¿Con qué derecho os mezcláis en esta cuestión, señora? ¡Responded, responded; lo mando! ¿Con qué derecho?...

Con frialdad glacial y mucha firmeza repuso Melania:

—¡Con el derecho que tiene toda mujer para distinguir los discretos y animosos de los necios y cobardes!

Ambrosio Liebault enrojeció de cólera.

Lagardère no tenía muchas ganas de broma en aquellos momentos; pero quiso echar un jarro de agua fría sobre la efervescencia del pobre diablo que tan tímido se le había mostrado rodeado de todos sus guardias pocas horas antes, y guiñando el ojo al señor de Floville, que son-

reía complacido en un rincón, dijo al preboste de policía:

—Quizás haríais bien en enfadaros tanto y temer por vuestra honra si el beso que acaba de recibir vuestra esposa no fuera el de un condenado á muerte.

Liebault retrocedió un paso.

—Sí, sí—prosiguió Enrique, tomando sin darse cuenta el tonillo gango: o que caracterizaba á su tocayo el último de los Valois.—¿Quién os prueba que sea yo efectivamente Legardère? ¿No es verosímil que os haya engañado y que, por añadidura, me proponga robar el corazón de vuestra mujer?

—¿Que no so-is La-gar-dè-re?—deletreó el desdichado, retrocediendo hasta que su espalda tropezó con la pared.

—Acaso sí, tal vez no—suspiró el caballero.—Á fuerza de repetírmelo todos tanto, y vos el primero esta mañana, comienzo á dudar, y pienso que no me sorprendería ser solamente un asesino vulgar.

Y dirigiéndose á la dama, añadió con seriedad cómica:

—Si consentís en ello, señora, os rauto.

—¡Melania, Melania!—clamó el buen hombre.

—¡No hagais caso; quédate conmigo; soy tu legítimo esposo! ¡Y vos, señor condenado, señor,

caballero, quise decir, idos, idos lejos de aquí! ¡Por piedad, señor Gobernador! ¡Que le abran las puertas, que se vaya, y que no vuelva á aparecer por Chartres!

—Iré á hacerme ahorcar á otra parte, si quiero. Pero acordaos de que, como os dijo Gonzaga, tengo pacto con el Diablo, y que si alguna vez dirigís á vuestra esposa el menor reproche, yo lo sabré en seguida, y habrá llegado *incontinenti* la hora postrera de vuestra vida.

El preboste se dejó caer aniquilado en un sillón: sudaba copiosamente. Un ruido de caballos en el patio cortó la cómica escena.

—Correos—dijo el Gobernador después de mirar un instante por la ventana.—Caballero, vamos á lamentar mucho vuestra ausencia. Pero no os detenemos: cumplid vuestro deber, y acordaos cuando volváis por Chartres con vuestra novia ó con vuestra esposa de que las puertas de la ciudad, como las de esta casa, os serán siempre abiertas de par en par. ¡Que Dios os ayude!

Un ujier introdujo á dos hombres enteramente cubiertos de polvo.

—¿Quién os envía?—preguntó el caballero.

—Mi señor el Regente.

—Mi señora la duquesa de Nevers.

—Buscamos al caballero Enrique de Lagardère—dijeron ambos.

—Yo soy—contestó éste.

Entregáronle sendas misivas, y el segundo, además, una bolsa repleta de oro con las armas de la madre de Aurora.

Enrique leyó ambos pliegos, y se los pasó cortésmente al Gobernador.

—¡Y ahora adiós!—exclamó.—¡Ya tengo cuanto necesito para vencer!

Estrechó cordialmente la mano de Floville, y borró con un beso rápido una lágrima que brillaba como una perla en la mejilla de Melania. El preboste, hundido en su sillón, cubriase el rostro con las manos, y no le vió partir. Nadie le hacía caso.

Algunos minutos después Legardère, á caballo y seguido por sus guardias de corps, exclamaba:

—¡Adelante! ¡Por Aurora y contra Gonzaga!

Y los que los veían pasar por la carretera de Orleans como un torbellino pensaban que el viento tomaba formas humanas.

Considerando fríamente las cosas, el caballero no estaba enojado por lo que acababa de suceder en Chartres. Á despecho de su fe en sí mismo y de la confianza que tenía de triunfar de todas las dificultades por haber salido airoso de otras mayores, no podía menos de reconocer que, casi desnudo, sin pasaportes, sin dinero y

por consiguiente, sin medios para proporcionarse caballos de repuesto, hubiera sido imposible, para otro que no fuera él, lograr sus fines.

Pero aunque ya no temía incidentes parecidos al que le había hecho perder media jornada, al pensar en la ventaja que lograron sobre él los miserables á quienes perseguía, mostrábase muy contrariado.

Cuando por la noche llegó á Orleans á hora ya avanzadísima, la ciudad dormía: sin embargo, en las murallas velaban, y un piquete de soldados aguardaban en la puerta. Era una segunda edición de la aventura de Chartres, y el caballero rió burlescamente.

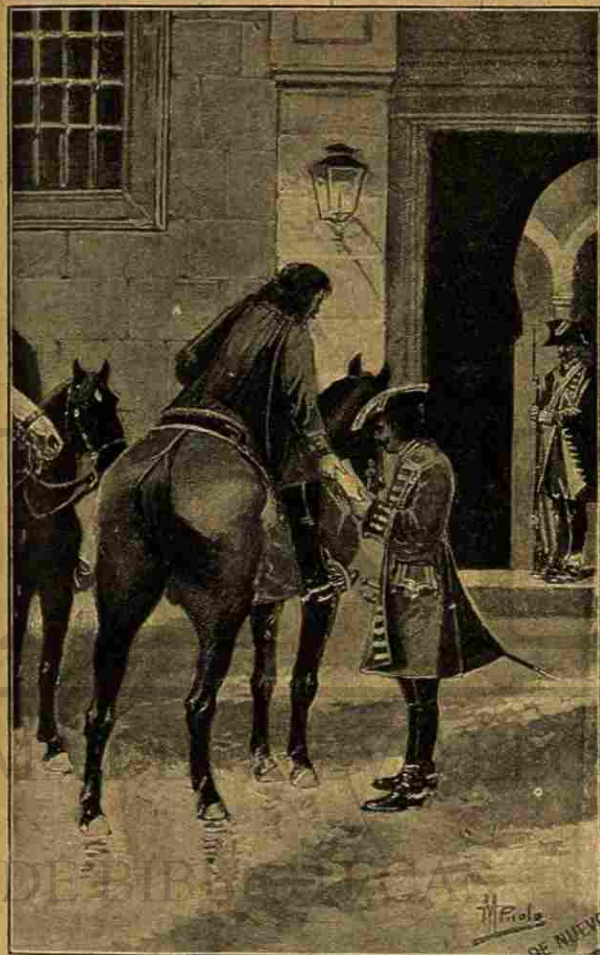
—¡No hace gran honor á tu ingenio, Gonzagal —pensó.—¡Debías saber que la zorra no cae dos veces en el mismo lazo!

No obstante, hallábase malhumorado y decidido á pasar, no sólo sobre cadáveres, sino sobre la muralla misma. Era un león colérico, y no parecía prudente arrostrar sus iras.

El primero que osó interrogarle sintió la zarpa de su enojo. En vez de dar su nombre, Enrique espoleó á su caballo y atropelló al importuno.

—¡Seguidme sin preocuparos de esta chusma! —dijo á sus acólitos.

El exento que le había interrogado se levantó furioso y agarró por la brida al animal; pero re-



oficial hizo una reverencia

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tiró la mano lanzando agudo grito. El caballero le había dado un soberbio cintarazo. Un cerro de bayonetas surgió ante los tres hombres. Lagardère frunció el ceño.

—¡Atrás!—ordenó; y su voz era tan imperiosa, que la mayoría de los soldados retiró las armas sin darse cuenta, y los demás iban á imitar á sus compañeros, cuando apareció un oficial.— ¿Sois el jefe de guardia?—interrogó Enrique.

—Yo soy—contestó el Capitán.

—¡Pues dejadme pasar, y pronto!. ¡Orden del Regente!

—¡Á otro perro con ese hueso! ¡Desmontad!

La escena pasaba en la portería. Un farol colgado del muro, del cual salía más humo que claridad, medio alumbraba el cuadro, y Lagardère, sacando de su justillo un pergamino, lo desdobló, acercóse á la luz, y sin soltarlo se lo mostró al Capitán, diciéndole:

—¡Leed!

El oficial leyó, hizo una reverencia, y comenzó á balbucear excusas: el pergamino era un pasaporte en regla, con una coletilla de puño y letra de un hombre ante quien todos tenían que inclinarse en Francia. Decía así:

«Se ordena al señor caballero de Lagardère que persiga por toda la extensión del Reino á Felipe Polixeno de Mantua, príncipe de Gón-

zaga, con licencia para matarle en combate leal dondequiera que le encuentre, sin que nadie en el Reino tenga el derecho de interponerse antes, durante ó después del duelo. Es justicia que manda hacer el Rey nuestro señor.

FELIPE DE ORLEANS.—REGENTE DE FRANCIA.

El poste-scriptum estaba autorizado con el sello Real y la firma del lugarteniente general de policía, Marcos Renato de Argensón.

—¿A qué hora salió de la ciudad el príncipe de Gonzaga?

—Á las doce en punto, por el camino de Tours, señor caballero. No se detuvo sino lo estrictamente necesario para hacer una refacción ligera y cambiar de caballos.

—¿Dónde podré hacer yo otro tanto?

—Á esta hora es difícil. Pero seguidme. Con el talismán que lleváis en el bolsillo, nadie osará rehusaros nada.

La cosa hizose pronto. Merced á las gestiones amables del Capitán los tres hombres montaron en caballos briosos y descansados.

—¡Mal pecado, Amable!—dijo el gascón á su colega.—¡Creo que hicimos muy bien en lastrar-nos el estómago esta mañana, pues no llevamos trazas de detenernos á comer ni á dormir!

Passepoil meneó melancólicamente la cabeza: sentíase extenuado con aquellas interminables galopadas, y creía que, de seguir así, iba á perder las fuerzas que conservaba todavía para otras empresas más agradables.

Desde aquel instante las leguas sucedieron á las leguas, las jornadas á las jornadas. Pasaron por Blois, Tours y Châtellerault sin descansar; pero tuvieron que hacer noche en Poitiers, pues si Lagardère era de bronce, infatigable, no sucedía lo propio á sus compañeros. No perdía las huellas de los raptores; pero siempre comprobaba que su ventaja sobre él, lejos de disminuir, aumentaba. Había para desesperarse. ¡Cuánto hubiera dado, ya que no por tenerla desde luego en su poder, por ver á su amada de lejos, de muy lejos, como la vió junto á Chartres! Cierta que todavía estaban lejos de la frontera y que cualquier incidente fortuito acaecido á la cuadrilla, un eje de la carroza que se rompiera en el camino, podría poner á Gonzaga en sus manos; pero, con todo, Lagardère estaba muy triste, y sólo hablaba cuando lo exigían las circunstancias.

El mismo Cocardasse había perdido su facundia ordinaria. Y eso que para callarse él necesitaba leer gravísimas preocupaciones en la frente del *pichón*, del *parisiensito*. Había llegado hasta olvidar la sed. Maese Parsepoil respetaba el si-

lencio desusado de su noble amigo, y para distraerse aplicaba todas sus facultades á familiarizarse un poquito, muy poquito en verdad, con el arte de la equitación. Lo malo era que en cuanto comenzaba á marchar un tantico de acuerdo con su montura, veíase obligado á cambiar de animal, lo cual le desesperaba.

Lagardère creía encontrar á cada instante alguna emboscada; pero hasta Dax no les ocurrió nada. ¿No tuvo tiempo Gonzaga de prepararlas, ó no se preocupó de ello creyéndose ya á salvo de toda persecución? Ya sólo le faltaban dos días para llegar á España, donde, con la protección de Aiberoni, no tendría nada que temer, en tanto que su adversario, si penetraba al otro lado de los Pirineos, estaría casi á merced suya.

Ignoraba lo sucedido en Chartres, y si el caballero había sido preso como condenado á muerte y reexpedido á París. Era verosímil suponerlo, pues ya no volvió á verle. Sin embargo, no amenguó la rapidez de su fuga.

Si le daba lugar á ello, en caso de que el caballero se hubiera salvado de sus acechanzas, pensaba cerrarle el paso de los Pirineos. ¡Es tan fácil cerrar aquellos desfiladeros con carabinas y espadas!...

Aurora y Flor estaban más tristes cuanto más se alejaban de París. La fatiga no significaba

nada para ellas. No se siente el cansancio corporal cuando el corazón está herido de muerte. Á pesar de sus esfuerzos para conservar la esperanza é infundirla en su compañera, la gitanita perdía poco á poco la gran confianza que la animara. El Sol, en el cual creyó leer la muerte de Gonzaga, se ponía todas las tardes y salía todas las mañanas tan fúlgido y resplandeciente como siempre, alumbrando las risas y los sollozos, las virtudes y las iniquidades de los hombres, sin que se interpusiera sombra alguna entre su disco y la desesperación de ambas jóvenes.

La Duquesita no se quejaba. ¿Para qué? Había caído en una especie de postración de la cual no conseguía sacarla su amiga, y estaba decidida á cesar de vivir el día que llegase á España, si Lagardère no hubiera podido darle muestras de su presencia.

—Hermanita—le decía doña Cruz,—tu tristeza me abruma. Si te viera más animosa, recobraría mi valor. Quizás valdría mucho más para ambas unir nuestras voluntades, enteras, enérgicas, que aunar nuestra debilidad.

—¡No ha venido! —respondía melancólicamente Aurora.—¡No vendrá! Estaba demasiado cerca para no haber podido reunírsenos; y si no ha venido, es porque ha muerto.

—¡No digas eso! Yo estoy convencida de lo

contrario. ¡Vive, vive! ¡Vendrá, vendrá, y no vendrá solo! ¿Acaso no aguardo yo también al que ha de salvarme?

—¿Chaverny?

—Sí, Chaverny, que fué herido en el cementerio de San Magloire. No había querido decirte nada hasta ahora; pero quizás esa herida sea la causa de su retraso. Algo me dice que antes de mucho hemos de verlos.

—¡Dios te oiga! ¡Yo ya no espero!

—¡Ten fe! Yo la tengo, á pesar de ocupar el segundo término, puesto que ante todo se trata de arrebatarle á ti de manos de tus raptos. Por eso, para conseguirlo, sería capaz tu Lagardère de transportar montañas. Mientras no estemos del lado de allá de los Pirineos, tengo esperanza de volver á París en breve. Y si entramos en España por fin, yo me las arreglaré ¡Ya verás! Á falta de Lagardère y Chaverny, nos salvaremos solas.

Este diálogo lo sostenían las jóvenes en la carroza, á pocos tiros de mosquete de Bayona, adonde las llevaban á todo escape, y adonde llegaron ya noche oscura. La posada adonde condujo Gonzaga era la última etapa en que tenía preparado relevo de caballos, y el viaje hasta allí habíase realizado sin estorbos.

Peyrolles había recobrado su buen humor, per-

dido un momento en el camino de París á Chartres, en previsión de un fracaso inminente. Á la sazón lo veía todo de color de rosa. Los demás de la cuadrilla tenían apenas vislumbres del plan de Gonzaga; pero él, lacayo adulator, conocía por completo sus propósitos, y le creía muy capaz de realzarse en España y alcanzar todavía más preeminente posición que en Francia. Felipe de Mantua podía romper con todo y deshacerse fácilmente de todos sus acólitos; pero para deshacerse de él, de Peyrolles, tendría que matarle. Eran seres inseparables en vida, por los vínculos criminales que los ligaban entre sí.

La posada de *La Bella Hostelera* era una de las mejores de Bayona, y el Príncipe y su mayordomo la conocían, aunque había cambiado de nombre. En ella se habían albergado á su regreso de España, y sin Aurora, de quien no pudieron apoderarse por entonces. Á la sazón la joven era su presa. Hailaron allí franceses, vascos que bebían sidra, y españoles que trasegaban Jerez en grandes vasos en la sala común, reservada á los clientes ordinarios: ganapanes, contrabandistas, marineros, campesinos y soldados.

Pero había otra sala y habitaciones reservadas para los caballeros y nobles de calidad que pagaban caro, según tarifa que les aplicaba á voluntad la hermosa posadera que había dado

nombre á la hostería, y que, en efecto, era una real moza. Llamábanla Jacinta la Vasca; tenía apenas veintiocho años, y era una soberbia y gallarda muestra de esa raza viril y altiva que se preocupa tanto de ser española como de ser francesa, pues desea ser simplemente vascongada. Para verla y admirarla acudían gentes de Pau y de Hendaya, de Pamplona, y hasta de Burgos; los muleteros navarros repetían su nombre por las sierras, y más de un señor castellano había cabalgado para hacer ostentación ante su hostería de las espuelas de oro que calzaba.

Nadie, sin embargo, podía jactarse de haber obtenido sus favores. Decíase que era casada; pero nadie conocía á su marido. ¿Tenía novio? Se ignoraba. Todas las semanas, el mismo día, entregaba el manejo de su posada á un titulado hermano suyo, y se marchaba hacia los valles vascos con el puñal á la cintura. Varios intentaron seguirla, y amanecieron muertos en una calleja bayonesa con una tremenda puñalada entre los hombros. Al otro día la hostelera volvía á su puesto como si tal cosa.

En resumen, como había nacido y criádose puede decirse en Bayona, era hermosa, discreta, honesta al parecer, y no hacía mal á nadie, todos en la ciudad la querían y elogiaban su valor y su honradez.



V

Jacinta la Vasca.

Á casa de ésta fué adonde llevó Peyrolles á sus compañeros. Aurora y doña Cruz fueron conducidas á un cuarto muy limpio del primer piso, desde cuya ventana se divisaba el mar á la pálida claridad de la Luna. Ambas se asomaron á la ventana, y por un instante contemplaron en silencio la inmensidad del Océano, escuchando el rumor de las olas. En el piso superior oíanse las voces de los clientes de la sala común de la posada.

Gonzaga permitió que les subieran la comida á su cuarto. Estaban tan cerca ya de la frontera, que bien podía aflojar un poco la vigilancia. La verdad es que prefería dejarlas solas á exponerlas á oír las conversaciones demasiado li-

nombre á la hostería, y que, en efecto, era una real moza. Llamábanla Jacinta la Vasca; tenía apenas veintiocho años, y era una soberbia y gallarda muestra de esa raza viril y altiva que se preocupa tanto de ser española como de ser francesa, pues desea ser simplemente vascongada. Para verla y admirarla acudían gentes de Pau y de Hendaya, de Pamplona, y hasta de Burgos; los muleteros navarros repetían su nombre por las sierras, y más de un señor castellano había cabalgado para hacer ostentación ante su hostería de las espuelas de oro que calzaba.

Nadie, sin embargo, podía jactarse de haber obtenido sus favores. Decíase que era casada; pero nadie conocía á su marido. ¿Tenía novio? Se ignoraba. Todas las semanas, el mismo día, entregaba el manejo de su posada á un titulado hermano suyo, y se marchaba hacia los valles vascos con el puñal á la cintura. Varios intentaron seguirla, y amanecieron muertos en una calleja bayonesa con una tremenda puñalada entre los hombros. Al otro día la hostelera volvía á su puesto como si tal cosa.

En resumen, como había nacido y criádose puede decirse en Bayona, era hermosa, discreta, honesta al parecer, y no hacía mal á nadie, todos en la ciudad la querían y elogiaban su valor y su honradez.



V

Jacinta la Vasca.

Á casa de ésta fué adonde llevó Peyrolles á sus compañeros. Aurora y doña Cruz fueron conducidas á un cuarto muy limpio del primer piso, desde cuya ventana se divisaba el mar á la pálida claridad de la Luna. Ambas se asomaron á la ventana, y por un instante contemplaron en silencio la inmensidad del Océano, escuchando el rumor de las olas. En el piso superior oíanse las voces de los clientes de la sala común de la posada.

Gonzaga permitió que les subieran la comida á su cuarto. Estaban tan cerca ya de la frontera, que bien podía aflojar un poco la vigilancia. La verdad es que prefería dejarlas solas á exponerlas á oír las conversaciones demasiado li-

bres de los gentiles hombres que le acompañaban.

Mientras Peyrolles conversaba aparte con la huésped y parecía darle instrucciones importantes, los jóvenes echaron pie á tierra é invadieron la sala. La Vasca acogió á Gonzaga y á su cuadrilla con encantadora sonrisa, y su voz clara dominó el ruido de las espuelas y las espadas.

—¡Vive Dios!—dijo Lavallade.—¡Si no hemos entrado en el antro de los misterios, afirmo que esta mujer es la más bonita que en mi vida he visto!

Montauber exclamó fanfarronamente y en voz alta que por aquella mujer estaba dispuesto á sacrificar dos castillos que no poseía, y tres granjas de Beauce de que acababa de desheredarle su tío. Turanne buscaba en el bolsillo de su ropilla sus acciones azules, que, si gozaban de gran favor en París, en Bayona estaban muy desacreditadas, prefiriendo todos los luises franceses y los doblones españoles.

—¡Por las musas!—juró el barón de Batz, pronunciando, según su costumbre, las *pes* como *bes*, las *ves* como *efes*, las *elles* como *yes* y las *des* como *tes*.—¡Es la misma Venus, hostelera! ¡Lástima que yo no sea Cupido!

Oriol, extenuado y baldado de agujetas por el

viaje, la declaró digna rival de la Nivelles, y Nocé dijo:

—Caballeros, si estuviera aquí monseñor el Regente, nos pondría á todos en la puerta.

Sólo Peyrolles callaba; pero sus miradas eran sobrado elocuentes. Si, como decían, la hermosa hostelera hacía pagar las miradas y sonrisas de los huéspedes, la cuenta de Gonzaga iba á subir bastante, pues su mayordomo no cesaba de mirarla. Sólo el Príncipe reparó en ello; pero todo era una simple consecuencia de la conversación tenida por ambos aparte, y en la cual el factótum, más prudente que su señor, había encargado á la Vasca que vigilase muy atentamente á las doncellas, respecto de las cuales inventó con muchos pormenores una historia á la cual sólo faltaba que fuera cierta.

—¡Á la mesa!—dijo Gonzaga.—Caballeros, os permito que os embriaguéis esta noche, como despedida, antes de dejar el reino que muchos de nosotros, acaso ninguno, hemos de volver á pisar. Tanto monta dejar los huesos á orillas del Tajo ó á las del Sena; pero los nuestros no están próximos á mostrarse en unas ni en otras.

Como invitación á beber, era bastante macabra. Al Príncipe le gustaba ver las impresiones que al evocar el espectro de la muerte

ofrecían los semblantes de sus bravos, y creía que de este modo los llevaría donde se le antojara, enardeciendo su valor.

—¿Qué, señores?—prosiguió, observando que los rostros se tornaban sombríos.—¿Por ventura os disgusta abonar con la grasa de vuestro cuerpo la tierra española? En tal caso, todavía estamos en Francia, y sois libres de pasar conmigo los Pirineos ó de volveros á París para ver si alguien os ofrece mayores ventajas que yo.

Los aventureros hicieron protestas, aunque sin mucho calor; pero Felipe de Mantua las tuvo por excelentes.

—En tal caso—añadió,—puesto que nadie tiene interés en alojarse temporalmente en la Bastilla, cenemos. Y como esta cena será la última que hagamos en el territorio que gobierna mi buen hermano Felipe en nombre de su rey, que mañana ya no será nuestro rey, es necesario que sea un verdadero festín.

Todos aprobaron, hasta Oriol, el que más había temblado ante la perspectiva de dejar su esqueleto á orillas del Tajo, y que disipó las nubes que quedaban en la frente de sus compañeros diciendo:

—¡Bueno, muy bueno es cenar opíparamente! Pero ¿dónde están las damas que han de acompañarnos á la mesa?

—¡Brindo—exclamó Montaubert—por aquel de nosotros que conquiste á la hostelera! Es un bocado de cardenal, que espero saborear yo solo. Apuesto, pues, á mi favor.

—¡Y yo en contra! ¡El favorecido seré yo!

—¡Sois unos fatuos!—replicó Nocé haciendo un gesto desdeñoso.—Como monseñor Gonzaga no la acote para sí, no apuesto por ninguno de vosotros. El que roba á un ladrón...

Peyrolles sonreía en un rincón. El Príncipe habíase acercado á la ventana, y aspiraba el aire húmedo que llegaba del Océano.

Para llegar á la sala que ocupaban habían pasado por la cocina de la hostería, atestada de gente que hablaba diversas lenguas. Serían unos cincuenta individuos de profesiones indefinibles, parroquianos de la casa y respetuosos con la hostelera al extremo de que no se hubieran permitido hablar si la Vasca les ordenara callarse. Así habían dejado pasar á los *enrodados* de Gonzaga sin burlarse de su aspecto de petimetres ni dejar de jugar sus partidas de dados ó de beber.

—¡Vino! ¡Platos! ¿Dónde están las mozas que han de servirnos?

—¿Mozas? ¡Ni pensar! Os serviré yo misma, nobles caballeros; pero me permitirán vuestras mercedes que atienda primero á las dos damas

que están arriba. Es costumbre en Bayona, y creo que en todas partes también.

Una mirada de Peyrolles aprobó lo dicho por la hermosa hostelera, que se fué tranquilamente.

Aurora y doña Cruz seguían asomadas á la ventana. La Vasca las contempló con la compasión que inspira la debilidad á la fuerza, y al ver el melancólico semblante de la Duquesita se fundió cuanto Jacinta tenía en su alma de brusco y bravío. Instintivamente comprendió que Peyrolles era un canalla, y que la presencia en su hostería de las dos doncellas ocultaba un misterio, tal vez un drama. Y como aunque las mujeres se arañen entre sí por cuestiones fútiles ocurre todo lo contrario cuando el amor y los celos no las enemistan, la Vasca se puso desde luego de parte de aquellas dos criaturas, cuyo padecimiento era visible, y en contra de los hombres, poderosos y seguramente cobardes. Y la huéspedea, que se sublevaba ante toda injusticia, era muy capaz de hacer cualquier barrabasada por el triunfo del derecho y la verdad contra la violencia y la mentira.

Las prisioneras no sospechaban que tenían en ella una aliada preciosa y desinteresada.

—Comed, señoritas—les dijo.—Volveré luego. Sobre todo, no se acuesten antes de que haya podido hablarlos.

Doña Cruz la miró fijamente. ¿Sería un lazo? Jacinta comprendió.

—No dudéis de mí. Los vascos somos leales.

Y desapareció para atender á los *enrodados*, que se impacientaban. Hacía tantos días que no habian tratado de amor, que se les hacía la boca agua y querían contemplar á la hermosa vasca. Parecían locos, incluso Gonzaga y Peyrolles. Al aparecer fué saludada con delirante entusiasmo. Los aventureros habian bebido bastante; y como llevaban doce horas sin comer, el alcohol se les subió más pronto á la cabeza.

—¡Hola, hermosa!—exclamó Montaubert.—¿Crees que hemos venido aquí con el exclusivo objeto de contemplar tus sonrosadas mejillas? ¡Pardiez! ¡Las besaré de buena gana si te agrada; pero antes necesito comer y beber! Se enamora uno con mayor fuego cuando ha comido. ¿No te parece, Oriol?

—¡Bah!—contestó Nocé.—¡Oriol se enamora lo mismo cuando ha bebido que cuando no! ¡En cambio, ninguna mujer se enamora de él!

El interesado no respondió. Habian vuelto á asaltarle pensamientos sombríos, y no comprendía la chacota cuando se va huyendo.

La bella hostelera se puso en jarras y miró á todos con mirada insolente y desdeñosa, sin fijarse particularmente en ninguno.

—¿Qué desean vuestras señorías?—preguntó.

—Tengo jamón del país, pollos á la chilindrón, aragoneses, ó sea con tomate; huevos, salmones del Ebro, venado de los Pirineos, y puedo haceros gazpacho andaluz.

—¡Vaya por el gazpacho!—dijo Nocé una vez que la huésped le explicó en qué consistía dicho plato.—Lo sazonarás con una sonrisa tuya, y á todos nos parecerá excelente, aunque sea, como me lo figuro, la más execrable de las medicinas. Pero antes tráenos jamón, pollos; algo sólido.

—¿Qué vinos, señores? ¿Chacolí de Alava? ¿Pedro Jiménez? ¿Alicante?

—Tráenos de los tres—dijo Gonzaga;—pero pronto. Estos señores tienen hambre, y todavía más que hambre, sed.

Un cuarto de hora después comenzaban á comer, y parecía que no iban á saciarse nunca. El ruido de los tenedores y cuchillos había reemplazado á las conversaciones y á las risas. Hacía ya dos horas que devoraban de todo cuanto había en el mesón, ya satisfecho el estómago, aunque siempre con ganas de beber, volvieron á hablar de la conquista de la hostelera.

En la sala común las mesas habían ido desocupándose: sólo quedaban algunos contrabandistas españoles jugando á los dados.

Peyrolles se levantó, y dijo algo al oído del Príncipe; luego se preparó á salir de la estancia.

—¿Qué es eso? ¿Peyrolles quiere soplarnos la dama?—clamaron todos.—¡No lo permitimos; la lucha debe ser aquí, ante todos!

—Tranquilizaos, señores: yo por mi parte renuncio á competir con vosotros en la conquista.

Y dicho esto dirigióse á la sala baja, situándose detras de los jugadores. Éstos no parecieron preocuparse de él, y en vista de ello se arriesgó á decir:

—Veo que sois jugadores excelentísimos, señores.

—¡Bah! Nos distraemos, y nada más.

—¡Soberbia distracción, vive Dios! Yo soy jugador empedernido, y por una partida de dados despreciaría una cena en el palacio del Regente. ¿Me permitís que sea de los vuestros, caballeros?

Y sacó un puñado de oro, que puso sobre la mesa.

—Juego dos luises contra cada doblón de España: porque no hay más que ver á vuestras señorías para comprender que son españoles. ®

Los jugadores se inclinaron.

—¡Vino, posadera!—gritó Peyrolles.—¡Y del mejor que tengáis en vuestra bodega, porque quiero obsequiar á estos caballeros!

La hostelera era lista. Comprendió que el juego era un pretexto y que el mayordomo no se había acercado á aquellos hombres por el gusto de hacerles compañía, y se propuso saber lo que tramaba el factótum del Príncipe, retirándose á la cocina en cuanto les sirvió de beber. En la cocina había un ventanillo que daba á la sala común, y cuya existencia no sospechaba Peyrolles.

Éste se dejó ganar varios puñados de luises, con gran contento de sus adversarios, á quienes servía de beber muy á menudo. Cuando creyó el momento propicio les dijo en voz baja:

—Caballeros, ahora os juego la vida de un hombre.

Todas las manos se dirigieron á los bolsillos donde guardaban las navajas, arma apreciadísima por todo buen español.

—¿Dónde y cuándo? —preguntó lacónicamente el que parecía jefe de la banda.

—En la garganta de Pancorbo, cuando llegue.

—¿Y cuándo llegará?

—Lo más probablemente, mañana, pasado quizás. Pero tendrán que aguardarle desde mañana.

—¿Llegará solo?

—Con otros dos, acaso tres; pero sólo pago su muerte, la de él. La pagaré bien.

—¿Cuánto?

—Cinco veces la cantidad de oro que puse sobre la mesa esta noche, y que os he dejado ganarme. Pagaré en el acto que me traigan la prueba de su muerte.

—¡Trato hecho! ¿Quién es el difunto?

—El caballero Enrique de Lagardère, hombre de treinta y ocho años, rubio, de bigotes retorcidos con guías al viento: su acero es uno de los más temibles de Francia.

—¡Bah! ¡Donde estén nuestras navajas!... Operan sin chis chas, y ninguno que haya sido tocado por ellas ha podido levantarse para contarlo.

—Sólo sois cinco. Tendréis que buscar más gente.

—¿Para qué? ¡Si ellos son cuatro, aún sobra uno!—exclamó Pérez el Navarro, jefe de los demás.

—Creed lo que os digo. Probablemente, no serán más que tres; pero él solo vale por diez lo menos.

Se miraron incrédulos los españoles.

—¿Puedes contar con más hombres?

—Con cincuenta, si quiero, dentro de una hora. Los mendigos de las Vascongadas, Navarra y Aragón tienen todos su navaja correspondiente, y hay entre ellos y nosotros un pacto secreto—dijo Pérez encogiéndose de hombros con desdén.

—Pues bien; reuníos cincuenta, y aún así, quiera Dios que no haga el Diablo que escape vivo.

—¡Cincuenta contra cuatro! ¡Sería un asesinato! —insistió Pérez despreciativamente.

—Cincuenta dije —prosiguió Peyrolles con tono glacial,—y añado que han de ser cincuenta hombres valerosos y resueltos.

—¡Por el Cristo de Vergara! ¡Ni que fuera el mismísimo Satanás!

—Pariente próximo. Cuando se bate es terrible. Supongo que no por eso tendréis miedo.

Las miradas de todos centellearon. Se necesitaba toda la audacia del mayordomo de Gonzaga para decir á contrabandistas navarros que podrían tener miedo.

—No tenemos miedo ni á él ni á nadie. Tanto más, cuanto que en el desfiladero de Pancorbo puede detenerse á un ejército entero; pero hay una cosa en que tal vez no habéis pensado, monseñor.

—¿Cuál?

—Que la parte de cincuenta no es igual que la parte de cinco. Hay que verlo todo, y hablando se entiende la gente.

—Tenéis razón, y triplico la suma. Quizás la multiplique por diez cuando me llevéis su espada á Zaragoza.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Una mujer contra ocho hombres.

Jacinta no había perdido una palabra de la conversación, y reflexionaba que la historia que le había contado Peyrolles al llegar no tenía nada que ver con el cobarde complot urdido. Hacía mucho que conocía al mayordomo. La primera vez era muy niña, y como no desconfiaban de ella, se enteró de que había fracasado en Benasque el rapto de una joven, y oyó nombrar varias veces á Lagardère. Aquella vez los viajeros le hicieron varias finezas, de que la Vasca conservaba buen recuerdo.

Ella misma había recordado todo esto á Peyrolles al volver á verle después de tantos años, lo que no hizo maldita gracia al factótum; pero improvisó inmediatamente su novela, y merced

—Pues bien; reuníos cincuenta, y aún así, quiera Dios que no haga el Diablo que escape vivo.

—¡Cincuenta contra cuatro! ¡Sería un asesinato!—insistió Pérez despreciativamente.

—Cincuenta dije—prosiguió Peyrolles con tono glacial,—y añado que han de ser cincuenta hombres valerosos y resueltos.

—¡Por el Cristo de Vergara! ¡Ni que fuera el mismísimo Satanás!

—Pariente próximo. Cuando se bate es terrible. Supongo que no por eso tendréis miedo.

Las miradas de todos centellearon. Se necesitaba toda la audacia del mayordomo de Gonzaga para decir á contrabandistas navarros que podrían tener miedo.

—No tenemos miedo ni á él ni á nadie. Tanto más, cuanto que en el desfiladero de Pancorbo puede detenerse á un ejército entero; pero hay una cosa en que tal vez no habéis pensado, monseñor.

—¿Cuál?

—Que la parte de cincuenta no es igual que la parte de cinco. Hay que verlo todo, y hablando se entiende la gente.

—Tenéis razón, y triplico la suma. Quizás la multiplique por diez cuando me llevéis su espada á Zaragoza.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Una mujer contra ocho hombres.

Jacinta no había perdido una palabra de la conversación, y reflexionaba que la historia que le había contado Peyrolles al llegar no tenía nada que ver con el cobarde complot urdido. Hacía mucho que conocía al mayordomo. La primera vez era muy niña, y como no desconfiaban de ella, se enteró de que había fracasado en Benasque el rapto de una joven, y oyó nombrar varias veces á Lagardère. Aquella vez los viajeros le hicieron varias finezas, de que la Vasca conservaba buen recuerdo.

Ella misma había recordado todo esto á Peyrolles al volver á verle después de tantos años, lo que no hizo maldita gracia al factótum; pero improvisó inmediatamente su novela, y merced

á unas monedas de oro consiguió que la Vasca le prometiese no dar noticia de ellos á nadie que fuera á preguntar. Pero la mujer no era tonta: recordó lo pasado sospechoso, lo relacionó con lo presente, y reflexionó. ¿Porqué estaba tan triste aquella doncella vestida de novia? ¿Por qué le habían recomendado tanto que no la dejara salir ni de su cuarto siquiera? ¿Y qué pito era el que tocada Lagardère en todo aquello?

—Los vascos somos leales—había dicho á las jóvenes prisioneras.

Era verdad, y por eso lo que acababa de oír sublevaba su ánimo. Le causaba soberano desprecio el hombre vil que á precio de oro emboscaba á cincuenta para asesinar á uno solo. Necesitaba aquél ser muy valiente para que le soltasen tantos asesinos; y como ella era también valiente, no concebía que nadie pudiera ser tan cobarde. Peyrolles creía contar con ella como aliada; pero con su bajeza la había tornado en peligrosa enemiga.

Tuvo que dejar de escuchar para llevar vino á los *enrodados* de Gonzaga; pero ya sabía lo bastante, y las instrucciones que para el buen éxito de la ejecución daba el mayordomo á los contrabandistas no la interesaban mayormente. En cuanto entró en la sala, Montaubert, que

estaba ya más que á medios pelos, la abrazó por el talle y quiso besarla; pero la Vasca se desasíó con vigor, y le puso á raya amenazándole con abofetearle. Todos aplaudieron lanzando *bravos* extruendosos, y ella salió de la estancia y volvió á su observatorio de la cocina. Los contrabandistas acababan de repartirse el oro, y Peyrolles les decía:

—Ya lo sabéis, pues: á vuestros puestos desde mañana al mediodía; y si queréis ganar honradamente vuestro dinero, hay que hacer que el último estertor agónico de Lagardère *salga de la garganta de Pancorbo*.

Despidióse de ellos y tornó al lado de Gonzaga, á quien dirigió una mirada de inteligencia, deslizándose en su oído las cuatro palabras:

—¡No entrará en España!

—Cerrad las puertas—ordenó el Príncipe á la hostelera,—y no recibáis ya á nadie. Estos caballeros y yo no nos acostaremos esta noche: queremos divertirnos. Subid, y decid á esas damas que no se inquieten si oyen barullo y bullanga.

—Probablemente estarán ya en el lecho—repuso Jacinta;—pero voy á ver, y les daré el mensaje si no se han dormido aún.

La vasca envió á dormir á su hermano y á las sirvientes, y subió al aposento de las damas. Le abrió la puerta doña Cruz. Doña Aurora, de ro-

dillas ante un crucifijo, oraba. Jacinta le preguntó si había estado ya en España, cerca de Benasque.

—¿Quién os lo ha dicho?—repuso sorprendida la joven.

—¿Qué importa? Responedme francamente. ¿Conocéis al caballero Enrique de Lagardère?

—¡Oh, sí! ¡Es mi salvador, mi novio! Debíamos estar casados ya.

—¿Quién sois, y porqué hacéis esas preguntas?—interrogó á su vez la gitanita.

Jacinta pareció no haber oído: cogió la mano de Aurora y la besó.

—Ya sé lo bastante. No os metáis en la cama, permaneced las dos vestidas, y luchad con energía contra el sueño. Volveré dentro de dos, ó quizás de tres horas. Aguardadme. ¡Ah; otra pregunta! ¿Quiénes son los que os acompañan?

—¡Miserables cobardes!—rugió Flor.—Somos sus prisioneras.

—Miserables y cobardes, sí; eso ya lo sabía, y lo otro lo sopechaba.

Las dos jóvenes se acercaron anhelantes á la hostelera.

—¿Qué podéis hacer por nosotras?

—Devolveros la libertad, ó por lo menos intentarlo—repuso la Vasca irguiendo la cabeza.—Quizás haya gran peligro; pero no hay

nada imposible en el mundo, con la ayuda de Dios y con buenos ánimos.

Aurora y Flor la besaron agradecidas.

—Y si no puedo salvaros—prosiguió Jacinta con gran energía,—os prometo que á él le salvaré. ¡Paciencia, pues; orad y esperad!

Y se fué. Las dos amigas se abrazaron muy conmovidas.

—¿Podemos creer á esta mujer?—preguntaba la Duquesita.—¿Qué irá á suceder esta noche?

—¡No sé, no sé! Parece leal y buena. Mira, hermanita: en nuestra situación no debemos rehusar la ayuda de nadie.

—¡Dios me libre! ¿No has oído que quiere salvar á Enrique? ¿Estará él también en peligro?

—¡Naturalmente! Mientras no nos haya sacado de las garras de Gonzaga...

Aurora cayó de rodillas.

—¡Gracias, gracias, Dios mío!—oró con fervor.

—¿Por qué das gracias á Dios?—preguntó doña Cruz, creyendo que su amiga desvariaba.

—Por la buena nueva.

—¿Por qué buena nueva?

—La de que vive y continúan temiéndole: porque si está en peligro, es porque le temen y le preparan asechanzas; y si todavía aquí, á su

paso por la frontera, sucede eso, es que sigue sus huellas.

—Es mucha verdad: no había caído en ello, hermanita. Pero ya ves cómo hallamos aliados donde menos lo esperábamos. Debemos, pues, confiar, no perder la esperanza.

Mientras tanto la hostelera había bajado á la sala del festín.

—Aquí me tenéis, señores. Esas damas descansan. La puerta está cerrada. Podéis reír y cantar lo que queráis, pues no hay nadie que os escuche.

—¡Y al que se atreva á escuchar, le apalearemos!—exclamó Nocé.

—Aquí tenéis Málaga, Jerez, Cariñena, Valdepeñas y Murcia como no los beben mejores los reyes de Francia y de España, á quienes Dios guarde. ¡Bebed, caballeros! Yo voy á buscar mi vaso.

En breve reapareció con un vaso que tenía medio cuartillo de cabida.

—¡Dos dedos de vino de esta bota, Monseñor!—dijo á Peyrolles.—Es tradición en Bayona que la hostelera, si es joven, beba con sus huéspedes.

Estalló una tempestad de aplausos. El mayordomo llenó el vaso de la Vasca y los de los otros.

—Probadlo solamente: yo me encargo de beber el resto.

La bota contenía, por lo menos, tres pintas. Todos prorrumpieron en un grito de admiración: los truhanes se prometían una gran orgía.

Estaban ya muy calamocanos. El barón de Balte apenas logró ponerse en pie para brindar; Oriol derramó el vino por el mantel; Lavallade se subió á la mesa tambaleándose, y Taranne le tiraba de los pies para hacerle caer.

—Á ese paso, señores, ¿adonde iréis mañana?—preguntó Jacinta.

—¡Á ver salir el Sol al otro lado de los Pirineos—contestó Montaubert.—Pero apuesto á que no lo hallamos. ¡Páreceme á mí que sólo sale en Bayona cuando nuestra huéspedea abre los ojos!

La Vasca posó la mano en el hombro de Gonzaga y murmuró:

—Qué Dios os acompañe en vuestro viaje; pero tened cuidado con los Pirineos. Hay muchos que los suben por un lado, y no pueden bajarlos por el otro.

Estas palabras produjeron gran algazara.

—Esta hermosa—dijo Taranne—tiene el vino triste. Debe de ser alergic para el amor.

—Tienes razón—afirmó Nocé.—¡Un beso, preciosa!

Pero al alargar la mano para tocarla recibió en la cara la copa que le arrojó Jacinta. Lavallade quiso abrazarla, y de un empujón de la Vasca fué á rodar bajo la mesa. Montaubert adelantó sonriendo: era el más fuerte y el más sereno, pues hasta el Príncipe, desde que supo lo pactado por su mayordomo con los contrabandistas, se había tranquilizado y menudeó las libaciones; pero la hostelera jugaba con una navajita catalana que sacó de la cintura, y el *enrodado* retiró la mano ensangrentada, sin que llegara al cuerpo de la española, que apretaba los dientes, y de cuyos ojos brotaban acerados rayos.

—Pero ¿no beben vuestras señorías? ¿Nadie quiere acompañarme? ¡Pues beberé sola! ¡Tengo sed!—exclamó ella al cabo de un momento llenando de nuevamente su copa.

Poniéndose á gatas Lavallade en el suelo, le agarró el extremo de la falda; pero soltó al sentir que la bella le bautizaba con vino.

Ella, sin tratar de huir, se defendía de todos, los mantenía á raya, y parecía complacerse en excitarlos.

—¡Bebed, bebed, señores! ¡Vuestras gargantas están más secas que las rocas de Pancorbo!

Al oír estas palabras Peyrolles levantó vivamente la cabeza y trató de leer en los ojos de Jacinta; pero ésta se servía de beber tranquila-

mente del vino de la bota, no queriendo mezclarlo en su estómago con otro alguno. Á poco empezó á cantar una canción vasca. No tardaron mucho en hallarse todos borrachos perdidos: hasta Gonzaga se había dormido.

Lanzándoles una mirada despreciativa subió á la habitación de las jóvenes, á quienes pidió que le contasen por qué estaban allí y qué podían esperar ó temer. Doña Cruz se sorprendió de aquella petición, y receló algún lazo.

La hostelera adivinó su desconfianza, y se dirigió con preferencia á Aurora, la cual le relató los últimos sucesos. La mesonera abrazó á la Duquesita con los ojos llenos de lágrimas. Nadie había visto nunca llorar á Jacinta la Vasca.

—¡Pobre niña!—murmuró.—Seáis quien seáis, confío en salvaros.

—Cierto—replicó la joven;—no sabéis ni nuestros nombres.

—Reservadlos: adivino que deben de ser muy nobles. Creed que no obro por interés, y que sólo pretendo auxiliaros en vuestro infortunio. Me habéis dicho cuanto quería saber, y no necesito más.

—Sin embargo, yo también tengo algo que deciros.

Se interrumpió, y fué hasta la puerta para escuchar, como había hecho ya dos ó tres veces antes.

—¿Tenéis miedo de que os escuchen?—interrogó doña Cruz—¿Dónde están?

—Están borrachos.

—¿Todos?

—Todos. Y no sin trabajo: he tenido que darles un narcótico en el vino, y no podrán ponerse en pie antes de dos horas. Al obrar así lo he hecho en interés vuestro y mío, porque con esos libertinos me hubiera sido imposible defenderme de otro modo. ¡En fin, eso está resuelto!

—¿Qué era lo que queríais decirme?

—Que no se reduce todo á defendernos nosotros, sino que tenemos que proteger á los demás; es decir, á Enrique de Lagardère y á sus amigos.

—¡Oh! Lagardère no teme nada ni á nadie—dijo sonriendo doña Cruz,—y lo mismo les sucede á los que le acompañan.

—Sin embargo, tendrán que temerlo todo si á su paso por Bayona no les advierten que en la garganta de Pancorbo, que es acaso el más peligroso de los desfiladeros entre Francia y España, estarán apostados para asesinarle cincuenta contrabandistas y mendigos. Pero lo sabrán á tiempo, porque yo me encargo de prevenirlos. Es necesario evitar que un cobarde parapetado tras una roca pueda matarlos de un tiro.

—¿Quién ha preparado semejante asechanza?

—¡No puede ser sino Gonzaga!—murmuró Aurora.

—¿Á quién llamáis Gonzaga?

—Al más alto; al que obedecen todos.

—No ha sido él: ha sido un viejo flaco vestido negro, especie de bergante lacayuno que debe de obedecer órdenes superiores.

—M. de Peyrolles.

—No sé si se llama así; pero él ha tramado el complot, y por eso vine á traer á dos débiles mujeres el apoyo de otra que no temió nunca nada por sí misma.

Aurora la estrechó entre sus brazos.

—¡Gracias, gracias, señora! ¡Mi agradecimiento será eterno!

—Bueno; ahora lo importante es que vuestro novio, el caballero de Lagardère, no tenga que llegar á la garganta de Pancorbo porque antes os halle libres.

—¿Será posible?

—Libres dentro de una hora, si queréis..., y si podemos—afirmó Jacinta.—Escuchadme. Bajo esta ventana hay un jardín. La altura no es mucha. Bajaréis por medio de una escala de cuerda que hay en ese baul. ¿Podréis hacerlo?

—¡Oh; sí, sí!—respondieron ambas jóvenes.

—En el jardín—prosiguió la huésped—estará mi hermano oculto tras un bosquecillo, y

se os presentará en cuanto lleguéis á tierra. Seguidle sin pronunciar palabra, ni aun para preguntarle adonde os conduce. Quizás tengáis que estar ocultas todo un día sin ver el Sol, porque vigilarán las puertas de la ciudad y tendréis que ir por caminos secretos al campo. Pero no os asustéis ni de la oscuridad, ni del hambre, ni de la sed, ni de nada. Cuando menos lo penséis os encontraréis en pleno campo, y tendréis que hacer á pie largo camino por la montaña por senderos que sólo pisan los pastores y sus cabras. ¡Y antes que se me olvide! En el caso de que se frustrara esta tentativa de fuga, ¿os maltratarían vuestros raptores?

—No creo que se atrevieran. Redoblarían su vigilancia en adelante.

—Muy bien. Entonces, haréis lo que os he dicho, y llegaréis á una cabaña vasca, á la cual iré yo en persona á buscaros para devolveros á los brazos de vuestro caballero Lagardère.

Aurora y su amiga lloraban de júbilo. Abrazaban y besaban á la hermosa hostelera para testimoniarle su profunda gratitud.

—He ahí mi plan. Creo en su buen éxito; pero como hay que preverlo todo, hasta un fracaso, debo advertiros que es indispensable que, á los ojos de nuestros raptores, yo ignore vuestra evasión, con objeto de poder prevenir más

tarde al caballero del atentado de Pancorbo.

—Suceda lo que quiera—repuso Aurora,—contad siempre con mi cariño; y si recobro la dicha con la fortuna, disfrutaréis de ella.

—Gracias. No quiero abandonar este país. Pero voy á avisar á mi hermano. Dentro de cinco minutos estará en su puesto. Entretanto me voy con esos borrachos, que no despertarán hasta el amanecer, con la cabeza pesada y los ojos turbios. Entonces estaréis ya á salvo.

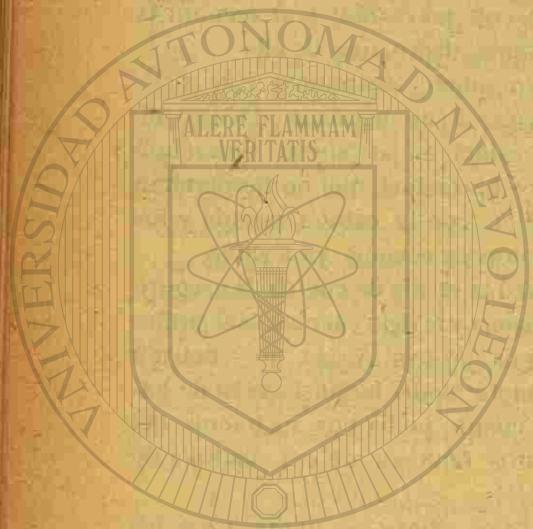
Dicho esto sacó la escala de cuerda, la aseguró á las patas de la cama y la dejó caer hacia el jardín.

—¡Que Dios os proteja! Acaso no vuelva á veros; pero siempre tendré la satisfacción de haber hecho todo cuanto podía por sustraeros del poder de vuestros raptores, de esa cuadrilla de cobardes.

Sus grandes ojos negros se miraban en los dulces ojos azules de Aurora, estando cogidas de las manos la hija del duque y la hija del pueblo. Luego se abrazaron con cariñosa efusión. Sus cabellos y sus labios se juntaron. Doña Cruz reclamó también su parte.

—¡Hasta pronto, ó adiós para siempre!—dijo por fin Jacinta.

Y bajó rápidamente á la sala, donde Gonzaga y sus secuaces, embriagados, continuaban durmiendo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VII

Tres rayos de luna.

Todos dormían, con una sola excepción. Jacinta no se había fijado en que faltaba M. de Peyrolles.

Si había sido uno de los primeros en cerrar los ojos, no fué para dormir, sino para dejar de beber. Tenía por principio que todo el que toma un señor se obliga á velar por su seguridad si el amo descuida por su parte hacerlo. Y en aquella ocasión Gonzaga, sin pensar en nada, se había dejado arrastrar á la embriaguez como sus *enrodados*. Verdad que no estaba tan borracho como Montaubert, Oriol ó el barón de Batz; pero no por eso dejaba de dormir con el pesado sueño que ocasionan los vapores alcohólicos. Veíase, pues, el factótum en la precisión de ve-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

®

lar por el Príncipe y por sí mismo. De los demás se preocupaba tanto como de su primer pecado venial.

El mayordomo solía tener buen olfato, y aquella noche olía algo vago é imprevisto, sin darse cuenta de lo que pudiera ser. Los que no tienen la conciencia limpia acostumbran presentir riesgos insospechables para la generalidad.

No desconfiaba de la Vasca: creía tenerla proñicia por el cebo de la ganancia, y ni aun le pasó por la imaginación que hubiera escuchado su conversación con los contrabandistas. Sin embargo, le dió mucho que pensar su conducta estimulando á beber á aquellos malandrines. Podría ser una costumbre inveterada, como ella dijo, ó un recurso buscado para hacer subir más la cuenta. De todos modos, y sin dejar de admirar á la mesonera (pues era de esos truhanes que, aun viviendo de engañar á los demás, no llevan á mal ser engañados alguna vez, á condición de que no sea grave y sí ingenioso el engaño de que se los hace víctimas), no estaba del todo tranquilo.

Por eso, con los párpados cerrados y las sarmientosas manos cruzadas sobre sus flacos músculos, si el cuerpo se mantenía en completa inmovilidad, la imaginación no dejaba de trabajar activamente. Lo primero que se le ocurrió fué que

si se les antojaba á Aurora y á doña Cruz fugarse en aquellos momentos, nadie podría impedirselo. Luego pensó en una brusca é inesperada aparición de Lagardère, y calculó que si perdonaba el caballero por desdén y asco á aquel montón de viles borrachos, no perdonaría á Gonzaga ni á él, á Peyrolles.

Así, pues, en cuanto la hostelera salió de la sala cogió en brazos á Nocé y le colocó en su silla, como medida de precaución para que en el primer momento no se notara su ausencia. El borracho no se dió cuenta de lo que con él hacían. Inmediatamente, recordando las entradas y salidas de la casa, abrió sin ruido una puerta de la sala común, y salió al jardín. Por un momento su intención fué subir hasta el cuarto de las doncellas para asegurarse *de visu* si dormían en efecto. Pero temió encontrarse con la hostelera, que ésta le reprochase su indiscreta vigilancia, y que Gonzaga mismo tomara á mal su exceso de celo. Además, se acordaba de la navaja catalana de Jacinta, y tuvo miedo de chocar en la oscuridad con su afilada punta.

¿Por qué decidió salir al jardín? No hubiera podido decirlo.

Fuera la oscuridad era tal, que á los pocos pasos Peyrolles se puso en contacto con el tronco de un árbol más violentamente de lo que ha-

bría deseado. De allí fué á arañarse la cara en un zarzal, y pasó á dos pies apenas de un pozo antiguo sin brocal, en el cual hubiera caído, con escasísimas probabilidades de descubrirse algún día su esqueleto. El Diablo le salvaba una vez más.

No obstante, poco á poco sus ojos fueron acostumbándose á aquellas finieblas, que más bien le eran favorables. El cielo, cosa bastante rara en Bayona, estaba uniformemente sombrío, y no brillaba en él una sola estrella. Con mayor razón La luna no soñaba en servirle de linterna. En vano espiaba con instintiva atención la masa negra de la casa: nada de insólito confirmaba sus sospechas. Era indudable que todos dormían, excepto Jacinta y él.

Así, pues, se preparó á volver á su sitio, ó por lo menos á dar conversación á la bella hostelera. Lo malo fué que se había extraviado, y no sabía en qué dirección estaba la puerta que daba acceso á la sala común. Empezó á caminar á tientas, y estuvo veinte veces á punto de medir el suelo con su cuerpo, lo que le hacía votar y renegar. De pronto tropezó con una plancha, movió los brazos, enredósele la tizona entre las piernas, y cayó en un terreno blando, húmedo y mal oliente, poniéndose perdido manos, vestido y hasta cara. Era un estercolero. Murmuró sor-

damente una maldición que valía por dos de las de Cocardasse. Porque el mayordomo sabía morderse los labios cuando hacía falta, y entonces no quería que una palabra pudiera delatar su presencia. Pero como no estaba dispuesto á que allí le sorprendiese la aurora, hizo cuanto pudo por salir, consiguiéndolo no sin arañarse los dedos. Parece que los palafreneros arrojaban á aquel depósito las herraduras y bocados insertibles, y sus dedos tropezaron con hierros puntiagudos. Ni su mismo señor le hubiera conocido: tan asqueroso estaba, y tal olor nauseabundo despedía aquel mayordomo tan correcto, tan pulcro y tan meloso.

La casualidad le sirvió admirablemente. Al salir de aquella cloaca y dirigir la vista al edificio, vió luz en una ventana que no era visible desde ningún otro punto del jardín. Dos sombras femeninas se dibujaron pronto en la cortinilla de la ventana, y no le costó mucho reconocer á sus prisioneras. La hostelera había anunciado que dormían. ¿Sería su cómplice?

—No—se dijo.—Esto son cosas de doña Cruz, que es muy lagarta. Habrá fingido dormir, y se levantó é hizo levantar á doña Aurora en cuanto hubo salido Jacinta. Eso debe de ser. Y si no están acostadas á tal hora, ¿qué meditan? ¡Peyrolles, amigo mío, has tenido una ex-

celente idea en salir al jardín, y me parece que vas á saber algo importante!

En un instante había olvidado su reciente desventura, y sonreía socarronamente. Sin embargo, una sombra de inquietud mitigaba algo su alegría. La ventana estaba demasiado alta para que pudiera ver otra cosa que la cabeza de las jóvenes al atravesar la órbita luminosa. Le era imposible también oír nada. Trató de retroceder para ver más en lo interior del cuarto de las doncellas, y á los pocos pasos tropezó con las tapias del jardín.

Intentó escalarla. Pero estaban guarnecidos los bordes con pedazos de vidrio, y no le placía un asiento de cascotes de botellas. Además, en caso de poder izarse y lograr ponerse de pie, arriesgaba ser descubierto por las damas desde la ventana y, lo que era peor, por algún sereno de la ciudad, que le prendería tomándole por un malandrín. Por grande que fuera su afán de ver mejor, creyó prudente mantenerse inmóvil y mudo. Tenía la espada al cinto para un caso dado, y si Lagardère llegaba, le quedaba el recurso de esconderse, pues no se sentía con fuerzas y alientos para pelear él solo con el temible caballero. Persuadíase por instantes de que andaba en el ajo el novio de la Duquesita, y á no ser por hallarse desorientado y dudar mucho de

que iba á encontrar su camino en medio de tan densas tinieblas, hubiérase apresurado á entrar en la sala y despertar á Gonzaga y á sus secuaces.

En tal situación deseaba ardientemente que aclarase un poco para poder ir á dar el alerta á sus camaradas; y al mismo tiempo temía mucho que la claridad le perjudicase poniéndole en evidencia. ¿Qué sucedería entonces? ¿De quién ó de quiénes tendría que defenderse él solo? Estas ideas le inquietaban de una manera indecible. Sin embargo, como desde donde estaba veía muy poco y no oía nada, después de bastantes vacilaciones resolvió acercarse al edificio con objeto de escuchar, sabedor de que la voz tiene por la noche mayor resonancia.

Faltábanle diez pasos para llegar, y los dió apresuradamente. De pronto sintió que caía una cosa sobre su cabeza y se enroscaba á su cuerpo como una serpiente. Necesitó grandísimo esfuerzo de voluntad para no lanzar un grito. Al mismo tiempo por el desgarrón de una nube penetró un rayo de luna. Fué como un relámpago; pero permitió á Peyrolles reconocer que lo que le había caído encima era una escala de cuerda. —¡Eh, eh!— dijo.— ¡La cosa se complica! ¿Quién ha proporcionado esta escala? ¡Diantre! ¿Quién va á ayudar á las palomitas? Porque supongo que no han maquinado ellas esta eva-

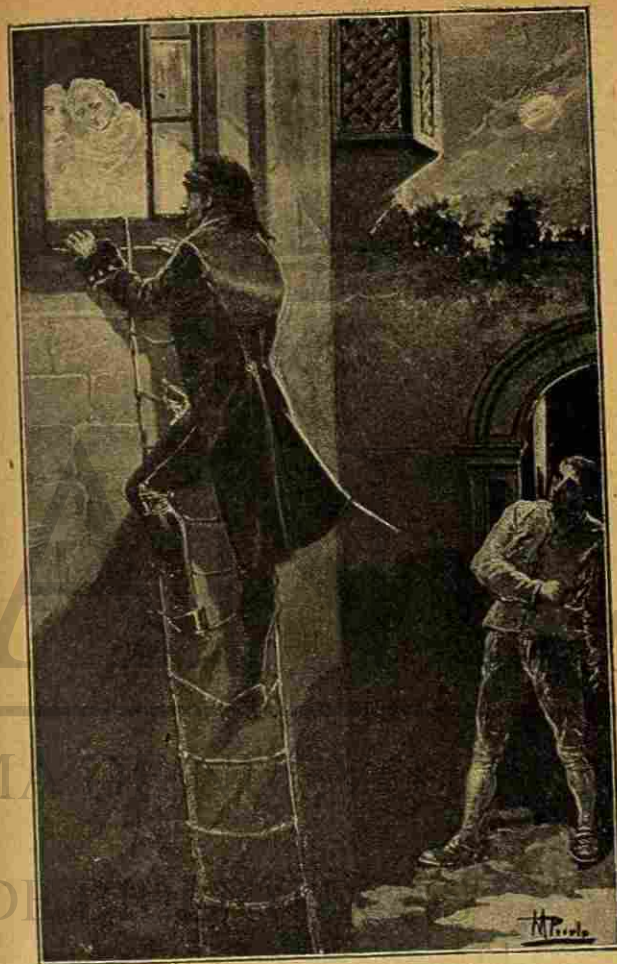
sión en toda regla. ¿Habrá con ellas un hombre? ¿Quién puede ser?

Hizo un movimiento como de miedo; pero lo grave de la situación y el deseo de servir á su señor é impedir la fuga de las doncellas le hicieron mantenerse en aque! sitio y reflexionar un buen rato.

—Después de todo, podría ser muy bien que esas palomitas lo hayan combinado por sí solas. La Duquesita es animosa, y doña Cruz audaz en alto grado. Las creo muy capaces de haberlo ideado ellas, á pesar de los muchos riesgos del proyecto. ¡Hice muy bien en salir á tomar el fresco!

Una vez convencido de que no había con las doncellas galán alguno, entró en vivos deseos de espiarlas aprovechando el medio que ellas mismas le suministraron. ¿De qué se trataba, en suma? De trepar por la escalera, mantener la cabeza al ras del alféizar de la ventana, y escuchar. Valiente como esos malandrines á quienes no asustan, yendo armados, dos indefensas mujeres, comenzó inmediatamente la ascensión. Apenas había subido diez escalones, cuando la Luna apareció de nuevo, bañándole con su argentina luz.

Se detuvo en seco, ahogando á duras penas una maldición. Y á causa de ello no vió dos cabezas



Trepar por la escalera y mantener la cabeza á ras del alféizar.

que se inclinaron sobre el alféizar de la ventana, y que se retiraron precipitadamente al reconocerle.

Ya dijimos que la escala estaba sujeta á las patas de la cama: para ello atravesaba floja y arrugada la mitad de la estancia. Pues bien; las dos amigas viéronla de pronto estirarse y adquirir su completa tensión, y comprendiendo que alguien subía, se asomaron á ver, y el rayo de luna les permitió reconocer al lacayuno mayor-domo de Gonzaga.

En cuanto se sumió otra vez en la oscuridad, oculta en seguida la Luna por espesa nube, Peyrolles continuó su ascensión; pero en aquel instante una sombra llegó ante la escala y trepó por ella con la agilidad de un gato, alcanzando súbitamente al factótum del Príncipe, que sintió un collar en su garganta: unos dedos se insertaban en su cuello como tenazas de hierro, y soltando la cuerda cayó al suelo sin sentido. La ejecución hizose en menos tiempo del que se necesita para contarlo.

El ejecutor, que no era otro que Antonio Laho, el hermano de la hostelera, llegaba al bosquecillo con las instrucciones de Jacinta mientras Peyrolles reflexionaba después de recibir sobre su cabeza la escala. Iba á acercarse á reconocerle, cuando vió que trepaba, y á la luz de la Luna vió quién era.

Una vez libre de él por un buen rato, pues sabía la fuerza de sus dedos y tenía experiencia acerca de su manera de apretar, el joven subió, asomando la cabeza por la ventana.

—¡Venid, señoras!— dijo muy bajito.

Al ver aparecer la cabeza varonil, las dos mujeres exhalaban un grito penetrante. Doña Cruz se armó de una silla y adelantó un paso, dispuesta á defenderse creyendo tener que habérselas con Peyrolles. Pronto comprendió su error, y al volver la cabeza vió que Aurora se había desmayado, yaciendo en el suelo, blanco el rostro y blancos los vestidos. No era cosa de pensar en huir sin hacerla recobrar el sentido.

Antonio saltó á la estancia y retiró la escala y buscó sales ó cordial para hacerla volver en sí. No halló nada, y ni podían entretenerse mucho en buscar, ni era prudente bajar á pedir auxilio á su hermana.

—¡Tanto peor! Tenemos que apresurarnos, señora, pues en breve será demasiado tarde. La frescura de la noche la hará volver en sí.

—¿Dónde está el que subía?

—Abajo, en mal estado.

—¿Muerto?

—Quizás. Le apreté tan fuerte la garganta, que tal vez le haya estrangulado; y la caída debió de rematarle. Pero no estoy seguro

de que esté muerto, y por eso digo que urge el irnos.

—Hubierais debido matarle.

—Nada más fácil; pero si le doy una navajada, sus compañeros se hubieran vengado en mi hermana, y yo no estaría á su lado para defenderla.

—Es verdad. ¡Quiera Dios que no le ocurra nada por causa nuestra!

Necesitó mucho rato Aurora para recobrar el sentido; y vuelta en sí, encontróse con que las piernas se negaban á sostenerla.

El vasco lanzó de nuevo la escala y preguntó á doña Cruz:

—¿Podréis bajar sola vos?

—Sí; pero ¿y ella?

—La bajaré yo seguidme.

Cogió á la Duquesita en brazos y comenzó ágilmente el descenso. En cuanto á Flor, llegó casi al mismo tiempo que él al suelo. En su vida aventurera de gitana había hecho gimnasia más difíciles. Una vez en tierra, en vez de seguir á Antonio, comenzó á palpar buscando algo.

—¡No apretasteis bastante!— dijo á Antonio.— M. de Peyrolles ha desaparecido.

—Si la noche no hubiera sido tan oscura, la joven habría visto fruncir el ceño á su guía, que repuso en voz baja:

—Habrá ido á dar el alerta á sus compañeros. Si supiera que estaba en el jardín, le buscaría y le mataría; pero apenas si tendremos tiempo de desaparecer antes de que lleguen. Cogeos de mi brazo, y á escape!

Siempre con Aurora en los brazos y seguido de doña Cruz, que se agarraba fuertemente á su brazo por miedo de tropezar y caerse, se dirigió rápidamente hacia la abertura del pozo.

—Sentaos aquí un instante. Bajo á vuestra compañera, y en seguida subo á buscaros. Si por azar llegan antes...

—¡Apresuraos á salvarla! Si me cogen á mí, me salvaré bien pronto de sus garras yo sola.

—Habría un medio. Podrías dar un grito y dejaros deslizar en seguida: yo trataría de cogeros en el aire; pero os advierto que si no pudiera cogeros, os jugabais la vida.

—¡Me la juego!—repuso ella sin vacilar.

El vasco empezó á bajar, poniendo el pie en agujeros escalonados y agarrándose con la mano libre á ganchos fijados en la pared del pozo para facilitar el descenso. Cerca del fondo había una excavación bastante grande para dejar paso á una sola persona. Le costó, pues, infinito trabajo entrar en el hueco con Aurora y dejarla en el suelo. La pobre doncella temblaba convulsivamente.

—¡No tengáis miedo, señorita!—le dijo el hermano de la hostelera.

—No tengo miedo; tengo frío—repuso ella.

—Es cosa de un momento. Voy á bajar á vuestra compañera.

Y el bravo mozo subió, cogió á doña Cruz, sentada ya en el borde del pozo, y descendió con ella.

Pero antes que los dos se hubieran sumido en el misterioso abismo, un rayo de luna atravesó por tercera vez las sombrías nubes, y Peyrolles, que vuelto en sí se había arrastrado hasta el bosquecillo, con la garganta ardiendo, magullado el cuerpo, los riñones doloridos y casi sin fuerzas, tuvo tiempo de verlos á la entrada del pozo. Había oído todo cuanto hablaron en el jardín Antonio y la gitana, y comprendió que la Tierra iba á entreabrirse para darles paso.

Pero ¿dónde y cómo? El rayo de luna le permitió verlo, y le hizo distinguir el semblante de Flor. Lo que no pudo ver fué la cara del hombre.

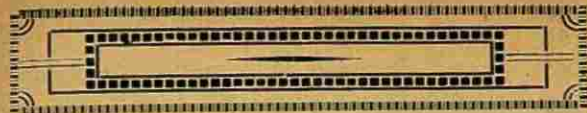
El viento comenzó á barrer las nubes, y pronto quedó iluminado el jardín.

—¡Bah! ¡Por donde pasen ellos pasaremos nosotros! No hay más que un hombre para hacernos frente en esa ratonera. ¡Gonzaga puede dormir descuidado cuando Peyrolles vela! Pero este servicio va á costarle caro, si lo paga en lo que vale.

No teniendo nada que hacer ya en el bosquecillo, comenzó á arrastrarse. Cada movimiento le costaba un gemido de dolor. Á la sazón veía la puerta por donde entró; pero desesperaba de poder llegar á ella. Tiritaba de frío castañeteaba los dientes hacía esfuerzos sobrehumanos para no desmayarse como una doncella. Éste era su principal temor; porque si perdía el sentido ¿cuánto tiempo tardaría á recobrarlo? Y mientras tanto los otros se escaparían y Gonzaga continuaría durmiendo, en la ignorancia de que carecía ya de lo que él llamaba su *rescate viviente*.

La puerta estaba próxima; un esfuerzo más, y llegaba: la alegría le hizo confiar demasiado en sus fuerzas, y á costa de enérgico trabajo consiguió incorporarse y ponerse de pie.

Pero una nube pasó ante sus ojos, y rodó inerte al suelo.



VIII

Viaje subterráneo.

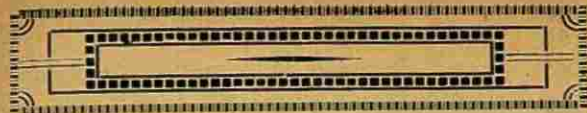
Jacinta, sentada en la sala común, escuchaba los ruidos exteriores y meditaba. Á sus reflexiones se mezclaban plegarias fervientes, pues de vez en cuando arrodillábase y con las manos cruzadas dirigía al cielo los ojos en actitud adorable. No parecía la misma mujer que poco antes bebía como un cosaco y cantaba una canción vasca. Pero es que entonces ya no representaba una comedia.

—¿Qué harán?— se decía.—¿Habrán podido llegar al pozo? ¿No habrá surgido ningún obstáculo? ¿No se habrán asustado demasiado esas jóvenes al verse en ese subterráneo, por el cual ni yo misma paso cuando voy á la montaña?

No teniendo nada que hacer ya en el bosquecillo, comenzó á arrastrarse. Cada movimiento le costaba un gemido de dolor. Á la sazón veía la puerta por donde entró; pero desesperaba de poder llegar á ella. Tiritaba de frío castañeteaba los dientes hacía esfuerzos sobrehumanos para no desmayarse como una doncella. Éste era su principal temor; porque si perdía el sentido ¿cuánto tiempo tardaría á recobrarlo? Y mientras tanto los otros se escaparían y Gonzaga continuaría durmiendo, en la ignorancia de que carecía ya de lo que él llamaba su *rescate viviente*.

La puerta estaba próxima; un esfuerzo más, y llegaba: la alegría le hizo confiar demasiado en sus fuerzas, y á costa de enérgico trabajo consiguió incorporarse y ponerse de pie.

Pero una nube pasó ante sus ojos, y rodó inerte al suelo.



VIII

Viaje subterráneo.

Jacinta, sentada en la sala común, escuchaba los ruidos exteriores y meditaba. Á sus reflexiones se mezclaban plegarias fervientes, pues de vez en cuando arrodillábase y con las manos cruzadas dirigía al cielo los ojos en actitud adorable. No parecía la misma mujer que poco antes bebía como un cosaco y cantaba una canción vasca. Pero es que entonces ya no representaba una comedia.

—¿Qué harán?— se decía.—¿Habrán podido llegar al pozo? ¿No habrá surgido ningún obstáculo? ¿No se habrán asustado demasiado esas jóvenes al verse en ese subterráneo, por el cual ni yo misma paso cuando voy á la montaña?

De la sala vecina llegaban ronquidos sonoros mezclados con ruidosos hipos, así como un olor á vino que daba náuseas á la Vascongada.

—Á lo menos, no tienen que temer nada de éstos—prosiguió para sí.—Ahí están todos como cerdos revolcándose en el fango, mientras las palomas tienden el vuelo.

Impaciente y activa como las mujeres de su raza, Jacinta, que tenía además la curiosidad inherente á su sexo, no pudo contenerse más, y para salir de su incertidumbre subió al primer piso. La estancia de las jóvenes estaba vacía, y la candela acababa de consumirse. Asomóse á la ventana, escrutó el jardín y escuchó. No viendo ni oyendo nada, se tranquilizó.

—¡Alabado sea Dios! ¡Hasta ahora, todo va como una seda!

Tuvo la idea de hacer desaparecer la escala; pero reflexionó que de ese modo tal vez la acusaran á la mañana siguiente de haberles abierto la puerta ella misma. Volvió, pues, á su sitio en silencio y con el corazón nenchido de júbilo.

Sin embargo, antes de sentarse, quiso echar una ojeada á aquellos gentileshombres que había hecho dormir mezclando en el vino un narcótico, y que quizás se hubieran dormido lo mismo sin otra cosa que la fuerza del alcohol. Allí estaban todos tumbados como bestias. ¿Todos?

No: faltaba uno. La Vasca ses obresaltó. Creyó haberse equivocado, y los contó de nuevo, examinando uno á uno, aquellos borrachos. Sí; faltaba uno, y el que faltaba era el más temible para ella. ¿Dónde estaba el flaco Peyrolles? Visitó la cocina, volvió á la sala común, registró las demás habitaciones del primer piso. ¡Nada! La puerta de la calle estaba atrancada por dentro: no salió, pues, por ella. De pronto en la que daba al jardín oyó unos golpes débiles, y repetidos. ¿Quién podía llamar sino el mayordomo?

—¡Él en el jardín!—pensó.—Quiere decir que lo ha visto todo... que lo ha oído todo... ¿Por qué no abrirá por su mano? ¿Estará herido?

Quedóse inmóvil con los ojos clavados en la puerta.

—Si está herido es que ha luchado con mi hermano. ¡Quién sabe si le habrá muerto! Y tal vez después se haya servido de su espada contra las dos pobres mujeres que escapaban de su odio... ¡Qué sangriento drama se ha representado en el jardín?

Los golpes redoblaron; si al principio muy débiles, cada vez más fuertes. Jacinta se irguió, sacó su navaja, y echando lumbre por los ojos:

—¡Si los otros no se despiertan—gruñó—y es él, le mato!

Y se dirigió hacia la puerta resueltamente, poniendo la mano en el picaporte.

En aquel mismo instante una voz á sus espaldas gritó:

—¿Quién llama con tal priesa á estas horas? ¿Por qué lleváis ese juguete en la mano, hermosa? ¡Parece que no es tan fácil entrar en vuestra casa! ¡Diantre! ¡Sabéis proteger bien á vuestros huéspedes!

La huéspedea, que con los dientes apretados y la mirada dura había sufrido nueva metamorfosis, transformada en nueva Judit, se volvió dispuesta á herir, y al ver á Gonzaga, que era quien acababa de hablar, se contuvo.

—Voto á bríos! ¡He dormido como un canónigo! ¡Hola! ¡De pie vosotros! ¡Ha cantado ya el gallo, y hasta creo que llama á la puerta!

Montaubert, Nocé y Lavallade se levantaron medio aturcidos; el barón, Oriol, y Taranne continuaron roncando bajo la mesa. Los golpes resonaron más fuertes.

—¡Calle! ¿Y Peyrolles? ¿Dónde estará?—preguntó Gonzaga.

—¡Voto á bríos!—repuso Montaubert.—¿Quizás entretenido con la huéspedea! ¿Me permitís que vaya á despertarle á mi modo?

Jacinta había cerrado y guardado la navaja, y miraba insolente y desdeñosa á los truanes.

—Quizás sea el que llama; y en tal caso, habrá tenido la tierra por único lecho esta noche. ¡Idá ver!

Abrieron, y apareció en el umbral el mayordomo, lívido, derrengado, con la ropa sucia y rota y tan maltrecho, que no podía mantenerse en pie. Llevaba la espada en la mano, y con el pomo era con lo que había llamado á la puerta.

—¿Qué significa esto?—preguntó el Príncipe, frunciendo el ceño.

—Significa que la duquesita de Nevers y doña Cruz se han escapado, y que quizás no volveréis á cogerlas en la vida—repuso Peyrolles á costa de grandes esfuerzos.

—¡Que se han escapado? ¡Estás desvariando! El factótum se había desvanecido de nuevo. Le arrastraron á la sala, y el mismo Gonzaga le vertió un cordial en los labios; pero no fué bastante para reanimarle. Todos estaban ya en pie, y nadie pensaba en bromear. Los rostros, embrutecidos por la embriaguez, se inclinaban ansiosamente sobre el compañero desmayado. Sólo habían comprendido una cosa: que las doncellas habían volado. Felipe de Mantua lanzó una mirada recelosa á la Vasca, que permanecía impassible. Se convenció de que no había intervenido en el suceso al oírla hablar con voz tranquila, sonora, natural, sin que se trasluciera en ella la más mínima emoción.

—¿Sabrá este caballero bien lo que dice? Estaba algo embriagado, y creo que valdría más asegurarse de lo que dice. Cuando subí esta noche la última vez, dormían.

—¡Subamos!—dijo Gonzaga rechinando los dientes, y poniendo un dedo en el hombro de la hostelera.—Subamos nosotros dos solamente.

Cuando estuvieron arriba la huéspeda se adelantó y llamó á la puerta, aunque sabía perfectamente que no habían de responderle. Pero el Príncipe estaba demasiado impaciente, y no tardó en dar un empujón que abrió de par en par la entrada. La jaula hallábase vacía.

—¡Nadie!—rugió.—El lecho está revuelto como si hubiera sido ocupado.

—Y caliente aún—añadió ella, poniendo la mano entre las sábanas.

Era mentira; pero ¿qué importaba? El desorden del lecho, naturalmente, era obra suya.

Gonzaga rugió, pateó, sacudió el colchón con la espada, y echando espumarajos de rabia reparó en la escala de cuerda, siguiéndola hasta la ventana.

—¡Una escala de cuerda! ¿Luego había un hombre con ellas?

Y alzando más la voz con acento de indescribible rabia, rugió:

—¡Ah, Lagardère!... ¡Aunque hayas sido tú

no te regocijes! ¡Todavía es tiempo! ¡Yo la recobraré!

—¡Lagardère la tendrá pronto—pensaba la Vasca,—y ya sabrá guardarla perfectamente!

En el pasadizo subterráneo Aurora de Nevers procuraba en vano recuperar las fuerzas. Á pesar de su júbilo al creerse libertada, no podía tenerse en pie. Los últimos sucesos, las alternativas de esperanza y desaliento, la intranquilidad angustiosa por la situación de Lagardère, todo ello había contribuido á quebrantar su ánimo de tal modo, que cayó en una especie de aniquilamiento físico y moral. Era un cuerpo inerte que en vano trataba Flor de reanimar. Los hombres más robustos y esforzados son algunas veces víctimas de un decaimiento irresistible y anoadador. El mismo Lagardère cayó en él más de una vez. Y, sin embargo, estaba tan bien templado como la mejor espada de Toledo. ¿Qué de extraño tiene, pues, que su amada hubiera agotado sus fuerzas?

La peor era que tales condiciones no eran las más favorables para llevar á feliz término la aventura. Flor comprendió que necesitaba tener resolución por las dos, y contar sobre todo con

que la tuviese grande el hombre que las acompañaba. Algunas horas de energía perseverante podían asegurar su salvación.

El vasco encendió una antorcha, cuya luz vacilante dejaba ver un largo pasadizo entre rocas húmedas. Algunos murciélagos revolotearon en torno de la llama, rozando con sus alas los cabellos de los fugitivos.

—¿Tenemos que andar mucho por esta tumba?—preguntó la mísera Aurora estremeciéndose.

—Por lo menos una hora—repuso Antonio.—Pero no hay nada que temer: con tal que nos apresuremos, tengo con qué alumbrarnos todo el trayecto. Nadie ha podido vernos entrar en el subterráneo, que apenas si conocemos cinco personas en todo Bayona, y nadie nos verá salir tampoco. ¡Venid!

La de Nevers reaccionó contra su aniquilamiento, y apoyada en el brazo de su amiga siguió al guía. En breve hízose su marcha muy difícil. El suelo estaba húmedo y resbaladizo, y cuando llevaban una mano á la pared para apoyarse ó evitar una caída, la retiraban prontamente con una impresión de frialdad que les helaba el corazón. Á los doscientos pasos les fué imposible seguir.

—¡Dejadme!—dijo la desventurada á doña

Cruz.—¡Se acabó! Comprendo que voy á morir, y vale más que sea aquí. Así mis enemigos no podrán disfrutar el espectáculo de mi agonía.

—¡No digas eso, Aurora!—contestó la gitana desolada y cubriéndola de besos.—Hay que tener ánimo. Tú has sido siempre animosa. Por el contrario, vas á vivir, á reunirte con tu madre, y con él.

—¡Enrique! ¡Ah! Cuando le veas, le dirás que muero pronunciando su nombre, que mi corazón desbordó de amor por él hasta su última palpación; y le guiarás aquí para que pueda recoger los restos de su amadísima Aurora. ¡Júrame Flor, y vete á buscarle!

El vasco volvió la cabeza para ocultar una lágrima: su corazón de aldeano honrado y sencillo se oprimía por el infortunio de la hermosa joven vestida de novia, y que en aquel sitio y aquella situación arrancada del altar para ser depositada en el sepulcro.

—Noble señora—dijo descubriéndose y arrojándose como ante una santa,—Dios no permite que os desesperéis así, mientras circule una gota de sangre por nuestras venas, ni tampoco que os abandonemos. Haced un esfuerzo, sobreponeros á vuestra debilidad, y sobre todo tened confianza en mí.

Aurora tendió la mano á aquel leal y valiente

mozo, dispuesto estaba convencida de ello á inmolar su vida por salvarla.

—Sí—murmuró,—tengo confianza en vos. Pero comprendo, ¡ay de mí! que me es imposible aun arrastrarme.

—¿Me permitís que os lleve?

—Probad; pero seré un fardo demasiado molesto para vos, y tendréis que abandonarme un poco más allá.

—¡Nunca! Mientras no os deje donde me ha indicado mi hermana, donde vuestros enemigos no podrán ir á buscaros, no os abandonaré.

Entregó la antorcha á doña Cruz, que marchó resueltamente hacia adelante, y con delicadeza caballeresca levantó á la doncella en sus vigorosos brazos. Parecía llevar un niño, y con la misma facilidad que si pesara como una pluma. En aquel sombrío subterráneo mal alumbrado por la humeante y temblorosa llama de la tea, era un cuadro fantástico el que presentaban los fugitivos: una dama alumbrando, y un gañán llevando en sus brazos una doncella en traje de desposada.

Flor guiaba animosamente; saltaba los grandes pedruscos desprendidos de la bóveda, y se volvía para advertir á Antonio el peligro y para alentar con frases cariñosas á su amiga, que, agobiada y desfallecida, reclinó inconscientemente su bella cabeza rubia en el hombro del que la

llevaba, y durmióse poco á poco como una criatura.

El peso resultaba así mayor; pero el montañés, habituado á esfuerzos más rudos, ó no se dió casi cuenta de ello. Sólo al advertir que se había dormido la doncella redobló sus precauciones para evitar un traspies ó una sacudida que pudieran despertarla con sobresalto. Iba radiante de satisfacción, pensando que aquel sueño bienhechor devolvería sus fuerzas á la Duquesita. Lo que hubiera rehusado hacer por dinero hacía lo ufano y satisfecho por abnegación hacia una desventurada dama á quien la víspera no conocía.

Lo mismo que su hermana Jacinta, Antonio era uno de los más hermosos y arrogantes tipos de la raza eúskara, descendiente de los antiguos cántabros, cuyas virtudes y grandes cualidades ha conservado: agilidad, independencia, destreza, laboriosidad, franqueza, testarudez, honradez, y sobre todo bondad. La hospitalidad es sagrada entre ellos, y en su país no se halla un mendigo. Doquiera que hay un infortunio, el vasco lo comparte y lo socorre. Antonio Laho hallaba uno en su camino y se consagraba á remediarlo en cuerpo y alma.

—Un poco más deprisa, ahora que duerme—dijo en voz baja á doña Cruz.

Ésta obedeció; pero á algunos metros más allá la guía tuvo que retroceder bruscamente y se detuvo. El paso estaba obstruído. Viva contrariedad se reflejó en las facciones del vasco. Para él aquel obstáculo era pequeña dificultad que pronto salvaría; pero, además del retraso que les ocasionaba, tenía que despertar á la joven, que tan apaciblemente dormía, al soltar el precioso fardo. Y otra cosa temía: quedarse sin luz antes de recorrer el pasadizo subterráneo, pues el trabajo necesario para dejar expedito el camino exigía un buen rato.

Calló sus temores por ahorrar á las jóvenes nuevas inquietudes. Buscando un lugar todo lo seco posible en aquel antro, depositó en él á la Duquesita con tan exquisitos cuidados, que no se despertó. Flor admiraba al montañés, y pensaba cuántas hazañas podría realizar al lado de Lagardère, mientras él se enfrascaba activa y esforzadamente en su labor, tratando de hacer el menor ruido posible. Por desgracia, la obstrucción eragrande y había bloques de piedra tan pesados, que cualquier hombre de fuerzas normales no hubiera podido moverlos. Necesitó más de un cuarto de hora para abrir paso.

Pusieronse de nuevo en marcha. De pronto la gitana se detuvo; el pasadizo se dividía en dos.

—Á la derecha—dijo él.—¡Ya llegamos!

—¿Falta mucho?

—Menos de media hora, si no hallamos obstáculos.

Desde hacía algunos instantes oíase un rumor, un vago ruido que aumentaba conforme iban avanzando. La gitana prestó atención.

—No os preocupéis—le dijo el vasco.—Por encima de nuestra cabeza hay una corriente de agua subterránea que cae en cascada, á unas veinte toesas de aquí. El ramal que dejamos á la izquierda conduce á la cascada, y en breve oiréis más distintamente el ruido de la caída.

En efecto; no tardó en oirse un derrumbamiento sordo que retumbaba de roca en roca, incesante, pero desigual, que habría asustado á personas más acostumbradas á desafiar los peligros. Aurora comenzó á agitarse, sus facciones se contrajeron: parecía presa de una pesadilla, provocada, ó sencillamente aumentada por el ruido de la cascada.

—¡Deprisa, deprisa!—dijo el montañés—¡No perdamos tiempo!

La Duquesita se debatía en sus brazos con el vigor que dan los nervios excitados, y él trató de calmarla diciéndole palabras cariñosas y meciéndola en sus brazos como á un niño. ¡En vano! Por una sacudida brusca sustrájose de sus brazos, y fué á apoyarse rígida contra la ro-

cosa pared del subterráneo. Con los ojos desmesuradamente abiertos y el brazo extendido, no en dirección al ruido, sino en la del camino que acababan de recorrer, balbuceó, pintándose en su semblante indecible espanto:

—¡Por ahí! ¡Vienen, vienen! los veo; nos persiguen; su espada está teñida en sangre. ¡La sangre de Enrique! ¡Quieren matarnos también! ¡Gonzaga, Gonzaga! ¡Asesino!

Doña Cruz se estremeció, temiendo que hubiera enloquecido, y el vasco dejó caer con desaliento los brazos. Inmediatamente adelantó para tratar de cogerla de nuevo y trasportarla á pesar suyo; pero ella lanzó roncós gritos, y comenzó á golpearse la frente en las rocas como poseída del Demonio.

Era peligroso tocarla. La situación se había vuelto grave. Flor procuró á su vez tranquilizarla hablándole; pero no la oía ó, si acaso, confundía su voz con la de alguno de sus perseguidores. La gitana tuvo de pronto una inspiración.

Levantó la antorcha de modo que iluminase de lleno el rostro de la Duquesita, y avanzó hacia ella muy despacio y mirándola fijamente á los ojos. Ambas quedaron un momento cara á cara: aquélla, blanca como un espectro, los dedos crispados entre las rocas, admirablemente bella; la gitana, como un domador, con los mús-

culos contraídos. Poco á poco perdieron las miradas de Aurora su expresión de terror, y serenáronse sus facciones.

—¡Anda! ¡Quiero que andes!—ordenó imperiosamente la gitana.

La doncella se estremeció y echó á andar con paso vacilante, automático, y los brazos caídos á lo largo del cuerpo rígido: sus ojos miraban el vacío, á lo lejos, delante de sí. El vasco creyó que aquello era una hechicería, é involuntariamente se santiguó.

—No la toquéis, y sobre todo no pronunciéis una palabra—dijo en voz baja y rápidamente doña Cruz.

No habiéndose disipado el hechizo á pesar de haber hecho la señal de la cruz, el montañés, algo tranquilizado, cogió la tea de manos de la joven. Quedaba tan poca, que temía que se apagara de un momento á otro sumiéndolos en la obscuridad; lo cual no le hubiera inquietado nada en otras circunstancias, puesto que estaban ya al término del subterráneo, y lo conocía bastante para guiarlas en medio de las tinieblas. Pero á la sazón aquella fuerza misteriosa que obligaba á andar á Aurora á pesar suyo removía las supersticiones arraigadas en él por atavismo de raza, y la prohibición de hablarle y tocarla acrecía su inquietud. ¿Qué ocurriría si quedaban de pron-

to sumidos en la más completa oscuridad? ¿No se estrellarían el cráneo contra una roca al andar sin luz?

El sudor aljofaraba su frente: nunca se había visto asaltado por tan angustiosa ansiedad. Un murciélago pasó, y apagó la antorcha con sus alas. Su corazón parecía próximo á estallar, cuando una mano se posó en su brazo, unos cabellos cosquillearon su mejilla, y sintió en su oreja como un soplo tibio que le decía en voz muy queda:

—¡Silencio! ¡Aurora ve!

Flaquearon sus rodillas, y hubiera caído si doña Cruz, agarrada á su brazo, no le hubiese obligado á continuar andando. Á la sazón los dos seguían á tientas: la Duquesita los guiaba. En breve sintieron una ráfaga de aire frío que refrescó sus sienes; un rayo de luz, primero vago y tenue, después más fuerte y preciso, iluminó la figura blanca que marchaba delante, siempre maquinalmente y como en éxtasis.

—¡Salvadas!—exclamó el vasco.

La mano de la gitana se apoyó vivamente en su boca como una mordaza; pero era tarde: Aurora se detuvo repentinamente, se tambaleó y cayó pesadamente al suelo, en tanto que Flor se precipitaba á su socorro.

—¡Desdichado!—dijo—¡Sólo yo podía desper-

tarla! Ahora va á padecer mucho hasta que recobre el conocimiento.

El pobre mozo estaba tan afligido, que la gitana tuvo lástima.

—¡Bueno; ya está hecho! ¿Hay alguna casa cerca? Id, y traed cualquier cordial: en último caso, aunque sea simplemente agua. Y tratad de encontrar un caballo para ella, si tenemos que continuar el viaje.

—Si no podemos proseguirlo inmediatamente contestó el mozo con un gesto de desaliento,—valdrá más pasar aquí la jornada y no salir hasta la noche. Es ya muy tarde para atravesar el valle sin ser vistos y denunciados á los que os buscan, que no tardarían en alcanzarnos. Voy á traer agua y víveres.

—Bueno; pero pronto. ¿Estamos seguras aquí?

—Sí; á no ser que os persiguieran por el mismo camino subterráneo, lo que es casi imposible, pues nadie nos vió entrar.

Entonces, nos quedaremos aquí todo el tiempo que sea necesario. ¿Tardaréis mucho en volver?

—Media hora escasa. Partida aplazada no es perdida. Con todo, hubiera valido más realizar el plan tal como le concebimos.

Y diciendo esto el vasco desapareció, sin que Flor se diese cuenta de por dónde había salido, muy ocupada en atender á su amiga.



IX

Capturadas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La de Nevers continuaba con los ojos muy abiertos; pero estaba inerte y casi helada. A no ser por las palpitations regulares de su corazón, se la hubiera creído muerta. La gitana, de rodillas ante ella, mirábala fijamente como cuando la durmió, murmurando palabras extrañas y pasando sus dedos por la frente, las sienes, los párpados y el pecho de la Duquesita. Pasó buen rato, y Flor frunció el ceño.

—¡Despiértate!—dijo por fin imperiosamente.—¡Lo mando!

Aurora parpadeó un instante, bostezó, se incorporó, quedándose sentada, y miró en torno con extrañeza. Doña Cruz se arrojó en sus brazos y la besó.

—¿Dónde estamos?

—¡Salvadas! ¡Estamos salvadas, hermanita!
¡Nadie vendrá á buscarnos aquí!

—Me siento muy débil. ¿Quién me hatraído hasta aquí?

—Antonio Laho, el hermano de la hostelera.

—¡Ah, sí! ¡Es verdad! ¡Ya me acuerdo!—Se pasó la mano por la frente como para reunir sus recuerdos—¿Y dónde está ahora?

—Ahí cerca. Ha ido por víveres. Necesitamos recobrar las fuerzas, sobre todo tú. ¡Valor, Aurorita! ¡Gonzaga no nos hallará!

—¡Gonzaga!

Hizo un esfuerzo como para recordar algo que no podía precisar; pero fué inútil: no recordó.

Esta investigación interna no pasó inadvertida para Flor, que arrugó la frente acordándose de las palabras pronunciadas al empezar su éxtasis doloroso.

—¿Estaría lucida?—pensó.—Pero no; desvelada no puede acordarse del sueño: es la ley del magnetismo practicado por los egipcios. Con todo ¡si hubiera visto! Probemos—y pronunció en voz alta:—Hace un momento creíste ver al Príncipe, que nos perseguía con todos sus secuaces. Supongo que fué una alucinación causada por la debilidad, porque yo no vi ni oí nada.

—¡Dios lo quiera!—repuso la de Nevers estremeciéndose.

Hacia diez minutos que charlaban abrazadas, mezclando sus palabras con lágrimas de ternura y regoeljo, cuando súbitamente doña Cruz se levantó de un salto y se puso á escuchar.

—¿Qué te pasa?

—¡Nada! Había creído oír...

—¿Qué? ¡Tienes razón! Sí; yo también oigo hablar muy cerca—dijo Aurora con sobresalto:—¡Flor, ahí están!

Sus nervios excitados agrandaban los ruidos más leves, acercándolos á su oído mucho más que á los de su compañera.

—Quizás nos engañemos—dijo la gitana, queriendo tranquilizarse.

—¡No, no, no; yo no me engaño! ¡Ahí, es ahí! ¡Te digo que hablan en el subterráneo!

Las dos amigas se estrecharon una en los brazos de la otra.

—¿Serías capaz de andar, de continuar la fuga?

—No lo creo, Flor. ¡Voy á ver!

Trató de levantarse, y no pudo tenerse en pie.

—¡Imposible! ¡Ya lo ves!

Á la sazón ya no había posibilidad de engañarse: ambas oyeron claramente la voz de Montaubert.

—¡Estamos perdidas!—exclamó la Duquesita, haciendo un supremo esfuerzo para no desvanecerse de nuevo.

Montaubert, Taranne y Nocé dejáronse ver y lanzaron gritos de triunfo: llevaban en las manos sendas antorchas y las espadas desnudas.

—¡Ahí están! ¡Ahí están!—aullaron—¡Por la muerte de Dios! ¡Llegamos á tiempo!

Sin embargo, se detuvieron. Temían ver aparecer entre ellos y las doncellas á Lagardère, y la lucha no hubiera sido igual. Sólo eran tres contra el temible caballero.

—¿Estáis solas por ventura, señoritas?

Doña Cruz, en pie, con los brazos cruzados y los ojos chispeantes, exclamó:

—¡Cobardes!

Si en aquel instante hubiera tenido una espada, los habría atacado animosamente. Pero estando solas, los tres bravos no tenían miedo, y el insulto los hizo reír.

Volvamos ahora atrás para explicar cómo estaban allí los tres *enrodados* de Gonzaga.

Peyrolles estuvo bastante rato privado de conocimiento, y en cuanto pudo hablar se apresuró á poner á su amo al corriente de lo ocurrido.

—He descubierto en el jardín la entrada de un subterráneo, monseñor, y por allí se escaparon. Llevadme, y os la enseñaré; pero me temo que sea ya demasiado tarde.

¡Nunca es tarde!—dijo resueltamente Gonzaga frunciendo las cejas—¡Ceñíos las espadas! Voy

á distribuiros y á daros las órdenes oportunas. Necesitamos reunirnos todos aquí dentro de dos horas con las fugitivas, para pasar inmediatamente la frontera. Si no, yo las buscaré solo. ¿Estáis dispuestos?

¡Ya lo creo que lo estaban! Aquellos aventureros que prescindieron de su honor para seguir la suerte del Príncipe que los había hartado de oro, de placeres y de títulos, estaban siempre dispuestos á dar caza á las dos indefensas mujeres.

—¡Apresuráos—murmuró el mayordomo;—nos llevan mucha delantera!

Levantóse con trabajo, y diez manos se tendieron para ayudarle.

Jacinta permanecía en un extremo de la sala inmóvil y muda. Pensaba que las dos jóvenes y su hermano debían de hallarse fuera de todo peligro, á salvo de la persecución; y pasada la primera impresión, no concedió importancia alguna á las revelaciones de Peyrolles.

—¡Corre, corre, pobre diablo!—se decía.—¡Á juzgar por lo triste de tu estado, te ha costado muchísimo averiguar un secreto que vale bien poco! No basta conocer la entrada de una galería subterránea; y los que perseguís han salido ya y tienen ante sí amplios horizontes.

Apoyó el brazo en la mesa, colocó sobre él la cabeza y fingió que dormía. Así podía escu-

char sin que su semblante la vendiese reflejando impresiones que pudieran ponerlos sobre aviso. Pero Felipe de Mantua no lo entendía así. Dando un puñetazo en la mesa, ordenó:

—¡Seguidnos, posadera! Veamos ese paso misterioso por donde pueden fugarse las doncellas. ¿Qué pozo es ése? ¿Dónde está?

La vasca se levantó y repuso con sencillez:

—Si el caballero de Peyrolles está débil, que no se moleste en venir. Yo puedo enseñar á vuestras señorías tan bien como él ese agujero, ese supuesto pasaje por el cual nunca he visto bajar á nadie en veinte años que hace que estoy aquí. Él ha sido más afortunado que yo, pues en pocas horas ha logrado ver desaparecer por ese orificio á tres personas.

—Pero ¿es en efecto la entrada de un subterráneo?

—Así lo asegura todo Bayona; pero yo he tenido tanta menos curiosidad de comprobarlo cuanto que, según el decir corriente, nadie ha vuelto á ver nunca á persona alguna de las que intentaron explorarlo. Mi casa está construída en el solar del castillo que habitó antiguamente Pero de Puyane, de sanguinaria memoria, y hay muchas leyendas cerca de estos lugares. Como no soy asustadiza, nunca me he preocupado de ellas, ni he visto en tantos años nada anormal y ex-

traordinario. Si queréis por vos mismo explorar ese presunto pasadizo subterráneo, allá vuestra señoría con lo que le ocurra.

—Ante todo, ¿adónde va á parar?

—Unos dicen que al Infierno mismo; otros, que al mar, al cual arrojaban en otro tiempo, sin más ni más, á los que estorbaban al señor; pero yo no sé nada, ni he tenido curiosidad de averiguarlo.

La placidez de su rostro, la calma de su voz y lo tranquilo de sus razones alejaban de la mente de los aventureros toda sospecha de complicidad de la huésped con las fugitivas.

—Si estáis decididos á bajar—añadió,—necesitaréis antorchas. Tomad.

Y ofreció tres ó cuatro, encendiendo una de ellas, á Gonzaga y sus secuaces.

—¡Vive Dios! ¡Ya lo creo que bajaremos! ¡Aunque tuviésemos que llegar al Infierno, iríamos á arrancar de las mismas garras de Satanás á Aurora de Nevers!—exclamó furioso Felipe de Mantua.

Ante una resolución tan enérgicamente formulada inclinóse la vasca con la mejor gracia del mundo, diciendo con cierto dejo de ironía:

—¡Adelante, pues, valientes caballeros! Voy á mostraros por dónde se va al encuentro de Satanás, según dicen los bayoneses. Pero no dejéis

de volver á contarnos lo que os haya acaecido, y, por si traéis sed, de mi cuenta corre teneros preparado excelente vino.

Dejaron en la sala al mayordomo, que no podía decirles más de lo que había dicho, y la huéspededa los guió por el jardín hasta el agujero abierto ante una higuera.

—No es muy profundo: mirad.

Y cogiendo un pedrusco, lo dejó caer; un segundo después llegaba al fondo.

—¿Quién reclama el honor de pasar el primero? ¡Buen viaje, caballeros! Voy á preparar vuestra comida, á no ser que almorcéis con el alma de Pero de Puyane.

Parecía burlarse, pero ninguno se fijó. Aquella expedición subterránea, misteriosa, al terminar una noche de holgorio y embriaguez, no era muy del gusto de los *enrodados*. Hubiérase enriquecido la paleta de un pintor con los colores de sus caras: las había rojas y violáceas. Oriol ostentaba en sus mejillas la palidez de la cera virgen; el Barón de Batz las tenía del color del azafrán. Sólo Gonzaga estaba impasible.

—¡Montaubert, Taranne y Nocé, adentro conmigo!—ordenó.—Vosotros tres ensillad los caballos, y rondad por la ciudad y sus alrededores ojo alerta. Este subterráneo no da al mar ni conduce al Infierno; sale, indudablemente, á las afue-

ras de la ciudad, al otro lado de las murallas. Hay que averiguar el punto de salida, sea encontrándolo vosotros, ó bien inquiriéndolo de los aldeanos del contorno. Así, vosotros delante y nosotros detrás, los fugitivos se encontrarán entre dos fuegos y serán cogidos.

Se tendió boca abajo en el suelo, adelantó la cabeza y la antorcha encendida, y examinó el agujero.

—Hay escalones de hierro, hendiduras para poner pies y manos y bajar cómodamente como por una escalera. ¡Seguidme!

Y desapareció, seguido de los que había designado. Los otros se apresuraron á cumplir las órdenes recibidas, y en breve no quedaba en la hostería más que Peyrolles con la huéspededa, que, no pudiendo prever los retrasos ocurridos, creía ya á su hermano y á las dos doncellas fuera del subterráneo desde hacia una hora.

Fué, pues, en busca de un colchón, que extendió en el suelo, instalándose encima Peyrolles con voluptuosidad, mientras que Jacinta, muy satisfecha porque Gonzaga no hallaría nada, cantaba una antigua balada vasca, en la cual se narraba que una doncellita perseguida por unos bandidos desaparecía de la vista de éstos cada vez que iban á echarle mano para apresarla.

El mayordomo intentó hacerla hablar dirigién-

dole preguntas insidiosas para averiguar si había tomado alguna parte en el complot. Por costumbre desconfiaba de todos, y no estaba muy convencido de la inocencia de la huésped. Pero ella estaba sobreaviso y dispó muy pronto sus recelos. Entonces se cambiaron los papeles, y fué la vascongada la que, aparentando interesarse por él, quiso enterarse de lo que le había acaecido.

—¿Y que ha podido sucederos, monseñor, para quedar en tan lamentable estado, desgarrado y manchado de lodo el traje? Además, parece como si os hubiesen maltratado. ¿Será verdad lo que se dice de ese subterráneo? Si es así, mi hostería va á desacreditarse. ¡Estoy desolada de que haya sido víctima de esos duendes un huésped de la jerarquía de vuestra merced! Por sí ó por no, creo que valdría más dar parte á la justicia para que castigue á los culpables.

—La justicia no tiene nada que ver en esto— respondió receloso aún el factótum de Gonzaga;—pero si esas damas pudieron huir, fué merced al auxilio y complicidad de un hombre. Vos le conocéis. ¿Quién es?

—Desde que los contrabandistas con quienes hablasteis se fueron, no ha entrado hombre alguno en la casa. Puedo jurarlo.

—Yo le he visto.

—Ó habréis creído verle.

—No logré distinguir sus facciones; le oí hablar, y le reconocería por la voz. Estoy seguro de que vos le conocéis.

La vasca se irguió con altiva dignidad.

—¡Me parece que desvariáis, monseñor! ¡La emoción tal vez! No tengo nada más que deciros, y os convendría dormir para reposar y tranquilizaros. No habéis dormido esta noche.

Ya era de día. Jacinta se fué á sus quehaceres, y el mayordomo nó tardó mucho en dormirse.

Mientras tanto Gonzaga y sus tres acólitos habían entrado en el subterráneo, espada en mano y alumbrándose con las antorchas. Pronto descubrieron en el húmedo suelo las huellas del paso de las dos mujeres. Las alpargatas de Antonio dejaban muy leve rastro y de trecho en trecho: sólo un montañés hubiera podido apreciarlo. Á los pocos momentos las huellas eran nada más de una mujer; se veían dos pies en vez de cuatro. ¿Qué había sido de la otra? ¿Cuál de ellas era la desaparecida? Con las antorchas y las espadas inspeccionaron minuciosamente suelo y techo, hendiduras y rincones. ¡Nada! Sólo caminaba una mujer.

Gonzaga sentía una cólera furiosa. ¿Iría á escapársele su presa? En un instante recobró el vigor y la audacia de sus veinte años, y se lanzó adelante corriendo como un loco. Sus compañe-

ros apretaron el paso; pero les llevaba tanta delantera, que en breve le perdieron de vista. Seguros de reunirse al fin con él, avanzaron y tomaron por la galería de la derecha, sin ver que él había tomado por el ramal de la izquierda, que daba á la cascada. Un poco más lejos volvieron á ver las huellas de cuatro pies femeninos, y no tardaron en divisar á las doncellas, como hemos dicho.

—No podéis resistiros—dijo Montaubert después de la carcajada que le sugirió el epíteto de *cobarde* con que le gratificó la gitana.—¡Rendíos, señoritas! ¡No os haremos ningún mal!

Por fin decidiéronse á avanzar, pero con toda clase de precauciones, que aumentaban el desdén de Flor. La joven decidió tenerlos en jaque hasta el último instante.

Nocé repitió su pregunta:

—¿Estáis solas, nobles señoras?

Y al ver que no le respondían, varió la interrogación:

—¿Habéis huído solas?

—¡No!—respondió doña Cruz.

Los aventureros se detuvieron con inquietud. Hasta dieron un paso atrás.

—¿Y queréis hacernos la merced de decir quién os guiaba en este dédalo?

—¡Qué os importa?

—De todos modos...

—Pues bien; un hombre leal y valeroso, que va á volver.

Los secuaces de Gonzaga se miraron recelosamente.

—¡Pardiez!—balbuceó Taranne.—¡No puede ser sino Lagardère!

—Lo temo por vosotros—añadió Aurora, que cobraba ánimos.—Ya veo que tembláis.

—Temblar, no; pero eso mismo nos dicta lo que tenemos que hacer. Señoras os intimamos formalmente á que nos sigáis.

—Doña Aurora no puede andar—replicó la gitana.—Si no habéis perdido todo sentimiento de dignidad y de honor, os intimo á que la dejéis donde está.

—La llevaremos lo más suavemente que podamos.

—¡Los criados son dignos del amo!—murmuró la Duquesita.

—Los criados son galantes—replicó Noéc mordiendo el bigote.—Nada se opone á que lo sean. Y como el camino por donde hemos venido no es nada cómodo, volveremos á Bayona por otro más agradable, y no subterráneo.

Montaubert buscó la salida, y la halló. Separando una peña, la abertura dejaba paso franco á dos personas á la vez. No tardaron en encontrarse al aire libre, y formando con las manos

Taranne y Nocé la silla de la reina, invitaron á sentarse á Aurora.

Las dos jóvenes se abrazaron. Toda resistencia era inútil: habían caído de nuevo en manos de sus verdugos.

—¿Dónde está Gonzaga?—preguntó de pronto Montaubert.

Los tres caballeros se miraron.

—Debía haber llegado antes que nosotros. ¿Qué ha sido de él? Porque no es posible que se haya extraviado. ¿Habéis visto á Monseñor, señoras? ¡Responded!

De los ojos de Flor brotó un rayo de júbilo, pero enmudeció. Los tres hombres pensaron al mismo tiempo que si ellos no encontraron á Lagardère acaso Gonzaga tuvo el mal encuentro, y un estremecimiento les heló el espinazo.

—Si se ha extraviado—dijo con indiferencia Taranne,—ya hallará el buen camino. Vámonos; á menos que alguno de nosotros no vuelva atrás á buscarle.

La proposición no fué bien acogida. Ninguno tenía ganas de internarse solo por el subterráneo, en el cual podría encontrarse cara á cara con el temible caballero, que le haría dormir el sueño eterno en tan triste lugar.

Después de llamarle varias veces sin obtener respuesta, pusiéronse en marcha para regresar á Bayona con el «rescate viviente».



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

X

Fechoría póstuma de Pero de Puyane.

Al ver Jacinta aparecer súbitamente á los caballeros y sus prisioneras, brotó de sus ojos una lágrima, que se apresuró á ocultar á Peyrolles. No podía concebir cómo había fracasado el plan tan admirablemente combinado por ella. Por eso al principio sólo pensó en lamentar la suerte de las víctimas; pero muy luego, no viendo con ellas á su hermano, la angustia oprimió su pecho. Sabía que Antonio era incapaz de abandonarlas sin lucha, y temió que le hubiera sucedido una desgracia.

No se atrevió á manifestar su dolor con alguna pregunta poco hábil, y llevando instintivamente la mano á su navaja, al mismo tiempo que brotaban de sus ojos relámpagos de odio, examinó de una ojeada las espaldas de los truhanes de

Taranne y Nocé la silla de la reina, invitaron á sentarse á Aurora.

Las dos jóvenes se abrazaron. Toda resistencia era inútil: habían caído de nuevo en manos de sus verdugos.

—¿Dónde está Gonzaga?—preguntó de pronto Montaubert.

Los tres caballeros se miraron.

—Debía haber llegado antes que nosotros. ¿Qué ha sido de él? Porque no es posible que se haya extraviado. ¿Habéis visto á Monseñor, señoras? ¡Responded!

De los ojos de Flor brotó un rayo de júbilo, pero enmudeció. Los tres hombres pensaron al mismo tiempo que si ellos no encontraron á Lagardère acaso Gonzaga tuvo el mal encuentro, y un estremecimiento les heló el espinazo.

—Si se ha extraviado—dijo con indiferencia Taranne,—ya hallará el buen camino. Vámonos; á menos que alguno de nosotros no vuelva atrás á buscarle.

La proposición no fué bien acogida. Ninguno tenía ganas de internarse solo por el subterráneo, en el cual podría encontrarse cara á cara con el temible caballero, que le haría dormir el sueño eterno en tan triste lugar.

Después de llamarle varias veces sin obtener respuesta, pusiéronse en marcha para regresar á Bayona con el «rescate viviente».



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

X

Fechoría póstuma de Pero de Puyane.

Al ver Jacinta aparecer súbitamente á los caballeros y sus prisioneras, brotó de sus ojos una lágrima, que se apresuró á ocultar á Peyrolles. No podía concebir cómo había fracasado el plan tan admirablemente combinado por ella. Por eso al principio sólo pensó en lamentar la suerte de las víctimas; pero muy luego, no viendo con ellas á su hermano, la angustia oprimió su pecho. Sabía que Antonio era incapaz de abandonarlas sin lucha, y temió que le hubiera sucedido una desgracia.

No se atrevió á manifestar su dolor con alguna pregunta poco hábil, y llevando instintivamente la mano á su navaja, al mismo tiempo que brotaban de sus ojos relámpagos de odio, examinó de una ojeada las espaldas de los truhanes de

Gonzaga. Por fortuna, ninguna estaba ensangrentada, y esto la tranquilizó. Un suspiro alivió su pecho.

Al entrar las dos doncellas trocaron con la huésped a rápida mirada. La de Aurora expresaba resignación; en la de la gitana brillaba el fuego de la rebeldía.

—La duquesa de Nevers—dijo doña Cruz con altivez—se retira á descansar á su cuarto, que bien lo necesita. Nos comprometemos á no intentar la fuga mientras el que se hallaba con nosotras antes de que nos hallaseis no vuelva á buscarnos. Á vosotros os toca, pues, vigilar bien. Pero os prevengo que no tardará.

Estas palabras no tenían más objeto que tranquilizar á la vasca, quien al saber que su hermano estaba á salvo se calmó.

Peyrolles, con expresión de triunfo, se incorporó en el colchón apoyándose en un codo, y dijo á las doncellas ruinmente:

—Quizás hubierais logrado escapar si no hubiese estado yo vigilante. No intentéis, pues, una nueva escapatoria, que fracasaría también. Mientras yo os custodie, no hay miedo de que os roben.

Doña Cruz, siempre dispuesta á la lucha, replicó desdeñosamente:

—Y, sin embargo, no habéis pesado gran cosa

para inclinar la balanza al fracaso, á juzgar por el lamentable estado en que os encuentro. Por supuesto, que si me hubieran escuchado, no estaríais en disposición de guardar á nadie, ni á vuestra propia alma; en el supuesto dudoso de que tengáis alma.

—¡Muchas gracias!—contestó el mayordomo haciendo esfuerzos para hacer un gesto burlón, que resultó una mueca horrible.—Eso quiere decir, si no me engaño, que vuestros labios encantadores habían pronunciado mi sentencia de muerte.

—Así es, caballero. Aplastar una víbora es plausible.

Y con los brazos cruzados, sarcástica, insolente, inclinóse un tanto hacia el colchón en que yacía el aventurero, añadiendo:

—Un perro como vos, señor de Peyrolles, no debiera abandonar nunca á su amo, por no exponerse á perderle. Preguntad á vuestros compañeros que ha sido de Felipe de Mantua, Príncipe de Gonzaga, cuya jauría formáis.

Dicho esto se volvió, y dijo á Jacinta.

—Vamos á acostar á doña Aurora, y cuando la dejemos descansando volveré aquí para hablar con el señor mayordomo, que parece gustar mucho de mi conversación. Así podrá al mismo tiempo vigilarme de vista. Si no puede impedir á

su prisionera que huya, por lo menos me tendrá á mí en rehenes, y algo es algo.

—Respondo de las dos—repuso el factótum. Pero la mirada de desafío que le lanzó Flor le desconcertó.

Subieron á la estancia que habían creído abandonar para siempre.

—No temáis por vuestro hermano—dijo la gitana al oído de la vasca.—Ni siquiera le han visto.

Aurora no pronunció una palabra; tenía fiebre y sentía flaquear sus rodillas: tantas emociones la habían aniquilado. Al desnudarla abrazó á la hostelera y balbuceó:

—¡Gracias, gracias desde el fondo de mi corazón por lo que habéis tratado de hacer en beneficio nuestro! ¡Gracias por vuestra abnegación y la de vuestro hermano hacia una desconocida que no puede hacer más que besaros como una hermana! Nuestro guía era valiente y caballero. Si hemos fracasado á pesar suyo, es que no llegó la hora de nuestra libertad, que nuestro calvario tiene aún más estaciones. ¿Querrá Dios que me vea libre algún día? ¡Se acabó, se acabó; ya he perdido toda esperanza!

—¡No, no se acabó; no está todo perdido!—replicó la vasca irguiendo la cabeza con denuedo

—Temí por un instante que hubieran matado á

mi hermano. Pero, puesto que vive, ¿quién nos impide buscar otro medio, aunque tenga que agujerear la piel á esos malos trines que están abajo?

Su aspecto bravío la embellecía más. El valor irradiaba en su frente; las venas de sus sienes hinchábanse con el esfuerzo de su enérgica voluntad soberana: transformábase en heroína. En las Vascongadas no se hacen juramentos vanos; pero cuando se promete algo, se cumple, cueste lo que cueste. Jacinta, la flor de la Vasconia, había jurado proteger y auxiliar á dos mujeres que padecían, á dos mujeres que amaban. ¿Quién sabe si no fué este último motivo el que determinó su conducta?

Doña Cruz la admiraba sobre todo por su abnegación espontánea, y, como Aurora, sentía nacer en su corazón profundo afecto por aquella amiga á quien la víspera no conocía, y que había arriesgado por ella la tranquilidad, la paz de su casa, la vida de los suyos, y acaso la propia. Tales sentimientos, raros ya en aquella época, y desconocidos hoy día, juntaron las manos y los labios de las tres mujeres, sellando solemne pacto de confianza, de gratitud y de amistad.

Aurora, aniquilada y calenturienta, se durmió en breve, y Jacinta dijo:

—¿Qué ha pasado? Contad pronto, pues tenemos que bajar.

Doña Cruz la puso al corriente de lo sucedido haciendo una sucinta relación de las peripecias de su fuga.

—No ha sido culpa vuestra ni de mi hermano. La fatalidad lo dispuso así. Pero no se necesita mucho para que los vivos se conviertan en muertos, para que las cadenas de los presos se rompan, para que Dios haga justicia. Apenas si ha salido el Sol: cuando se ponga, ¿quién sabe lo que habrá ocurrido? Descansad un instante; debéis de estar fatigada.

—¡No; no podría dormir! Prefiero estar á vuestro lado: vuestro valor me reanima. Además, he prometido á Peyrolles que bajaría.

Se concertaron aún un instante hablando en voz muy baja, y descendieron á la sala donde Peyrolles, inquieto y lívido, preguntaba lo ocurrido á los tres expedicionarios que acompañaron á Gonzaga.

La alegría de haber recobrado á las fugitivas se acibaraba con la inquietud acerca de la suerte del Príncipe, y los tres truhanes y el mayordomo entregábanse á conjeturas variadísimas que convergían á una pregunta que nadie se atrevía á formular. ¿Quién era el hombre que acompañaba á las fugitivas? Un solo nombre acudía á la mente de los cuatro: Lagardère.

Y tanto menos dudaban, cuanto que la desaparición de Felipe de Mantua parecía suministrar la prueba más fehaciente. No necesitaba tanto Peyrolles para perder los pocos colores que solían animar su rostro.

Doña Cruz ignoraba, como ellos, el paradero de Gonzaga; pero, adivinando el terror y sobresalto que su desaparición causaba á los *enodados*, resolvió aprovecharse de ella para vengarse y hacerlos rabiar.

—¡Qué pálido estáis caballero!—dijo sardásticamente á Peyrolles en cuanto penetró en la sala.—Será que no habéis dormido esta noche ¿Por qué no imitáis la conducta de vuestro amo? ¡Es tan agradable dormir mucho, siempre!

—¿Siempre?—interrogó el mayordomo angustiado.—¿Sabéis dónde está el señor Príncipe? ¡Hablad! ¿Ha sido herido?

—Puede ser. Un personaje como él no se extravía fácilmente; y si desaparece, señal es de que encontró algo en su camino. Ahora bien; entre las cosas graves que tenía mayores deseos de evitar hay que poner en primer término cierta espada...

—¡Cierta espada!—repitió Peyrolles pasándose la mano por la frente.

—¡Oh! No una espada traidora, de ésas que hieren por la espalda, como en el foso de Cay-

lus, sino un acero leal que ataca de frente y hiere en la frente.

La evocación de este recuerdo hizo estremecerse al factótum, que miró á la joven lanzando sus pupilas relámpagos acerados. Ella continuó socarronamente:

—¡Oh! ¡No me miréis de ese modo, caballero!

Decía que acaso se hubiera encontrado vuestro amo con una estocada de que no habéis podido librarle, á causa tal vez de que vuestra única preocupación es llegar á ser un perfecto carcelero.

No satisfecha aún, quiso llevar al extremo el sarcasmo, vengando así en cierto modo los sufrimientos de Aurora.

—Á vuestra edad es peligroso subir de noche por una escala de cuerda para cometer la indiscreción villana de espiar á unas doncellas en su dormitorio. ¡Puff! ¡Es cosa de lacayos muy bellacos, que suelen encontrar á veces lo que menos esperan! Vos sabéis algo de eso. Sin duda vuestros ojos, turbados por la visión que por adelantado contemplaban, no os permitieron ver la sombra; ¡la sombra que os espiaba desde abajo! No neguéis. Estoy en lo cierto, y lo prueba la expresión colérica de vuestro semblante. Pues ahí tenéis cómo vuestra precipitación os fué fatal; porque aquella sombra—y esto no son suposi-

ciones, pues yo lo he visto—os hizo saltar bruscamente desde el décimo escalón al suelo, que medisteis con vuestro cuerpo.

La rabia del mayordomo llegó al colmo:

—¡Basta de alfilerazos, señora!—rugió.—¡Vuestra mala intención puede costaros cara! ¡Olvidáis que solo habéis sido libres un momento y que ya no lo sois!

—No olvido que sois el lacayo de un cobarde y que, desaparecido éste (como vos desapareceis sin duda pronto), Aurora y yo seremos libres para siempre. El amo, el verdadero amo, es el caballero de Lagardère, que no tiembla ni se escapa. ¡Oh, no! ¡El persigue y mata!

Peyrolles se levantó rígido ahogando un grito de dolor, y trató de agarrar por el puño á doña Cruz, que se retiró con repulsión.

—¿Vive Gonzaga, ó ha muerto? ¡Responded! —gritó colérico.

Pero ella, sin perder la serenidad, replicó con ironía:

—¿Y que me contáis á mí? Dirigíos á esos caballeros que le acompañaban. ¿Me atañe á mí deciros lo que hicieron de él? Que yo sepa, mi misión no era velar por vuestro amo; y si esta noche no ha vuelto, la Duquesita de Nevers y yo emprenderemos el camino de París, sin vos, señor de Peyrolles. ¡Oh! Pero no temáis: por ser

menos numerosa nuestra escolta, no será peor ni menos temible. Dignaos reflexionar, y preparaos para recibir mis adioses.

Era mucha presunción la de Flor al hablar así; pero, aparte de que su principal objeto era mortificar á los truhanes, contaba algo con la casualidad. La misteriosa desaparición de Gonzaga dejaba el campo libre á toda esperanza. Creía que aquel retraso podía dar lugar á la llegada de Lagardère, acaso acompañado de Chaverny, y esta convicción secreta le inspiraba audacia.

Los otros tres aventureros regresaron entonces de explorar los alrededores de la ciudad, donde no hallaron nada anormal, y su sorpresa fué menor al saber la vuelta de las doncellas que al enterarse de la misteriosa desaparición del Príncipe. La cuadrilla estaba completa, pero desorientadísima por faltarle la cabeza. Ninguno pensaba en comer ni en beber, y todos estaban cariacontecidos.

—El almuerzo está dispuesto, caballeros— anunció la huéspedea,—y espero vuestra orden para servirlos. Pero no esperéis que os haga compañía como anoche. Tengo la cabeza pesada, y voy á descabezar un sueño. Si necesitáis algo, ¿quién está mi hermano, un buen mozo que acaba de llegar de Burgos.

Con efecto; Antonio acababa de aparecer en el umbral, algo triste y desaminado por el fracaso, y temiendo incurrir en los reproches de su hermana y de las jóvenes. Pero una expresiva mirada de doña Cruz y dos palabras de Jacinta le tranquilizaron del todo.

—Á vuestras órdenes, señores—dijo.—Cuando gustéis ponerlos á la mesa...

Peyrolles se estremeció. Dijo que reconocería al hombre por la voz, y aquella voz acababa de herir su oído. Miró al vaso atentamente. El hombre sostuvo su mirada con tanta indiferencia, que el mayordomo dudó, resolviendo someterle á una prueba decisiva.

—Monseñor el Príncipe no ha vuelto aún—dijo,—y le aguardaremos. Aunque quizás sería mejor ir á buscarle.

—¿Adónde?—preguntó Oriol.

—Al subterráneo, en el cual se ha extraviado indudablemente. Id todos menos dos, que se quedarán conmigo: Oriol y Lavalladé. Id, y buscad un guía. ¿Conoces tú el subterráneo?—preguntó de súbito, lanzando miradas de halcón al montañés.

Éste no pestañeó ni movió un músculo de su cara.

—¿Cuál? ¿La galería de Pero de Puyane? Hace cerca de diez años que no he bajado, y

aun entonces no llegué más que á mitad del camino. Éramos dos: mi compañero quiso avanzar más, y no he vuelto á verle.

—¿Eres miedoso?—interrogó con desdén el mayordomo.

Antonio le miró de alto á bajo con altivez.

—¡Los vascos no conocemos el miedo! Os he advertido simplemente, porque ignoro qué queréis hacer allí y por qué se ha quedado en la galería uno de los vuestros. El subterráneo necesita una presa cada vez que se ponen los pies en él. El que buscáis ha sido ahora esa presa. En la nueva expedición reclamará otra.

Los cuatro *enrodados* sintieron un escalofrío.

—Señores, haced lo que os plazca—exclamó Peyrolles;—pero si nadie quiere ir, yo haré que me lleven. Necesitamos encontrar al Príncipe. Sin él no somos nada.

—El señor de Peyrolles tiene razón—agregó burlescamente doña Cruz.—Id á buscar vuestra cabeza, señores. No tenéis que perder más que la vida, y es tal, que el Diabolo no la querrá, probablemente.

Montaubert estaba siempre dispuesto para una correría, por peligrosa que fuera; y como, además había atravesado ya el subterráneo sin que le hubiera ocurrido nada, llamó á la huéspeda y pidió vino.

—Bebamos primero. Hace mucho frío en esa boca del Infierno, y hay que calentar un poco el cuerpo. Partiremos en seguida.

Jacinta llevó varias botellas, y mientras los *enrodados* chocaban los vasos habló en la cocina con su hermano.

—La zanja es profunda—le dijo,—y se ignora dónde desemboca. Si hallases á Gonzaga cerca de la boca...

—¡Comprendido! No te inquietes si no vuelvo hasta la noche.—Y volviendo á la sala, exclamó:—Estáis perdiendo el tiempo, caballeros, y vuestro camarada puede necesitaros. Bebed pronto, señores: alguno de vosotros beberá quizás la última botella.

—¡Cuernos de Lucifer, amigo!—exclamó Tarranne.—¡No tenéis las ideas muy alegres! No sé si será ése el carácter del país.

—También puede que sea yo el que no vuelva. El subterráneo necesita una víctima.

El único que no expresaba temor era Oriol, que hubiera besado con mucho gusto al mayordomo por ordenarle que se quedara. Peyrolles habría preferido que fuesen todos; pero necesitaba alguien que velase por las doncellas y por él mismo, que no las tenía todas consigo, pues Lagardère podía surgir de un momento á otro y peligrar su piel. Aunque no tenía mucha

confianza en aquellas dos espadas, sentía cierta satisfacción en verlas á su lado.

De uno en uno y llevando cada cual su antorcha los cuatro aventureros penetraron en el subterráneo detrás de Antonio, registrando minuciosamente toda la galería. Al llegar al punto de bifurcación de los dos ramales preguntó Nocé:

—¿Que es eso?—Y quiso penetrar por el corredor que daba al torrente.

El guía se le interpuso:

—¡Cuidado! No entreis ahí; es inútil. ¿Veis esa roca que está á pocos metros? Cierra el paso, y al otro lado hay una cascada de más de ochenta pies de altura. Os quedaríais sordos para tres días.

Algunos quisieron insistir.

El vasco adelantó la antorcha y les mostró la roca.

Montaubert, como lo había hecho desde la entrada, llamó en voz alta á su señor, sin que le respondiera más que el eco.

Siguieron adelante sin ver que el ramal formaba un recodo y continuaba á la izquierda, y no tardaron en llegar al mismo sitio donde habían hallado á las dos damas. La luz penetraba profusamente, iluminando el suelo cubierto por multitud de huellas de pasos.

Pero ninguna de ellas fué reconocida como

de Gonzaga. Seguramente había salido del subterráneo y encontrado á Lagardère, lo cual, para todos los aventureros, equivalía á haber muerto. Doña Cruz y Aurora de Nevers lo sabían: por eso dijo á Peyrolles lo que le dijo la primera. Pero en ese caso, ¿por qué el caballero no las había defendido contra los tres que las capturaron?

Inquietos al entrar en el subterráneo, salían de él aterrados, conscientes de haber perdido lo que constituía toda su fuerza. Se lo habían sacrificado todo; por él se hallaban desterrados del reino; sólo contaban con las promesas de su señor, y éste desaparecía de pronto, dejándolos ante lo desconocido, frente á un sombrío porvenir. ¿Qué podrían hacer en España privados del apoyo de Gonzaga? Un sordo rencor se incubaba en sus corazones contra el que, habiendo causado su pérdida, los abandonaba á mitad de la jornada.

—Sin embargo, su cadáver debe de hallarse en alguna parte—dijo Montaubert, que era el más tenaz.—Hay que hallarlo.

—Acaso le encontremos en las ruinas del castillo de Miot. Pero si es así, no estará vivo. Esas ruinas están malditas. ¡Vamos allá!

Siguiéronle sin entusiasmo, y comenzaron sus investigaciones por los matorrales de hiedra, po

entre las plantas parásitas y las cavidades de las peñas. La yerba no había sido aplastada por humano pie, y el silencio sólo era turbado por el graznar de los cuervos que revoloteaban con pesado vuelo. Desalentados los aventureros decauíéronse, y se sentaron un instante para celebrar consejo. Estaban sombríos, y profundas arrugas surcaban su frente.

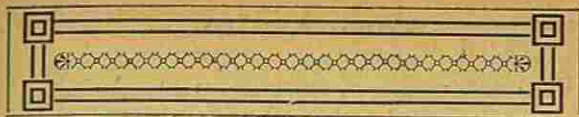
—¿Qué ruinas son éstas?—preguntó Taranne.

Todos ansiaban olvidar sus preocupaciones, aunque fuera por breves momentos, y la pregunta de Taranne fué oportuna.

—Han pasado aquí cosas terribles—murmuró el guía.

—Cuéntalas si las sabes—le ordenó Montaubert.

Los muros conservaban aún á través de los siglos huellas de un incendio, y la yerba no había vuelto á nacer en los sitios que las llamas lamieron. Entre los montones de piedras desprendidas crecían plantas parásitas y trepadoras, y el Sol enviaba sus rayos sobre ellas, iluminando hasta lo más hondo, alumbrando á los lagartos que se deslizaban entre los pedruscos y las yerbas.



XI

Un cuerpo en la zanja.

Antonio Laho se apoyó en un trozo de muralla y dijo:

—¿Queréis saber la historia del castillo de Miot? Se relaciona con la del subterráneo. Vais á ver. Todos recuerdan en la región á un marino que llegó á ser almirante y corregidor de Bayona. Se llamaba Pero de Puyane, y era tan cruel, que todos temblaban en su presencia. Cuando navegaba colgaba de las vergas de su navío á los prisioneros que cogía, colocando entre ellos los perros. Un buen día los vascos no quisieron pagar el impuesto sobre la sidra que se fabricaba y vendía en Bayona. El corregidor prohibió la venta, so pena de cortar la mano al infractor, lo que sufrieron muchos sin pertañear. Los vascos no bebieron más sidra de Bayona, pero no cesaron;

entre las plantas parásitas y las cavidades de las peñas. La yerba no había sido aplastada por humano pie, y el silencio sólo era turbado por el graznar de los cuervos que revoloteaban con pesado vuelo. Desalentados los aventureros decauíéronse, y se sentaron un instante para celebrar consejo. Estaban sombríos, y profundas arrugas surcaban su frente.

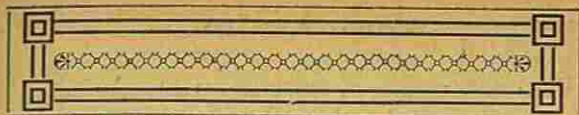
—¿Qué ruinas son éstas?—preguntó Taranne.

Todos ansiaban olvidar sus preocupaciones, aunque fuera por breves momentos, y la pregunta de Taranne fué oportuna.

—Han pasado aquí cosas terribles—murmuró el guía.

—Cuéntalas si las sabes—le ordenó Montaubert.

Los muros conservaban aún á través de los siglos huellas de un incendio, y la yerba no había vuelto á nacer en los sitios que las llamas lamieron. Entre los montones de piedras desprendidas crecían plantas parásitas y trepadoras, y el Sol enviaba sus rayos sobre ellas, iluminando hasta lo más hondo, alumbrando á los lagartos que se deslizaban entre los pedruscos y las yerbas.



XI

Un cuerpo en la zanja.

Antonio Laho se apoyó en un trozo de muralla y dijo:

—¿Queréis saber la historia del castillo de Miot? Se relaciona con la del subterráneo. Vais á ver. Todos recuerdan en la región á un marino que llegó á ser almirante y corregidor de Bayona. Se llamaba Pero de Puyane, y era tan cruel, que todos temblaban en su presencia. Cuando navegaba colgaba de las vergas de su navío á los prisioneros que cogía, colocando entre ellos los perros. Un buen día los vascos no quisieron pagar el impuesto sobre la sidra que se fabricaba y vendía en Bayona. El corregidor prohibió la venta, so pena de cortar la mano al infractor, lo que sufrieron muchos sin pertañear. Los vascos no bebieron más sidra de Bayona, pero no cesaron;

y Pero de Puyane, al ver que no los decidía á pagar el impuesto, les prohibió pasar á Villafranca por el puente del Niva sin pagar un impuesto, so pretexto de que eran aguas bayonesas. Pero tampoco los vascos quisieron doblegarse á ello, y no daban á los oficiales encargados de cobrar el peaje más que algunos estacazos, y aun navajadas. Poco después de estos sucesos fueron al castillo de Miot muchos vascos, en su mayoría mozos y mozas, para pasar un día de huelga bailando, saltando y jugando. Con sus hombres de armas invadió Pero de Puyane al anochecer el castillo y como los confiados concurrentes, no iban armados, la fiesta terminó en una espantosa carnicería. Sólo cinco, que eran hidalgos, fueron exceptuados de la matanza, reservándose don Pero decidir sobre su suerte. Luego mandó incendiar el castillo, que ardió desde la media noche al mediodía siguiente, con olores de carne asada que hacían decir al terrible corregidor: «¡No podrán quejarse de mí los bayoneses! ¡Les doy un espectáculo, y, para que nada falte, pueden hartarse los vascos con carne de cerdo asada!»

Antonio se interrumpió. Los *enrodados* le escuchaban con interés. Alguno de ellos sentía ya conocer una historia que en la situación en que se contraban no era lo más á propósito para distraerlos de sus sombríos pensamientos,

—¿Y qué fué de los cinco hidalgos?—preguntó Nocé.

—Fueron atados á las pilastras del puente, y ahogados al subir la marea. Cuando descendió la marea dejaron á los cinco hidalgos colgados, para demostrar á los vascos que el agua de Bayona subía hasta el puente y que, por consiguiente, debían pagar el peaje. Pero de Puyane puso sesenta hombres en la torre que guardaba el puente. Pero á poco, descuidados y no sospechando un ataque, se entregaron á la buena vida. Cierta noche que unos dormían arriba á pierna suelta y los demás celebraban un festín abajo, los vascos, que se habían reunido de más de veinte aldeas y pueblos del señorío y los alrededores, escalaron la torre, y tomaron represalias pasando á cuchillo á los guardianes. Uno de los que comían y bebían alegremente en la sala baja notó que caía en su cabeza una lluvia de líquido rojo, y renegó de sus compañeros de arriba que así malgastaban el vino. Se tocó la cabeza; el líquido estaba fibio: lo probó con la yema del dedo, y se convenció de que era sangre. Los vascos bajaban ya. Entablóse una lucha desesperada en la oscuridad, y al encenderse las antorchas después del combate iluminaron un montón de cadáveres horrible, una mezcolanza de cabezas segadas, miembros mutilados y brazos y manos hechos picadillo.

Se detuvo nuevamente el guía para observar el efecto que producía en aquellas frentes arrugadas su relato.

—¿Y qué más?—preguntó Taranne.

—Los vascos desataron á los cinco hidalgos colgados en las arcadas, y precipitaron al río á todos los muertos. Era su desquite. Las aguas se tiñeron de sangre y corrieron rojas todo aquel día. Después de varios años de lucha entre los dos bandos intervino el Rey, y sometieron todos sus diferencias al arbitraje de Beltrán de Ezi, señor de Albret. Se hizo la paz; pero los vascos se reservaron su venganza. Querían acabar con Pero de Puyane y toda su casta. Entonces fué cuando el sanguinario almirante hizo construir ese subterráneo, matando en seguida á todos los que trabajaron en él, para que nadie supiera su refugio. Como su castillo hallábase situado en el espacio que ahora ocupa la posada de mi hermana, en cuanto las veía mal dadas desaparecía por la galería, cuya salida actual no es la que entonces era, pues seguía hasta las mismas ruinas del castillo de Miot. Sin embargo, no le bastó ese refugio, y tuvo que pedir auxilio y protección en Burdeos á su amigo el Príncipe de Gales; no salía nunca de la ciudad sino armado de todas armas ofensivas y defensivas, y acompañado de dos escuderos. Pero cierto día que se descuidó

breves minutos le hallaron muerto con una afilada daga clavada hasta el mango por la axila, entre la juntura de la coraza. Su hijo mayor murió á manos del sobrino de uno de los hidalgos colgados en el puente por orden de Pero de Puyane, y si se salvó el otro, fué porque habiéndose retirado á la Gran Bretaña con los ingleses, no volvió á Francia. Ésta es la tradición. Desde entonces el castillo y el subterráneo están malditos. Se asegura que Pero de Puyane vendió su alma al Diablo con la condición de que cada vez que pisaran esa galería otros pies que los suyos, se entreabiera la Tierra para engullir por lo menos una víctima. Yo tuve la prueba de ello hace diez años; vosotros acabáis de tenerla, puesto que uno de vosotros ha desaparecido hace pocas horas, sin que podamos encontrar el cadáver.

Una profunda arruga surcaba la frente de los caballeros. Escépticos en París, sentíanse dominados por la superstición entre aquellas ruinas fétricas y después de escuchar tan fúnebre historia. No pudiendo explicarse por medios naturales la desaparición de Felipe de Mantua, estaban muy inclinados á atribuirle la causa oculta que los turbaba y conmovía, no dejándoles duda alguna respecto á su muerte.

—Voy á dar una vuelta por las ruinas—dijo el

guía, que los había observado atentamente,—
—si no hallo nada, será inútil, y hasta temerario, permanecer aquí. Acabo de sentir que la Tierra se estremecía bajo mis pies.

Todos hicieron gestos de inquietud, poniéndose en pie y mirando azorados al suelo.

—Aguardadme un instante, señores. Dentro de cinco minutos vuelvo.

Si los que le aguardaban hubieran podido ver la sonrisa sarcástica que plegó sus labios al desaparecer, no dudaran de que se había burlado de ellos. Pocos minutos después oyeron un desgarrador grito de angustia que los hizo estremecerse.

El guía no volvía.

—¡El pobre mozo tenía razón!—murmuró, Montaubert.—¡Esta vez la víctima ha sido él!
¡Vámonos!

Y con la cabeza baja y el corazón oprimido, los *enrodados* tomaron el camino de Bayona.

El grito de angustia lanzado por Antonio era una farsa. Por si le espiaban, el montañés se dejó caer en una excavación no muy profunda, que disimulaba á la vista una cortina de hiedra. Allí se acurrucó aguardando á que se fueran los aventureros; pero cuando salió, en vez de regresar á la ciudad, dirigióse al subterráneo, en el cual penetró después de encender su antorcha.

Debía de maquinar algo muy serio, pues fundióse su ceño y se arrugó su frente mientras se acercaba á la bifurcación de la galería. El descendiente de los que hacían picadillo de los alabarderos de Pero de Puyane iba á matar á un hombre á quien juzgaba vil, y ruin, y que debía de encontrarse ya medio muerto.

Penetró por el corredor en que no había dejado entrar á los aventureros, y, examinando el suelo, pronto descubrió huellas de pasos. La bóveda se elevaba de repente como si se entrara en una inmensa excavación. El camino se estrechaba; las rocas asomaban sus picos amenazadores, que á veces remedaban formas humanas, cual si quisieran defender el paso, y goteaban como si llorasen al ver violado aquel recinto bravío. El agua, única soberana de aquel lugar, rugía, rebotaba en la roca, y saltaba espumeante al abismo con clamores asordantes. Laho no la veía aún; pero sentía que salpicaba ya su rostro con millares de gotitas y hacía vacilar y chisporrotear la llama de su antorcha, amenazando extinguirla. Como la falta de luz le hubiera hecho perder toda probabilidad de descubrir lo que buscaba, la resguardó con su chupa y continuó andando.

La arena húmeda recibía la impresión de sus pasos; pero otros pies antes que los suyos la habían hollado dirigiéndose á la zanja.

¿Se habrían detenido á tiempo, ó habrían caído en el torrente? La profunda sima estaba á dos pasos. Antonio bajó la antorcha para explorar el suelo, y dió un paso atrás. Ante él hallábase tendido, inmóvil y con los ojos cerrados, pareciendo dormir su último sueño, el cuerpo de Gonzaga. Pero no estaba muerto.

¿Qué había sucedido al Príncipe desde que se apartó de sus secuaces?

Ya se dijo con qué especie de furor inconsciente echó á correr, con la espada en la diestra y en la siniestra mano la antorcha. En aquellos momentos no reflexionaba, ofuscado su pensamiento por la idea de que Aurora se le escapaba y de que Lagardère, no contento con arrebatársela, se vengaría quitándole la vida. No dudaba que el caballero estuviese allí, y se arrojaba con la cabeza baja á la lucha suprema, como jabalí acorralado que se revuelve furioso contra los perros y contra el cazador, confiando en su vigor y en sus defensas.

En vez de seguir el camino principal, por una de esas fatales singularidades del Destino, que guía á los hombres sin que ellos mismos lo sospechen, tomó el corredor que daba á la zanja. Cuando oyó el mugir espantoso del torrente y quiso retroceder, era ya tarde: su antorcha se había apagado. Llamó á los *enrodados* á gritos;

pero su voz fué ahogada por el ruido ensordecedor de la cascada.

Con el acero extendido intentó á tientas orientarse. ¡Vano empeño! Había dado varias vueltas en torno suyo, y no sabía por dónde llegó hasta allí: por doquiera su espada, su mano y su frente chocaban con la roca. La angustia dilató sus pupilas y trató de sondear las tinieblas; pero éstas se burlaron de su audaz arrogancia y permanecieron insondables. Enajenado de furor, quiso luchar contra lo inexorable, y anduvo...

El suelo era desigual y resbaladizo. Á los pocos pasos deslizáronse sus pies en aquellas rocas puntiagudas lavadas, y cayó, soltando la espada, que en vano buscó á tientas por todos lados. Sus dientes apretados silbaron una blasfemia. Felipe de Mantúa, todopoderoso dos días antes, el Príncipe que á tantos había hecho temblar, tembló. Exhaló roncós gritos de furor, maldiciones, votos. Comprendió que estaba perdido, perdido para siempre; que desaparecería sin que nadie supiera cómo ni dónde. Vió con los ojos de su imaginación á la Duquesita libre y casada con Lagardère; toda la obra de su vida entera destruída en un instante.

Su rabia se desbordó contra sus compañeros de libertinaje, sus secuaces y cómplices. Hubie-

ra querido matar á Montaubert, Chaverny y Navailles, á todos los que se habían perdido por él, y que le abandonaron cuando declinaba su estrella. Á Peyrolles sobre todo, á Peyrolles que iba á aprovecharse del oro que le había chupado lentamente. ¡Deseaba bañarse en la sangre de su factótum!

Sólo la calma hubiera podido salvarle; pero hay circunstancias en que el hombre más sereno pierde la cabeza ó se deja dominar por sus nervios. Al aire libre el asesino de Nevers habíase mostrado valiente y animoso. Tantas veces vió de cerca la muerte, que ya casi no la temía; pero allí, en finieblas, no podía defenderse ni luchar, y la sentía hipar junto á él y alargar su terrible y descarnado brazo para cogerle.

—¿Tendré miedo?—se preguntó, tratando de recobrar sus arrestos varoniles.

El rugido del torrente, que le enloquecía, le obligó á confesarse que sí.

—¡Hay que salir de aquí á toda costa!

Y dió dos pasos más; pero un chorro de agua le heló la frente súbitamente y le rechazó con fuerza, haciéndole retroceder y caer al suelo aturdido, helado, medio muerto.

En esta situación le encontró Antonio. No tenía más que empujarle con el pie para arrojarle á la sima: es lo que Gonzaga hubiera hecho en

tales circunstancias con cualquiera de sus enemigos. Pero el montañés era valiente, noble y leal, y creía deshonoroso herir á un adversario indefenso. Á pesar del juramento tácito hecho á su hermana, le sacudió para despertarle; y viendo que aquel medio no le daba resultado, roció el semblante y sienes del Príncipe con agua que cogió formando taza con las dos manos juntas, y entreabrió los apretados dientes del caballero, haciéndole beber algunas gotas del aguardiente que llevaba en la calabaza sujeta á su cintura.

Gonzaga se levantó con trabajo. Inmenso júbilo resplandecía en su faz al ver que un desconocido llegaba en su socorro para impedirle morir de hambre y sed ó ahogado. Decididamente, el Diablo continuaba siendo su amigo, puesto que le enviaba auxilio. Se aprestaba á mirar las facciones de su salvador; pero, por inadvertencia ó torpeza de éste, apagóse la antorcha.

—¡Qué lástima! ¡Ya no podréis encenderla!

Como no obtuvo respuesta, prosiguió:

—De todos modos, gracias. Me habéis salvado; pero no he podido veros. ¿Quién sois?

El vasco tampoco respondió, y Mantua pensó que sería algún desgraciado mudo que viviría en el subterráneo, si es que no era el mismo Satanás con apariencia humana.

—Tengo sed—dijo, dominado en efecto por la sequedad que causa la fiebre que le invadía.—
¿Queréis darme un trago?

El otro le tendió su calabaza, y se la quitó casi en seguida.

—Poco ahora—ordenó.—Dentro de un instante podéis beber hasta la saciedad.

Felipe no conocía la voz. Si hubiera visto el rayo que al decir tales palabras brillaba en los ojos de su interlocutor, habría tenido miedo. Pudo levantarse, y se sintió bastante fuerte, pues irguió con arrogancia la cabeza. No estaba, en efecto, muy maltratado, y sólo deseaba salir de aquellos lugares guiado por su salvador. Pero no era tal el propósito del desconocido, y Gonzaga estuvo á punto de caer desvanecido otra vez cuando oyó al montañés que le preguntaba con tono glacial:

—¿Os halláis ya bastante fuerte y en disposición de batiros?

—¡Batirme!—respondió sin comprender.—
¿Contra quién? ¿Tengo que temer alguna asechanza? ¿Dónde están mis adversarios?

Su boca dejaba pasar con dificultad tales preguntas precipitadas, entrecortadas.

—No tenéis más que un adversario.

—Mi espada ha caído por ahí; se me escapó de las manos—murmuró el Príncipe.—Lo malo es

que ahora, sin luz, no sé cómo vamos á encontrarla.

—¿Para qué la queréis? ¿Acaso llevo yo espada también?

Gonzaga comprendió entonces que el que había tomado por un salvador era un enemigo, y una cólera sorda se apoderó de él.

—¿Quién sois, pues? ¡Respondedme! ¿Me conocéis?

—Sois Felipe de Mantua, Príncipe de Gonzaga, asesino y ruin.

El caballero palideció al oír este ultraje; pero la oscuridad velaba su palidez. Redoblóse su furia insana.

—¿Y quién sois vos que acabáis de salvarme de la muerte para asesinarme en seguida? Quiero saberlo. ¿Cómo os llamáis?

—Es inútil que os lo diga, porque no me habéis visto nunca.

—Entonces, ¿de quién sois emisario? ¿Quién os envía?

—Vengo impulsado por mi conciencia y animado por el deber que tiene todo hombre honrado de hacer justicia.

—¿Y con qué derecho pretendéis erigiros en juez? Alguien ha debido de enviaros, puesto que si, como afirmáis, no os conozco ni os he visto nunca, no he podido haceros daño alguno.

—Si á mi personalmente no, á otros torturaréis prevaliéndoo de la fuerza. Todo esto vais á discutirlo muy pronto con vuestro padrino Satanás. ¿Estáis dispuesto?

—¿Dispuesto? ¿A qué?—preguntó ansiosamente Gonzaga.

—Á defenderos contra mí. No tengo más armas que mis brazos; pero me bastan para arrojaros á la zanja, á menos que logréis vencerme y precipitarme á mí, lo que dudo mucho. Si fuera un asesino, ya no existiríais: hubierais pasado del desfallecimiento á la muerte; pero os propongo un combate leal, cuerpo á cuerpo, á treinta pies bajo tierra, sin testigos y sin misericordia. Encomendad vuestra alma á Dios, que va á juzgarnos.

¿Qué misterio era aquél? Gonzaga no podía descifrarlo: se veía perdido, y tembló. De pronto un relámpago de esperanza iluminó su mente. Indudablemente, aquel hombre era un asesino mercenario, y pagándole más... Todos los hombres se compran. Se tranquilizó un tanto, y con tono más conciliador dijo:

—¿Cuánto os pagan para matarme, amigo?

—Ni un maravedí. No soy de los que se venden.

—Sin embargo, mi bolsa está bien repleta de oro, y si...

—¡Basta! Si fuera de esas gentes que suponéis, ya no tendríais vuestras doblas en el coletto. Desprecio vuestro oro, que rodará con vos al fondo del torrente para que no manche las manos de nadie, porque nunca se hallará vuestro cadáver.

Tal perspectiva no tenía nada de halagüeña, y Gonzaga sintió que se le erizaban los cabellos. ¿Qué resentimientos tendría contra él su inflexible adversario? De pronto se estremeció: acababa de ocurrírsele algo siniestro, que le hizo murmurar á pesar suyo:

—¡Sólo un hombre en el mundo puede odiarme así!

—¿No se llama ese hombre Lagardère?

Felipe de Mantua exhaló un rugido:

—¡Sí, sí!—exclamó.—Y no siempre se disfruta de jorobado. ¡Ah! ¡Sois muy audaz, caballero de Lagardère; pero una vez que al venir á buscarme habéis olvidado vuestro acero, nos veremos las caras! ¡La partida me gusta! Un espadachín sin espada no es muy terrible, y...

Una carcajada le interrumpió, dejándole estupefacto.

—Estáis en un gran error, caballero. Ni soy Lagardère, ni le he visto en mi vida. Él mismo no me conoce más que vos. Ignoro cuántos son los que os odian: yo no os odio; pero estoy in-

dignado contra vos desde ayer por vuestra conducta con las dos damas.

—¡Cuernos de Satanás! ¿Seríais vos el que se ha instituido en defensor andante de la Duquesita de Nevers y de su compañera?

—Vos lo decís.

—Pues, entonces, vamos á batirnos á la luz del Sol, para tener el placer de ver si sois un galán arrogante y bello; y aunque no seáis precisamente un Apolo, os daré en matrimonio una de las dos damas, cualquiera de ellas que escojáis.

—Los que intrigan en la sombra por la negrura de su alma—repuso con tono glacial el montañés,—deben morir en las tinieblas. Estamos á cinco pasos del abismo, cuyo profundidad nadie ha sondeado. En breve vais á averiguar si conduce al Infierno.

Al decir esto, una mano de hierro cayó sobre el brazo del Príncipe.

—¡Defendedos!—dijo por última vez Antonio Y sus brazos vigorosos se ciñeron nerviosamente al cuerpo de Gonzaga, levantándole del suelo. El miserable lanzó un grito desesperado de furor y de espanto. Pero el instinto de conservación se sobrepuso á su miedo, y le hizo defenderse con verdadera rabia.

En la profunda oscuridad del subterráneo se

entabló una terrible lucha. Abrazados estrechamente con brazos y piernas, las gargantas apretadas de los combatientes exhalaban sordos estertores, aullidos de rabia y de angustia que dominaban el rumor de las aguas. Gonzaga sentía decuplicadas sus fuerzas por la desesperación. Rodaron al suelo.

Estaban tan cerca de la zanja, que el menor movimiento podía precipitarlos abrazados en la muerte. Instintivamente lo comprendieron ambos. Felipe logró levantarse el primero, y su pensamiento dominante fué huir hacia adentro del subterráneo; pero no pudo dar más que un paso. Antonio le agarró por la cintura con fuerza gigantesca y le alzó en el aire. El Príncipe apenas podía respirar: aquellos brazos le estrechaban como si fueran de acero, cual torniquete irresistible. Agitó las manos en el vacío, quiso defenderse, agarrarse á su vez, y se sintió de repente desasido; pero precipitado al abismo.

Felipe de Mantua, Príncipe de Gonzaga, podía considerarse ya borrado definitivamente del número de los vivos.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE



Y sus brazos vigorosos se cieron al cuerpo de Gonzaga, levantándole del suelo.



XII

El aparecido.

Antonio Laho se santiguó como hacen los vascos cuando acaban de mandar á alguno al otro mundo, aunque sea el hombre más criminal de la Tierra el ejecutado. No tenía ya otra cosa que hacer que volver á la hostería sin ser visto. Como para los huéspedes de su hermana había desaparecido de misteriosa manera que debía de influir en el ánimo de aquéllos, ya preparado á lo sobrenatural y extraño por los relatos legendarios, en cualesquiera otras circunstancias hubiese permanecido oculto en las ruinas de Miot; pero, por si su hermana le necesitaba para procurar nuevamente la fuga de Aurora y Flor, decidió arrostrar todos los riesgos y volver á la posada. Además, la situación era muy distinta á consecuencia de la muerte de Gonzaga, y el

montañés no era de los que rehuyen el cumplimiento de un deber.

Felipe de Mantua, precipitado desde más de veinte pies de altura, había caído en una cuenca llena de agua espumosa y helada. El torbellino le arrastró cual si su cuerpo fuera una brizna de paja, y acabó por arrojarle sobre una roca como andrajo humano. Aniquilado, inerte, quedó allí inmóvil é incapaz del menor esfuerzo para salvarse.

Por suerte para él, parecía protegerle aún el Demonio, y en la cavidad rocosa adonde fué arrastrado, si el agua le bañaba casi todo el cuerpo, no alcanzaba á cubrirle la cabeza. Otro que él hubiera sucumbido, sin embargo; pero al cabo de bastante tiempo el caballero abrió los párpados, miró en derredor con espanto, y recordó lo sucedido. No intentó nada por salvarse. ¿Para qué? Créase en el fondo de un abismo sin salida. En estado comatoso, próximo á la muerte, aguardó á la Descarnada sin moverse.

Su cabeza ardía, su lengua estaba seca, y gimió:

—¡Agua! ¡Agua!...

Aquella sed irresistible propia de los calenturientos y de los agonizantes debía ser su salvación. Logró acercar los labios al espumoso líquido que corría sobre su pecho, y bebió ávidamente.

Animado con la bebida, aclaráronse poco á poco sus ideas; pudo abrir los ojos y enderezarse, y esperó. Quizás no había sonado aún su última hora: tal vez podría salvarse. Una hora después estaba en pie y desafiaba nuevamente al Destino.

Lo mismo que la galería superior, la zanja dividíase también en dos ramales: el principal continuaba introduciéndose en la Tierra, y por él se precipitaba con estruendo la gran masa de las aguas; mientras que el otro, estrechado por las rocas, sólo dejaba penetrar un hilillo de agua, y al extremo, muy lejos, alcanzábase á ver un punto luminoso, que á Gonzaga no le parecía mayor que su mano.

—Si puede pasar un hombre por ese agujero —murmuró,— los que me creen muerto me verán surgir muy pronto ante su vista como un aparecido.

Á trueque de inenarrables sufrimientos y esfuerzos sobrehumanos, arrastrándose de rodillas sobre la corriente, desgarrándose las manos en las rocas, llegó por fin al orificio, el cual era tan estrecho, que tuvo que deslizarse por él como una serpiente.

Al volver á ver el Sol deslumbrador y el verdor alegre de los campos—él, que salía de las entrañas de la Tierra,—lanzó un grito de triunfo,

y luego una carcajada estridente, en la cual se manifestaban, á la vez que la cólera, la amenaza y la soberbia.

La consternación de M. de Peyrolles fué inmensa cuando vió regresar á los expedicionarios sin su señor. Comprendió que desde aquel momento era personalmente responsable de las prisioneras, y carecía de autoridad y de prestigio con los aventureros que componían la banda del Príncipe. El relato que le hicieron de lo acaecido aumentó su turbación todavía más, y tal despecho sintió, que no pudo menos de censurar el modo como se habían efectuado las pesquisas.

—Id vos á hacerlas—le replicó Montaubert, herido en su amor propio.—Y si no volvéis, ninguno de nosotros se molestará en ir á buscaros.

Con efecto; los *enrodados*, obedecían á Gonzaga, pero no se curaban para nada de su mayordomo; á quien profesaban el más soberano desprecio.

—No puedo esperar nada de ellos—pensó melancólicamente el factótum,—y milagro será si no pretenden vengarse de todos los agravios que les he inferido.

Una sola cosa podía mantenerlos aún por uno ó dos días á lo menos bajo el yugo: la persuasión de que el Príncipe podía vivir todavía. Su

diplomacia debía, pues, tener por objetivo vencerlos de que mientras no se encontrara el cadáver del jefe, éste podría volver de un momento á otro.

—Cada cual de vosotros, caballeros—dijo con firmeza,—puede hacer lo que le venga en gana. Pero si no tengo el derecho de daros órdenes, me permitiréis que os dé un consejo.

—¿El de obedeceros?—interrumpió irónicamente Nocé.—¡Vive el Cielo! ¡Guardaos vuestro consejo! ¡Podemos servir al señor; pero no á su lacayo!

Y haciendo una pirueta le volvió la espalda.

—¡Bravo, Nocé!—exclamó Taranne.—El villano confidente de nuestro querido Príncipe tiene un olfato sorprendente para oler á Lagardère: sin duda lo siente ya á sus alcances, y le gustaría que le sirviéramos de guardias de corps. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Prefiriría estar con Lagardère contra Peyrolles, á sacar mi espada en defensa de este miserable contra cualquiera! ¿No sois de mi opinión caballeros?

Todos tenían alguna perfidia que vengar del mayordomo, y todos asintieron. Era la rebelión abierta y franca. Ninguno se preocupó de atenuar un tanto la animosidad general contra el factótum, el cual les era tanto más antipático cuanto que no podían esperar nada de él. Poco

le importaban á Peyrolles los insultos y desprecios: en su vida de adulación servil se había acostumbrado á tales demostraciones de modo que no le conmovían en lo más mínimo. Aguardó pues, con paciencia á que se callaran, y continuó diciendo:

—Me parece que os arrebatáis fácilmente, caballeros. Aunque rehusáis mi consejo, tengo empeño en dároslo, porque lo creo bueno. ¡Tanto peor para los que no quieran seguirlo! Reflexionadlo bien. Si ninguno ha podido hallar el cadáver de Gonzaga, es porque no hay tal cadáver, porque el Príncipe vive. Yo no creo una palabra de esos subterráneos de que no se puede salir, ni de la Tierra que se entreabre. Sois, caballeros, más supersticiosos que las mujeres.

Los aventureros murmuraron sordamente:

—Sostengo lo dicho—se apresuró á agregar el mayordomo.—Os creéis libres de la omnipotencia de mi señor el Príncipe, sin el cual no sois nada más que unos niños; sin el cual ni vosotros ni yo somos nada. Como escolares que no temen ya la férula, os dais ínfulas de libertad que no os sientan bien; y si el Príncipe no hubiera de regresar antes de llegar la noche, habríais hecho imprudencias capaces de haceros perder la cabeza.

—No volverá—insistió Montaubert.

Peyrolles se encogió de hombros.

—Me comprometo á no repetirle lo que acabáis de decir. Era más bien contra mí, y no os guardo rencor.

Los *enrodados* no reían ya: pensaban que podía tener razón aquel pícaro á quien todos odiaban, pero al cual se habían acostumbrado á temer, y que á la sazón era el único que no se encontraba desanimado.

—¡Ea! ¡Á la mesa!—prosiguió.—Á los postres os informaré de lo que conviene hacer, á menos que no sea el mismo Príncipe, nuestro señor, el que os lo diga, como espero.

Dijo esto con tal seguridad, que nadie osó replicar.

—Ordenad á la huéspedá que nos sirva. Tenemos aún dos horas de tiempo, y en dos horas hay espacio suficiente para que resucite un príncipe.

Oriol se precipitaba ya hacia la cocina para transmitir la orden del factótum, y doña Cruz le detuvo.

—¿Adónde vais?

—Á mandar que nos sirvan de comer.

—¿Qué habéis hecho del hermano de la hestelera? Supongo que M. de Peyrolles, que le ha enviado ha morir, no exigirá que su desconsolada hermana sea quien os sirva. Los más misera-

bles respetan ciertos dolores, sobre todo cuando los han causado. La crueldad tiene sus límites.

Cruzó su mirada con la del mayordomo y exclamó:

—¿Tenéis hambre, M. de Peyrolles? No sois el único hambriento, porque desde ayer la muerte ha hecho dos víctimas. Pero no importa. Voy á servirlos por mí misma.

En efecto; ayudada por una sirviente, puso la mesa. Después del altercado los aventureros hallábanse indecisos. Ya humeaban los platos sobre el mantel, y las botellas destapadas irisaban la mesa con sus colores rojizos, y ni ellos ni Peyrolles se habían movido.

—Dad ejemplo á esos señores—le dijo doña Cruz con acento de ironía.—¿Supongo que no temeréis que os envenene?

—¡Pudiera ser!—repuso brutalmente el factótum.

—Tranquilizaos, caballero. No tengo flores envenenadas, y no puedo ofrecer os un ramillete perfumado de la especie del que vos mismo preparasteis para mademoiselle de Nevers. Además, vuestra vida no me pertenece: hay una persona que se ha reservado el derecho de disponer de ella, y, por lo tanto, me es sagrada. ¡Es ya la última!

El miserable se estremeció. Era cierto: si Gon-

zaga no volvía, era el único superviviente de los asesinos del Duque de Nevers en los fosos de Caylus. Tales ideas no son muy apropiadas para despertar el apetito. Pero como doña Cruz le desafiaba con su burlona mirada, no quiso echarse atrás, y se sentó á la mesa.

—¿Me obligaréis para tranquilizaros por completo á hacer la salva?—preguntó la joven con insultante sonrisa.

—Os dispense de ello, como os dispense vuestras burlas. Puesto que habéis querido servirnos, hacedlo bien: olvidaos de quién sois, y sed únicamente una sirviente, una moza de la posada.

La contienda se entablaba decididamente con instrumento, si menos mortífero que la espada, no menos acerado. Ambos adversarios parecían tener la lengua expedita y bien afilada.

Los *enrodados* anotaban *in menti* los golpes de cada combatiente y se preguntaban quién vencería. El factótum reflexionaba más que comía, y, advirtiéndolo la gitana, replicó sarcásticamente:

—¿Estáis triste por haber perdido á vuestro amo? ¡Lo comprendo! Consolaos con la idea de que vais á visitar otra vez á España, adonde ya estuvisteis, si no recuerdo mal, para robar una niña que se ha convertido en mujer. ¡Es mi pa-

tria querida! ¡Ah! ¡Cuánto lamento estar tan cerca y no poder verla pasando los Pirineos con vos! Pero tendré que tomar el camino de París esta noche.

—¡No será así, mientras yo aliente!—gritó cólerico Peyrolles.

Doña Cruz se sentó en una esquina de la mesa y cruzó los brazos con actitud de tan acentuada ironía, que los *enrodados* estuvieron á punto de aplaudirla. La joven dijo con serenidad:

—Doña Aurora está mejor, gracias á Dios. Resistirá el viaje tanto mejor, cuanto que dentro de breves horas se hallará al lado de su futuro esposo el caballero Enrique de Lagardère. No os preocupéis, pues, de su estado. Supongo que le acompañará M. de Chaverny...

Comprendió Peyrolles que llevaba las de perder, no obstante su insolencia habitual, en aquel asalto á *lengua*, y renunció á seguirlo. Se levantó furioso, crispó los puños y gritó:

—¡Basta! ¡Mlle. de Nevers, y vos también, iréis adonde os lleve Monseñor, ó adonde os lleve yo, en su defecto! ¡Y os juro que no será á París!

Flor sonrió y cambiando sus baterías, dijo:

—¿Pero no bebéis, señores? ¡Calle! ¿Habéis agotado ya el vino? Dispensad mi distracción: me desconsolaría que guardaseis mal recuerdo

de mi servicio, ya que no ha de repetirse la ocasión. Voy á buscar vino.

La verdad era que acababa de oír una seña que le hacía desde la cocina la Vasca. Al llegar junto á ella, Jacinta le susurró al oído.

—Acaba de llegar mi hermano. Gonzaga ha muerto.

—¿Es seguro?

—Él mismo le arrojó á la zanja, cuya profundidad no ha podido medirse.

—¡Alabado sea Dios! ¡Estamos salvadas! ¡Mi buena Jacinta, hacedme el favor de subir á participárselo á Aurora!

Y Flor volvió á la sala cargada de botellas de vino de España y con el rostro tan radiante, que Peyrolles sintió un escalofrío. Aquella mujer comenzaba á asustarle.

—¡Bebed, señores! Y ahora podemos continuar nuestra amena conversación, M. de Peyrolles, en el punto en que la dejamos interrumpida. ¿Te ndriais por casualidad intenciones contrarias á las nuestras?

—Es imposible que tengamos las mismas—replicó él.

—Voy á permitirme rogaros—contestó la gitana con frescura—que reflexionéis en que, una vez difunto el señor Príncipe, las razones que él tuviera para secuestrar á la Duquesita de Ne-

vers no pueden ser las vuestras, ni las de estos caballeros. Todos no pueden vanagloriarse de militar entre los asesinos de Nevers, y vos mismo intervinisteis en él más como instrumento que principalmente. Ahora bien; desaparecida la cabeza, el brazo queda inerte. Sólo falta aguardar el castigo, que no tardará.

—Si lo temiese, sería una razón más para conservar en mi poder á Mlle. de Nevers.

—¿Puedo preguntaros cuál es vuestro plan?

—preguntó la joven, agresiva y altanera.

—Llevaros á España, aunque mi señor el Príncipe haya muerto. Aurora de Nevers era para él un rehén, un rescate vivo. Pues bien; será también el mío, y Lagardère mismo no me lo quitará.

—¡No está mal pensado!—repuso fríamente la gitana.—Pero mi plan, el mío, es muy diferente.

La puerta se abrió bruscamente á sus espaldas.

—¡Pero no el mío!—dijo alguien que apareció en el umbral.

Un grito salió de todos los labios:

—¡Monseñor Gonzaga!



XIII

En la garganta de Pancorbo.

—¡Mal pecado!—dijo Cocardasse sopapeando las orejas de su caballo para reunirse con su fraternal é inseparable amigo Passepoil.—¡Mira los Pirineos, pichón! ¡Al paso que vamos, los pasaremos como si fueran una simple topinera!

Era, efectivamente, una marcha infernal: los caballos, cubiertos de espuma, parecían no tocar el suelo. Lagardère contemplaba también las altas cumbres doradas por el Sol, de las cuales sólo algunas leguas los separaban, y pensaba que, de no alcanzar á Aurora antes de pasar la cordillera, tropezaría en España con mil obstáculos que retrasarían por bastante tiempo su unión.

Faltaba poco para llegar á Bayona. De pronto surgió un hombre de la cuneta del camino con una larga pértiga, apoyado en la cual dió un sal-

vers no pueden ser las vuestras, ni las de estos caballeros. Todos no pueden vanagloriarse de militar entre los asesinos de Nevers, y vos mismo intervinisteis en él más como instrumento que principalmente. Ahora bien; desaparecida la cabeza, el brazo queda inerte. Sólo falta aguardar el castigo, que no tardará.

—Si lo temiese, sería una razón más para conservar en mi poder á Mlle. de Nevers.

—¿Puedo preguntaros cuál es vuestro plan?

—preguntó la joven, agresiva y altanera.

—Llevaros á España, aunque mi señor el Príncipe haya muerto. Aurora de Nevers era para él un rehén, un rescate vivo. Pues bien; será también el mío, y Lagardère mismo no me lo quitará.

—¡No está mal pensado!—repuso fríamente la gitana.—Pero mi plan, el mío, es muy diferente.

La puerta se abrió bruscamente á sus espaldas.

—¡Pero no el mío!—dijo alguien que apareció en el umbral.

Un grito salió de todos los labios:

—¡Monseñor Gonzaga!



XIII

En la garganta de Pancorbo.

—¡Mal pecado!—dijo Cocardasse sopapeando las orejas de su caballo para reunirse con su fraternal é inseparable amigo Passepoil.—¡Mira los Pirineos, pichón! ¡Al paso que vamos, los pasaremos como si fueran una simple topinera!

Era, efectivamente, una marcha infernal: los caballos, cubiertos de espuma, parecían no tocar el suelo. Lagardère contemplaba también las altas cumbres doradas por el Sol, de las cuales sólo algunas leguas los separaban, y pensaba que, de no alcanzar á Aurora antes de pasar la cordillera, tropezaría en España con mil obstáculos que retrasarían por bastante tiempo su unión.

Faltaba poco para llegar á Bayona. De pronto surgió un hombre de la cuneta del camino con una larga pértiga, apoyado en la cual dió un sal-

to prodigioso y cayó montado á la grupa del caballero. Cocardasse echó mano á la espada:

—¡Baja de ahí granuja— aulló furioso,—si no tienes ganas de que mi acero haga conocimiento con tus espaldas!

Antonio Laho desvió con su pértiga la punta de la espada del gascón, ya á dos dedos de su costado, y dijo sencillamente:

—¡Calma! Tengo que hablar con vuestro amo.

—¿Qué me queréis?

—¿Sois el caballero de Lagardère?

—¿Y qué?

—¿No lo negáis? Bueno; me basta. Continúa galopando; podemos hablar mientras marchamos—É inclinándose á su oído murmuró:—He intentado salvar á doña Aurora; pero no lo he logrado.

Lagardère volvió la cabeza, irguiéndose sobre los estribos.

—¿Os referís á Mlle. de Nevers? ¿La habéis visto? ¡Decidme pronto dónde está!

—Hace dos horas estaba aún en Bayona, en la hostería *La hermosa hostelera*. Pero, ¡caramba!, habéis tardado mucho. Ahora está en España.

—¡Cocardasse, Passepoil, adelante! ¡Desempedremos Bayona, y continuemos hasta encontrarla!

—No; debéis deteneros aquí, media hora por

lo menos. No sobraré tiempo para enteraros de todo lo que necesitáis saber. En las montañas tenéis preparada una asechanza, en la cual hallaréis infaliblemente la muerte.

—¡No! ¡Cien veces no! ¡Estando tan cerca de ella, no perderé ni un minuto!

—Entre un paso y otro—dijo sentenciosamente el vasco,—hay espacio suficiente para una tumba. Cincuenta hombres os aguardan en un desfiladero, y sólo seremos cuatro contra ellos.

—¿Quién es el cuarto?

—Yo. Pero mi hermana ha recibido las confidencias de vuestra amada, y tiene que hablaros.

—¡Sea así!—dijo Enrique.—Tengo confianza en vos.

Á la puerta de la ciudad Antonio se apeó y cogió al caballo por la brida. Poco después, mientras él llevaba á la cuadra los caballos, la Vasca hacía entrar en la sala de la hostería á los caballeros.

—¡Hablad pronto!—exclamó Lagardère.—¿Qué ha ocurrido?

—¿Quiénes son éstos?—preguntó la huéspeda designando con un gesto á los dos diestros, el uno en éxtasis ante su belleza, el otro relamiéndose á la vista de las botellas vacías.

Ni uno ni otro pensaron en resentirse por la desconfianza de Jacinta.

—Podéis hablar sin reparo delante de ellos. Les sirvió prontamente que comer, y sentándose al lado del caballero comenzó á relatarle lo acaecido. Hallábale tal como se lo había figurado por las noticias que le dió doña Cruz. Sus miradas francas y firmes se cruzaron con flúido simpático: aquellos dos seres hermosos y valientes no podían menos de entenderse bien. Al momento llegó Antonio y se mezcló en la narración, dando pormenores preciosos respecto del viaje por el subterráneo y su lucha al borde de la zanja con el Príncipe, que se les apareció de pronto y cuando menos lo esperaban. Lagardère estrechó las manos de ambos:

—¡Que Dios os lo pague—dijo al hermano y la hermana,—pues yo no podré hacerlo en la medida de vuestra abnegación! ¡Mientras viva me acordaré de vosotros!

Cocardasse abría desmesuradamente los ojos, y bebía como una esponja para ocultar su emoción. Y eso que los dos vascos habían tenido buen cuidado de pasar en silencio todo cuanto podía realzar sus meritorios esfuerzos.

—¡Voto á bríos!—gritó el gascón.—¡Aún quedan bravos! ¡Permíteme, amigo, que con un abrazo te dé el espaldarazo de caballero el primer gentilhombre de Francia después de Lagardère! Entretanto Passepoil besaba amorosamente,

conexcusa de agradecimiento, la mano de la hermosa hostelera.

—En cuanto Gonzaga se nos apareció—prosiguió ésta,—ordenó que enganchasen la carroza y ensillasen los caballos. Mlle. de Nevers estaba muy débil: en vano supliqué que la dejasen aquí. Entre Mlle. Cruz y yo hemos guarnecido el carruaje de almohadas y almohadones, y la acostamos. Abrasaba de calentura. De buena gana lo hubiese abandonado todo por acompañarla; pero no me lo hubieran permitido, y tenía que aguardaros. ¡Nunca, nunca olvidaré su beso de despedida!

Dos gruesas lágrimas asomaron á los hermosos ojos de la mesonera, que se los enjugó rápidamente y concluyó diciendo:

—Traedla pronto señor caballero, para verla á vuestro lado feliz. ¡El Cielo me es testigo de que daría la mitad de los que me restan de vida por ver amanecer pronto ese día!

Lagardère se inclinó ante ella profundamente, y la besó en la mano sin pronunciar palabra.

—Ahora marchemos—ordenó.—Dos horas de ventaja no son nada.

—Cada roca oculta una escopeta—suspiró Jacinta:—el desfiladero de Pancorbo es un mal paso, y allí os aguardan emboscados. Si no conocéis á fondo el camino, estáis perdidos.

—No tengas cuidado—repuso Antonio:—mi misión no ha terminado aún; los acompaño. Señores, marchemos á buscar la novia, para que Jacinta pueda preparar pronto el banquete de bodas.

La Vasca se precipitó en los brazos de su hermano.

—¡Muy bien, muy bien, Antonio! ¡No has aguardado á que yo te lo pidiese! Suceda lo que quiera, ya sabes que hay en la montaña un refugio seguro. Allí, como aquí, me encontraréis siempre...

—¡Hermosos corazones!—murmuró Lagardère.

Un cuarto de hora después los cuatro hombres se dirigían á galope hacia Navarra.

No podían pensar en llegar á Pancorbo antes del anochecer, cuando el Sol estuviera en el Ocaso y los asesinos pudieran ocultarse mejor en las sombras. Pero á ninguno de los cuatro les preocupaba: eran hombres resueltos á pasar por cualquier parte.

Su objetivo era llegar á Burgos, donde indudablemente Gonzaga habría tenido que detenerse á causa del estado de debilidad de Aurora de Nevers. Antonio Laho era un guía seguro que conocía palmo á palmo las provincias vascongadas: con él se podía ir deprisa, y durante el camino acabó de poner al corriente á Lagardère de todo lo acaecido en Bayona

En Castilla hormigueaban los mendigos.

Aranda de Duero era su cuartel general, y desde allí se diseminaban por toda Castilla, llegando hasta Navarra y Aragón. Al jefe de los contrabandistas no le costó mucho trabajo reclutar los que quiso.

Apenas pasaron el Ebro, los haraposos parecían brotar de la Tierra.

—Son las primeras mallas de la red tendida en Pancorbo. Á estas horas ya saben que nos acercamos—dijo el montañés.

—No son hombres—replicó Lagardère.

—¿Quién sabe?—repuso el guía.—Ved esa vieja acurrucada que parece dormir y enseña entre sus andrajos un gran rosario: pues puede ser un hombre, y con seguridad que va armada de navaja, y acaso de pistola.

—¡Sangre de Cristo!—gruñó el gascón.—¡Ganas me dan de registrarla! Yo no soy, como el amable amigo, un admirador del sexo; y si esa momia lleva armas...

Dirigióse en línea recta hacia la mendiga, y comenzó á interpellarla de lejos en su pintoresco lenguaje de Gascuña; pero mientras daba la vuelta á un matorral, la vieja desapareció como si se hubiera fundido en la roca. El chasco de Cocardasse hizo sonreír al caballero.

—No nós apuremos—dijo.—En breve halla-

remos otros muchos que no desaparecerán como ésa.

Caminaron todavía una hora. El Sol declinaba y los picachos de la sierra no estaban iluminados más que por Poniente, cuando sonó un tiro que retumbó en la montaña y repercutió en los desfiladeros.

—Es la señal—dijo Antonio:—veinte escopetas quizás nos apuntan.

El caballero sacó su espada; los dos maestros de armas le imitaron. El vasco sólo tenía nua daga cuyo mango estaba encorvado para que no se deslizase de la mano; pero aquel puñal, manejado por un montañés de su temple, valía tanto como una tizona.

La garganta de Pancorbo hallábase á un cuarto de legua escaso. Su longitud viene á ser ésa también; pero el que no la ha atravesado no sabe lo que es un mal paso. Se abre como atajo entre dos murallas de rocas de más de quinientos pies de altura: rocas peladas y desiguales, llenas de sinuosidades, que sirven de linde á un camino hasta donde no llega nunca el Sol, y á lo largo del cual corre un arroyo cuyas aguas son claras cuando por casualidad no corren teñidas de sangre. Pero se ve rojo con tanta frecuencia que nadie bebe en él; ni aun las caballerías quieren hacerlo.

—¿Cuántos creéis que serán?—preguntó Lagardère al vasco.

—Convinieron en que fueran cincuenta—contestó éste;—pero quizás sean más, sin contar las mujeres y los chicos que sirven de centinelas, y á los cuales se compra por un puñado de maravadises.

Silencio profundo reinaba en aquella aparente soledad. Era el desierto horrible; pero no el que se extiende inmenso, desolado, en lontananza, y en el cual á lo menos se ve el cielo, sino el desierto de rocas peladas, picudas, verdaderos esqueletos que tendían hacia ellos sus asperezas como otros tantos descarnados brazos. Antonio hizo un movimiento brusco.

—Acaban de armar un fusil. ¡Ojo; la partida va á empezar!

Sólo estaban á ciento cincuenta pasos del desfiladero.

—¡Adelante!—exclamó el caballero.

Los cuatro caballos saltaron al sentir los espolazos de los jinetes, y comenzaron una carrera desenfrenada. Súbitamente los ecos de la sierra despertáronse al estampido de veinte disparos hechos desde distintos sitios.

El sombrero de Cocardasse, agujereado por una bala, dejó la cabeza del gascón y voló al arroyo, en cuyas aguas empezó á flotar con la pluma al viento como un mástil.

—¡Sangre de Cristo!—gritó el diestro furioso.
—¡Mi sombrero se ha encanallado hasta el punto de saludar á esos miserables! ¡Qué me emplumen si vuelvo á ponérmelo en la cabeza!

La garganta de Pancorbo, que tantas víctimas había engullido, abríase para engullir más.

Las balas silbaban, y el ruido de las detonaciones en el estrecho corredor rocoso repercutía como el estampido de diez cañones disparando á la vez. Había más de veinte hombres apostados á la entrada de la garganta. Todos apuntaban á Lagardère.

De ordinario partían una naranja á cien pasos; pero no estaban á más de veinte cuando Lagardère pasó á todo escape por en medio de sus proyectiles, cual si sintiera placer en oírlos silbar en la calma de la noche.

Aún se veía claro por fuera de la garganta; pero las pétreas paredes no dejaban paso á la luz, y la angostura hallábase envuelta en tinieblas. No podían caminar sino de dos en fila, y aun así las grupas de los caballos se tocaban. El caballero y Antonio entraron los primeros, á galope, siguiéndolos muy de cerca los dos maestros de armas. El gascón estaba dado á todos los demonios.

—¡Cuernos de Satanás!—gritaba á toda voz.
—¡Esto es peor que las indecentes mazmorras de la Bastilla! ¡Ni aire para respirar!

Le interrumpió un trabucazo. Los hierros, los clavos, el plomo se estrellaron contra las rocas sin tocar á los cuatro hombres; pero el caballo de Antonio cayó muerto instantáneamente. Al disiparse el humo vieron una masa negra: los mendigos, en número de unos treinta, que obstruían el paso del desfiladero. Lagardère vió que estaban cargando las armas.

—¡Pie á tierra, y á ellos!—ordenó Lagardère.
—¡Barramos esa polilla que se opone á nuestro paso!

El caballero, el vasco y el gascón se precipitaron sobre los mendigos. Passepoil pasó las tres bridas á su brazo izquierdo y siguió á sus compañeros. Empezaba la fiesta.

Cada vez que la espada de Lagardère tocaba un cuerpo, el hombre caía con los brazos en cruz. Cocardasse, muy atareado, no juraba ni mostraba su proverbial jactancia gascona. En cuanto al vasco, se encogía, saltaba, se erguía, y de vez en cuando tumbaba á un hombre con las tripas abiertas, ó con la garganta convertida en un surtidor de sangre. El arroyo enrojecía por momentos, y desde el desfiladero subían estertores de agonía á las cimas donde anidaban las águilas. Había ya más de diez hombres fuera de combate; pero los demás se mantenían firmes y animados.

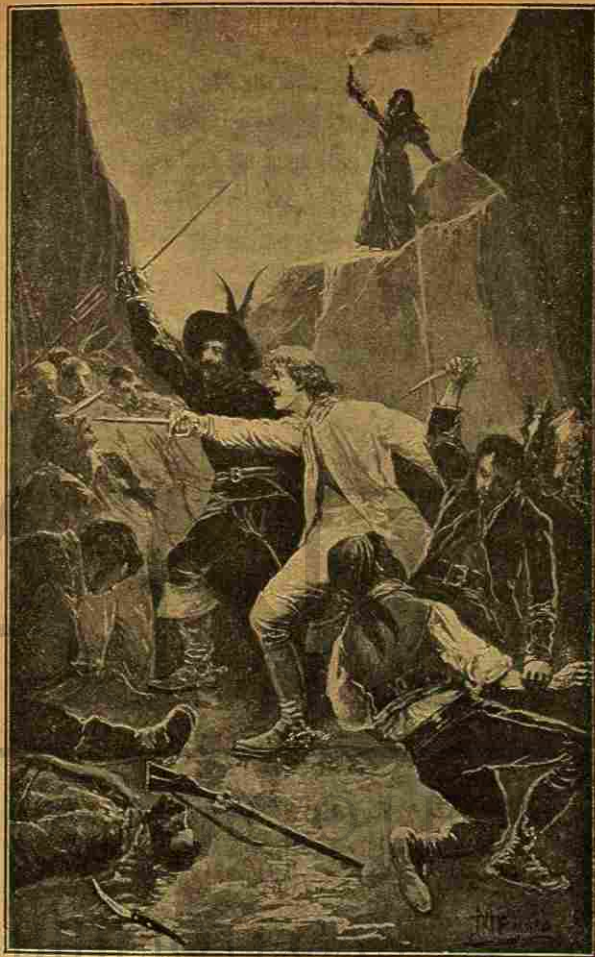
La lucha hacía más y más difícil por las densas tinieblas que dominaban el campo de batalla. Las mujeres detrás de los hombres cargaban las escopetas, y si ninguno se las pedía, disparaban ellas mismas; pero ya era peligroso disparar, pues no se veía nada.

—¡Sangre de Cristo!— aulló de pronto Cocardasse.—¡Me han roto un hombro! ¡Ah, maldita polilla, carne de horca, caza de Diablo! ¡Ahora vais á ver quien es Cocardasse! ¡Toma esa! ¡Y tú, esa otra! ¡Ya no volveréis á rezar más padre-nuestros!

Acababa de recibir un culatazo en el hombro que le había enfurecido al extremo, y se precipitó rabioso contra los mendigos y contrabandistas que tenía enfrente.

La verdad era que los cuatro valientes tenían noventa y nueve probabilidades contra una de no salir vivos de la celada que les había preparado Peyrolles.

Lagardère iba armado aún con la espada ligera de corte del Regente, que ya había agujereado más de una frente en el camino de París á Pancorbo. El acero se quebró en la cabeza de un mendigo, que conservó la punta clavada entre los dos ojos. El trozo que le quedaba era sobrado para defenderse; pero lo tiró con tal fuerza, que aún saltó un ojo á un contrabandis-



Y sobre un puntigudo saliente de la roca una joven andrajosa y no fea se alzó con una tea en la mano..

ta con el puño. No le quedaba más arma que sus puños.

—¡Aquí desearía yo encontrar á Gonzaga y á Peyrolles en pleno día!—murmuró.

De pronto disipáronse en parte las tinieblas. Pegada á la roca, y sobre un puntiagudo saliente de ella, una joven andrajosa y no fea se irguió con una tea en la mano alumbrando el combate. Los adversarios pudieron contarse. De los cinco contrabandistas que trataron con Peyrolles sólo había tres en pie, y en torno suyo una docena de mendigos. Los quince lanzaron un grito de triunfo al ver á Lagardère desarmado.

El caballero se bajó para apoderarse de un fusil con objeto de defenderse, y uno de los contrabandistas levantó el suyo para romperle la cabeza; pero Antonio, rápido como el rayo, le atravesó el corazón con su navaja. Si no logró liberar á Aurora de Nevers, había podido salvar la vida de Enrique de Lagardère.

Éste se enderezó con una escopeta en la mano. Sólo necesitaba un arma; espada, daga ó palo: era lo mismo, con tal de poder ofender. El fusil en sus manos se convirtió en catapulta: de cada golpe hundía un cráneo. El combate continuaba, lúgubre á la luz de la antorcha que enarbolaba la joven de tez bronceada y negros cabellos, como una gitana extremeña.

No asistía como pagada, sino por el placer de ver correr la sangre. Pero el contrabandista se lo había dicho bien claro.

—No necesitamos mujeres sino para acechar la llegada de esos pájaros. Para dar el golpe, sólo quiero hombres.

—No importa; iré.

—Si quieres ganar algo, puedo designarte un puesto para que te estaciones y avises cuando lleguen.

—No; quiero presenciar el combate.

—Pues por tu cuenta y riesgo, chiquilla.

Su presencia fué más útil de lo que supusieron. En cuanto vió que la angostura quedaba envuelta en las tinieblas, salió del desfiladero y corrió á la aldehuela próxima en busca de una antorcha, volviendo para alumbrar á los combatientes.

Esperaba ver á la entrada del desfiladero lo menos treinta hombres, puesto que habían contratado cincuenta para combatirlos; y al percatarse de que sólo eran cuatro, comprendió que se trataba de un asesinato, no de una lucha. Su corazón palpitó con violencia, sobre todo al fijarse en el gentil y hermoso caballero que acaudillaba á los asaltados. Ya no era por los suyos por quienes la gitana mantenía enhiesta la tea.

—Las filas han clareado ya mucho—exclamó

Lagardère.—¡A caballo, y pasemos sobre los que quedan!

Pero aún no habían montado, cuando los siete ú ocho hombres que quedaban en pie desaparecieron como por encanto, sin querer prolongar más la lucha. En la garganta de Pancorbo sólo quedaba, el que más, con una hora de vida de todos aquellos bandidos.

—¡El caso es que esos demonios no me han devuelto el sombrero—suspiró Cocardasse,—y estamos en el país del Sol!

—Comprarás uno en Burgos—repuso Lagardère sonriendo.

—¡Voto á bríos! ¡Pero no será ése! Era casi nuevo cuando lo llevé á los fosos de Caylus. Y el sombrero es algo más que una cubierta: es como si fuera parte de la misma cabeza.

Alguien quedaba, sin embargo, en el campo de batalla: la gitana, que bajó de su pedestal sin apagar la antorcha. Lagardère quería interrogarla, pero no detenerse allí ni perder más tiempo. Lanzó su caballo á galope, se inclinó al pasar al lado de la muchacha, la levantó y la colocó en su silla. Los ojos de la joven se iluminaron por el júbilo: rodeó con su brazo el cuello del caballero, y se dejó llevar sonriente y sin abandonar la tea que iluminaba tan extraña cabalgata. Antonio iba á la grupa de Passepoil.

—¡Sois valiente!—dijo la gitana.—Si me necesitáis para algo, señor caballero, soy vuestra esclava.

En su vida aventurera Enrique había visto tanta farsa, que á fuerza de práctica le era ya muy fácil descubrir en el semblante de las personas los verdaderos sentimientos que las animaban: en el de la gitana sólo leyó franqueza y entusiasmo.

—¿Estabais ahí desde hace mucho?—preguntó.

—Desde esta mañana—repuso ella.—Al amanecer, los contrabandistas han recorrido la sierra en busca de bandidos para el golpe que proyectaban. Se hallan en abundancia pagándolos. ¡Son tan pobres!

—Hasta mujeres había: vos estabais con ellas.

—El dinero del crimen no ha manchado nunca mis manos. Vine aquí por mi voluntad, y con el presentimiento de que podría ser útil. Cuando ví la desproporción de fuerzas entre ellos y vosotros, alumbré la escena para que pudierais ver de dónde partían los golpes.

—¿De veras?

—¡Por mi salud lo juro!—repuso ella con acento de sinceridad.

—Muchas gracias, hija mía. ¿Qué puedo hacer por vos?

—¿Venís de Francia?

—Sí.

—¿De París de Francia?

—Sí.

—¿No habéis oído hablar nunca de una gitana como yo que se fué de España con el Embajador francés? Era mi amiga, y nos queríamos mucho. Bailábamos juntas en Madrid. Desde que se fué, ¡tengo una pena!

—¿Cómo se llamaba?

—Nosotros la llamábamos Flor; pero yo sé que se bautizó y le pusieron el nombre de María de la Santa Cruz.

El caballero se estremeció. ¿Lograría con aquel nuevo instrumento que se le ofrecía lo que no había conseguido hasta entonces con los demás de que dispuso, libertar á su amada?

—Doña Cruz, ó Flora, si preferís seguir llamándola así, ha pasado por aquí mismo hace poco más de cuatro horas.

—¡Imposible! La hubiere visto yo. Estoy en el desfiladero desde las nueve de la mañana sin moverme.

—Es que no iba sola. Iba en carroza con otra joven.

—No ha pasado por aquí ninguna carroza en todo el día.

Al oír tan terminante negativa Lagardère quedó perplejo.

—Reflexionad bien, y procurad acordaros, hija mía—insistió.—Iban escoltadas por ocho caballeros franceses, uno de los cuales es el que ordenó que me asesinaran.

—La cosa es muy sencilla—replicó la gitana después de meditar un instante.—Ha hecho lo posible por induciros á tomar este camino, en el cual os tenía preparada una celada, y él ha tornado hacia Barcelona ó hacia Zaragoza.

—Puede ser—confesó Lagardère, admirado de la perspicacia de la joven.—Es otra treta más de Gonzaga, que me pagará con las setenas.

—¡Gonzaga!—saltó la muchacha.—Ése es el nombre del embajador que se llevó á París á Flor. ¿Sería por ventura enemigo vuestro?

—Á muerte.

—Pero ella...

—¿Vuestra amiga? Es la mejor y más leal amiga de Aurora de Nevers, mi futura esposa. Si me dirigía á Burgos, era con el propósito decidido de libertar á las dos de sus manos.

La voz del caballero se veló. Felipe de Mantua se le escapaba de nuevo, y con él las doncellas.

—Hasta ahora—pensaba—seguí sus huellas paso á paso, y sólo era cuestión de horas alcanzarle. Ahora ya no estamos en la carretera de España. ¿Cómo encontrarle y dónde?

Inclinó la cabeza con la frente arrugada y desanimado. La gitanita le contemplaba con simpatía.

—Si Flor está en España—dijo,—y lo creo pues lo afirmáis vos, yo la encontraré. No soy para vos sino una bohemia hallada en el camino y que habéis considerado enemiga; pero si tenéis confianza en mí y me permitís seguiros por donde vayáis, os prometo devolveros á vuestra novia.

El caballero se conmovió.

—No tengo derecho—repuso—á rehusar la leal ayuda que se me ofrece cuando no se trata de defender mi causa con mi espada.

—¡Vuestra espada!—exclamó la muchacha tocándose la frente con un dedo.—Uno de los contrabandistas recogió el puño con la parte de hoja que restaba, y escapó con él. ¿Sabéis adónde?

—Me lo figuro—contestó Enrique frunciendo el ceño.—¡Pardiez! ¡Iba á venderla! Le pagaron por matarme, y sin duda le exigieron como prueba que llevase mi espada. Irá á mostrársela á Gonzaga. ¡Lo siento, porque era la espada del Regente de Francia! ¡Pero no me faltarán espadas!

Y estalló en una carcajada nerviosa, terrible, que parecía el rugido de un león herido.

Al día siguiente, en Zaragoza, un contrabandista que había reventado un caballo en el camino y llegaba á la casa donde se alojaba el Príncipe de Gonzaga, sudoroso, extenuado y cubierto de polvo, insistió en hablar con M. de Peyrolles.

Recibido al fin por el mayordomo, sacó de debajo de la capa un objeto que puso sobre la mesa detrás de la cual hallábase sentado el factótum.

—¿La reconocéis, señoría?

Al reconocer lo que restaba de la espada de Felipe de Orleans, regente de Francia, M. de Peyrolles se estremeció de júbilo. No dudó que Lagardère, como el arma de que se había servido hasta hacía poco, estaba ya fuera de combate, sin vida.

—¿Cómo ha venido á vuestro poder?

—Porque el que la había llevado acababa de soltarla, incapaz de servirse de ella.

—¿Ha muerto?

—Me ordenasteis que le matara y que os trajera como prueba su espada. Ahí está.

—¿Y los otros?

—Los otros quedaron en la garganta de Pancorbo. De cinco que éramos en Bayona en la posada de *La hermosa hostelera*, sólo quedaba uno: yo. Y muchos otros que no valían nada,

más de treinta, enrojecen el agua del arroyo con su sangre. He compartido el peligro; pero no tendré que compartir el oro.

Peyrolles contó y entregó al contrabandista la suma convenida.

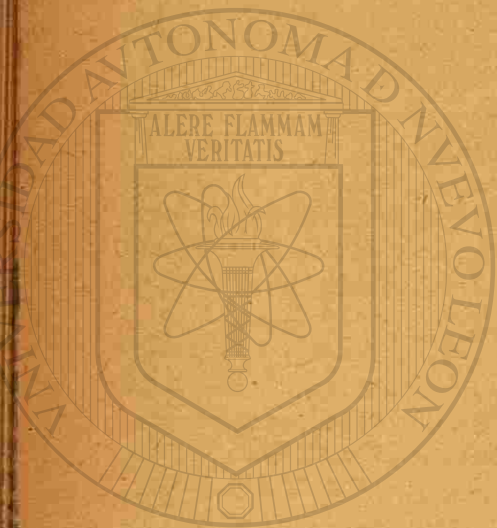
—¡Muchas gracias, excelencia!—dijo éste atestando de oro su bolsillo.—¿Tenéis muchas gentes á quienes dar pasaporte en esas condiciones?

Cuando se hubo ido el bandido el factótum pasó á la sala vecina, en la cual bebían Gonzaga y los *enrodados*. Arrojó sobre la mesa el trozo de la espada, y dijo:

—Señores, el caballero Enrique de Lagardère se ha dejado matar muy tontamente. Ahí tenéis lo que queda de su acero, de la espada que perteneció á Felipe de Orleans, regente de Francia.

FIN DE LA PRIMERA PARTE





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	Paginas
CAPÍTULO I—Rescate viviente.....	7
— II.—De madrugada.....	29
— III.—Primeras emboscadas.....	55
— IV.—La hostería de «La bella hostelera».....	73
— V.—Jacinta la vasca.....	91
— VI.—Una mujer contra ocho hombres.....	103
— VII.—Tres rayos de luna.....	117
— VIII.—Viaje subterráneo.....	133
— IX.—Capturadas.....	151
— X.—Fechoría póstuma de Pero de Puyate.....	165
— XI.—Un cuerpo en la zanja.....	181
— XII.—El aparecido.....	199
— XIII.—En la garganta de Pancorbo.....	213

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN®
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

CA

18

TE
P
C
V